

15 DE DICIEMBRE

1904

Revista

Contemporánea

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. JOSÉ DE CARDENAS

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

REDACTOR JEFE

D. JUAN ORTEGA RUBIO

Catedrático de la Universidad Central.

SUMARIO

	Páginas.
El tecnicismo gramatical, por Antonio Balbín de Unquera	641
Curro Enríquez, por José Deleito y Piñuela	647
Pedagogía especial, por P. Molina Martín	651
El Catalanismo en 1900, por S. P. y Aguado	661
Proyecto de un Diccionario Hispano-Americano, por Francisco Pleguezuelo	667
Meditaciones sobre el desastre, por Don Ramiro	673
El misacantano (continuación), por Andrés González-Blanco	695
Estudio sucinto de las aves en general y particularmente de las de España (continuación), por D. A. de Segovia y Corrales	705
Romance histórico (continuación), por Enrique Prúgent	727
Males que afligen á España, por Gabriel María Vergara	733
Los Fastos de Ovidio (continuación), por V. S. C.	737
Política interior y exterior, por L. Mariscal	743
Boletín bibliográfico, por Pedro Ansúrez , por E. , por Manuel Abril y por Miguel A. Ródenas	749
Índice	765

Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.

MADRID

PIANOS 200 PIANOS

Siempre existentes en los Salones
para elegir de diferentes modelos y sistemas tanto
NACIONALES como **EXTRANJEROS**

— VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS —

PIANOS DE ALQUILER

Pianos á louer

Pianos for hire

Pianos zu vermieten

Pianorfoli da affittare

R. MARISTANY—Barcelona, Plaza de Cataluña, 18.—Teléfono 1.390.

PÍLDORAS Y UNGÜENTO

DE

HOLLOWAY.

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

**LAS
PÍLDORAS**

purifican la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado, del estómago, de los riñones e intestinos y son de un valor inapreciable en todos los desórdenes que afligen al sexo femenino y á los niños.



**EL
UNGÜENTO**

es el solo remedio seguro para males de piernas, llagas, úlceras y heridas inveteradas. Para la curacion de bronquitis, males de garganta, toses, resfriados, gota, rheumatismo, hinchazones glandulares y todas las enfermedades de la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.

Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.

EL TECNICISMO GRAMATICAL

Poco trabajo nos costaría probar que el tecnicismo científico es imperfecto en varios ramos de los humanos conocimientos; quizá en todos lo sea, lo cual se debe á que los nombres dados por los más antiguos cultivadores de las ciencias se han conservado sin alteración en el transcurso de los siglos. Tal vez esa imperfección ha sido causa de errores en algunos períodos históricos, y si no lo fué siempre, debióse á que la definición ó el concepto por los más sabios admitido prescindiese de la imperfección del vocabulario, de la misma suerte que la anticientífica numeración en la lengua francesa no ha impedido que nuestros vecinos cuenten en su historia muchos muy despiertos é ilustres matemáticos.

Pero si en algunas ciencias puede esta imperfección disculparse, no así en la gramática, puesto que su objeto es la explicación científica de la palabra y su ideal la propiedad del lenguaje. No se han preocupado los autores de mejorar y depurar ese tecnicismo, y sin faltar á la modestia que tanto cuadra á la escasez de nuestros conocimientos, no podríamos pensar por nuestra parte en reforma de ninguna especie; intentamos solamente indicar algunos de esos defectos y nos aventuramos pocas veces á proponer medios de mejorar el vocabulario de la gramática.

El nombre mismo de la ciencia es el primer error, porque lejos de haberse tomado para darle nombre la palabra, se ha tomado la letra, necesario ciertamente, pero que no por eso deja de ser el último y más humilde instrumento del lenguaje. Mas consagrada esa denominación por los antiguos (y conocido es el tratado de Suetonio sobre los *ilustres gramáticos*) y más consagrada todavía por su inclusión en los famosos *trivium* y *cuadrivium* de la Edad Media, excusado es pensar

en otra denominación más propia, como que la palabra *Lexicología*, que tal vez debería ser el nombre del todo, se ha aplicado exclusivamente á una parte.

No menos impropio es el nombre de alfabeto, que si conviene al griego, no á las demás lenguas, en que ni las letras se llaman como en aquel idioma, ni se suceden por el mismo orden, y otro tanto decimos de la palabra abecedario.

Analogía, Análisis, Lexicología, Morfología: nombres dados á la primera parte de la gramática, suponiendo la división en cuatro. Los primeros nada dicen, puesto que analítica es la exposición gramatical, aun la de la misma sintaxis. Los dos postreros nombres son más aceptables, sobre todo el último, que es hoy el preferido por muchos autores.

Mejor denominada está la Sintaxis, y este es uno de los pocos casos en que no dormitaron los Homeros de la gramática. El nombre de Prosodia responde á un concepto antiguo y además no verdadero, porque en realidad ninguna lengua se ha cantado al hablarse y el *cantus obscurior* de la recitación de todas ellas no debe calificarse con ese nombre.

Ortografía, ó quiere decir mucho y en ese caso comprende hasta la retórica, ó nada quiere decir sino un conjunto de minuciosidades que no merece elevarse á la categoría de una parte de la Gramática.

Nada diremos de las palabras *lengua, lenguaje, idioma, dialecto, jerga*, porque, excepto las dos primeras, que no producen confusión alguna y se han explicado bien y son gráficas y aun pintorescas, las otras aún no tienen fijada su significación, como sería necesario.

Sólo nos parece bien la palabra *dialecto*, si se toma como en la gramática griega, y en tal sentido creemos que siempre debería emplearse.

Alguna vez han penetrado en el tecnicismo gramatical los recuerdos de la más remota antigüedad y aun las supersticiones. La palabra alemana *buchstaben* es un ejemplo de lo primero y la inglesa *spell* de lo segundo. Recuérdanos aquélla la primera forma de las letras y aun los materiales de la más antigua escritura, y ésta, la inglesa, el carácter sagrado que se daba á la palabra, haciéndola parecer una fórmula misteriosa

ó un conjuro. Compárese las palabras *spelling book* (cartilla inglesa) que sirve para aprender á leer deletreando y la palabra *Gospel*, palabra de Dios, con que se designa la Sagrada Escritura en general y en particular el Santo Evangelio.

La palabra *oración* es una de las pocas en que han estado acertados los gramáticos; verdad es que ya nadie se acuerda de su procedencia de *os*, *ovis*; pero trae á nuestra memoria aquel pasaje de Cicerón, en que decía que el uso del lenguaje, común á todos los hombres, era precisamente lo que más servía para distinguirlos, porque si todos hablan, son muy contados los que pueden llamarse *oradores*.

Declinación es otra palabra acertadamente elegida, como también la de *caso*. La división de éstos en *rectos* y *oblicuos* también resulta expresiva y gráfica. Los nombres de los casos también son aceptables, pues aun los que menos propios parecen, no hay duda que se han tomado de las relaciones á que son más frecuentemente aplicados.

Sustantivo se llama con razón al nombre que como tal conocemos; pero así y todo, resulta que hay un verbo que con igual razón se llama de la misma suerte; y tampoco es propio el nombre de adjetivo, porque todas las palabras y hasta las partículas se añaden, que tal es la idea que envuelve dicha palabra.

Artículo nada quiere decir y se llama así por darle algún nombre; *pronombre* está mejor escogido, pero tampoco se refiere á toda la cosa definida, ni á ella sola, faltándose á uno de los más elementales preceptos de la lógica.

Verbo es una palabra semejante á la de artículo y no se salva la mala elección con decir que es la palabra *por excelencia*, porque metafísicamente esta verdad no es tan clara como parece, y además, habiendo lenguas en que según su colocación puede una misma palabra ser nombre ó verbo, ¿cómo podría sostenerse en términos generales tal opinión, que pretende con un esfuerzo de ingenio ó por medio de una sinécdoque expresar la elección de la palabra á que nos referimos?

Del adverbio nada diremos, como que se llama así por llamarle de algún modo. Ni siempre se junta al verbo y aun

puede emplearse sólo; y el adjetivo puede usarse como tal, más ó menos modificado y aun sin modificación alguna.

La *preposición* ¿Qué significa este nombre cuando hay lenguas en que se coloca después de la palabra regida, teniendo que llamarse *posposiciones*? Con la palabra *conjunción* nada queremos decir que sea exacto, porque todas las partes de la oración unen y reúnen; además se admiten conjunciones *disyuntivas*, que según éstos, unen como todas las palabras, y según aquéllos, separan á la vez los conceptos y los vocablos.

La palabra *interjección*, con la cual llegamos al *summum* de la impropiedad en las denominaciones, podría servir para designar muchas veces el caso vocativo, y siempre el paréntesis usado en el lenguaje, y más todavía, los mismos signos ortográficos.

De las denominaciones dadas á los modos y tiempos del verbo mucho podríamos decir, que omitiremos, porque si nuestros lectores reflexionasen sobre aquéllas, las calificarían como nosotros. ¿Qué significan un *presente* que á veces se usa denominándole *presente histórico* por eufemismo, hablando de acontecimientos que sucedieron cientos ó miles de años antes del día de hoy, un *pretérito imperfecto*, otro *pluscuamperfecto*, un *futuro imperfecto* y otras lindezas análogas? Y ¿qué diríamos de un *imperativo* que sirve para rogar, sino que los gramáticos al llamarle así han olvidado lo mismo que significan las palabras que usan? (1)

Los géneros son una distinción que en los nombres no tiene más razón de ser que tendría un accidente gramatical, tomado del color, del tamaño, ó de cualquiera otra cualidad que pudiéramos observar en ellos. Entre las lenguas más conocidas, sólo hay una, la inglesa, que en este punto haya procedido con sentido común en su gramática.

La palabra *gerundio* es muy expresiva, porque realmente

(1) Cualquiera que sea el concepto que se forme de las *voces*, son propias las denominaciones de *activa* y *pasiva*; no tanto el de la *media*, la calificación de *aoristo* en el verbo griego tampoco es afortunada. Toda la teoría del verbo está muy necesitada de una radical reforma. Los irregulares son tantos en algunas lenguas que casi se ignora cuál es la regla y cuál la excepción.

parece que con ella se traslada de una parte á otra la acción del verbo.

Para los nombres propios y apelativos es preciso buscar otra denominación que los dé á conocer mejor. Realmente, los propios, en muchos casos, no son más que apelativos que convienen á menor número de cosas ó de personas que los apelativos, y éstos, que deben interpretarse «nombres para llamar los objetos», comprenden tanto los propios como los que por todos se clasifican en su sección.

Las *figuras* de dicción que se estudian en la Morfología, como las de construcción que se explican en la Sintaxis, unas son legítimas y admisibles y otras no; las segundas no son otra cosa que verdaderas incorrecciones del lenguaje, y sólo para evitarlas conviene explicarlas y aprenderlas.

Conjugación no es tan bien escogido término como declinación, puesto que no puede dar una exacta idea de las modificaciones del verbo.

En cuanto á la Sintaxis, no solamente está bien escogido el nombre del conjunto, sino también el de las partes. *Concordancia, aposición, régimen, construcción*, significan realmente lo que se pretende que signifiquen.

No así la palabra acento (*ad cantum*) en la Prosodia. *Incremento* es un término muy propio y expresivo, aplicado á las lenguas que tienen declinación, únicas en verdad á las que se aplica.

Traducción y versión son nombres igualmente propios. En cuanto á las palabras griegas que han entrado en el tecnicismo gramatical, justo es reconocer que se han aplicado bien y expresan lo que se quiere indicar; á esa clase pertenecen *metátesis, apócope, hipérbaton, sinalefa* y otras muchas.

Por otra parte, siendo verdaderos vocablos extranjeros, aunque no estuviesen bien elegidos, no se conocería tan fácilmente como en otros casos su desacertada significación.

Nada más difícil de reformar que el tecnicismo científico. Unos consideran leves las faltas que en él se observan, y se fundan en que, á pesar de existir y de ser conocidas, las ciencias progresan; otros se dejan llevar de la rutina y se re-

sisten al aprendizaje de palabras y frases nuevas, y otros citan ejemplos como el de la química moderna, que en pocos años se ha dado una nomenclatura completamente diferente de la antigua, haciendo difíciles de entender los libros nuevos á los que más habían hojeado los admitidos en la época en que estudiaron dicha ciencia.

No estamos conformes con esas objeciones, y creemos que las Academias, donde existan, y los maestros más autorizados, allí donde no se conozcan, pueden mejorar mucho con sus lecciones y ejemplo el tecnicismo científico. Así como se enseñan á las nuevas generaciones, para que no caigan en ellos, los errores de concepto y doctrina de sus antepasados, no de otra suerte debieran indicarse los defectos en el tecnicismo. Las ciencias se exteriorizan por el lenguaje, y cuando éste es claro y propio, no pueden menos de serlo las ideas, que no manejamos sino por medio de la palabra hablada ó escrita.

Todos estudiamos gramática; pero son muy pocos los que en su edad madura se consagran á perfeccionar en esta parte sus conocimientos. De pocos ramos de la humana ciencia puede asegurarse con más razón que de éste que á ellos son *muchos los llamados y pocos los escogidos*.

Cuando tanto cuesta admitir una escritura racional en todas las lenguas de los países cultos, ¿cuánto más difícil será que la gramática, destinada á enseñar propiedad del lenguaje á todas las ciencias, mejore el que le sirve de vehículo para exposición de su contenido?

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

CURROS ENRÍQUEZ

Es uno de nuestros grandes artistas que voluntariamente se destierran, buscando en extraños países amplios horizontes que su patria les rehusa. De igual modo que tantos pintores de fama, aquí ignorados, se establecen en París ó en otras capitales europeas, donde la gloria se les rinde y la fortuna les prodiga sus dones, Curros, hijo de las musas, como ellos, dejó también a España; pero fué con rumbo á la América latina, tierra de promisión para su raza toda, y hacia la cual, inclinada ya la región gallega por su posición geográfica, desborda sin cesar sus energías más potentes, juntando en aventurera y forzosa emigración los brazos de sus obreros y la inteligencia de sus artistas.

*
* *

Curros Enríquez es hoy el representante más genuino de la poesía gallega.

Galicia, la región laboriosa y fuerte, sufrida y melancólica, á la cual un vulgo ignorante afecta despreciar porque no logra entender; la *Cenicienta* española, en lucha perdurable con un terreno casi infecundo, y cuyos hijos, sobrios por los rigores de una naturaleza avara, aceptan sin protesta los trabajos más penosos, no es solamente, como hasta aquí han creído gentes frívolas, la bestia nacional de carga.

Al lado de la robustez física hay en ella fuerzas intelectuales que se han revelado en muchos de sus hombres ilustres y singularmente soñadora fantasía y ternura sentimental, que riman bien con la soledad tranquila de sus bosques misteriosos, con la bruma grisácea que envuelve sus verdes paisajes, con el lagrimeo continuo de su cielo triste.

Influencias de raza y clima y vicisitudes históricas hicieron de esa región el principal núcleo de la poesía lírica española en plena Edad Media, cuando el castellano era aún instrumento informe de expresión. En aquel tiempo, hasta los cultivadores más autorizados de nuestro idioma—y de ello son testimonio las *Cantigas* de Alfonso el Sabio—cultivaban el galaico-portugués, en competencia con los trovadores provenzales, como más flexible y melodioso para los desahogos íntimos del alma; como los *decires* de amor, idealistas ó picarescos; las fervientes plegarias á la Virgen, unguidas por el más ingenuo y cándido misticismo, las tradiciones piadosas, las remembranzas de la edad primera de la vida y aun las sátiras incisivas contra hombres y vicios sociales.

Hasta el siglo XIV reinó, sin competidores, la lírica gallega en nuestra Península, resonando sus estrofas en todos los salones cortesanos, bajo la protección de monarcas, nobles y juglares, y aun en el XV cultiváronla, juntamente con el castellano, poetas tan ilustres como el Marqués de Santillana y Macías; pero el empuje centralizador del Renacimiento dió proporciones gigantescas á la literatura castellana, ahogando en arte, como en todo, la vida regional.

«La musa vencida del Noroeste — dice elegantemente el P. Blanco—se retiró á los valles y montañas patrios, asociándose al rústico concierto de las fiestas populares, y la que había sido habla esencialmente poética, degeneró en inculto dialecto, privado de derechos de ciudadanía en el mismo territorio donde tuvo origen.»

Después de tres siglos de paralización y catalepsia, el empuje brioso del romanticismo, paladín de la libertad estética y de las tradiciones patrias, despertó adormidos recuerdos locales, y en Galicia, como en las demás comarcas españolas, surgió el deseo de restaurar gloriosos blasones artísticos de otra edad.

Entonces, juntamente con la resurrección arqueológica, se verificó la resurrección literaria.

Representante de este movimiento fué la admirable poetisa Rosalía de Castro, que supo identificarse con la musa anónima del pueblo, esmaltando exquisitamente en sus *Cantares* las

coplas que éste componía, sin que, al pasar del habla tosca á la lengua pulimentada y culta, perdiesen un adarme de su frescura é ingenuidad originarias.

Entre los poetas gallegos que hoy viven, ninguno ha elevado su lengua materna á tan altas cumbres como Curros Enríquez.

Su obra magna, *Aires d'a miña terra*, contiene plenamente su espíritu, á la vez impío y creyente, escéptico y candoroso, melancólico y acre, revolucionario y tierno. Hay en él audacias violentas, sátiras crueles y, á un tiempo, sencillez de niño, delicadezas de alma femenina.

Al lado de la tradición piadosa *Á Virxe d'o Cristal*, llena de unción y misticismo, en que renueva el estro religioso de Berceo y Alfonso X, evoca el lejano recuerdo de las incomparables narraciones legendarias y que perpetuó la mágica pluma de Zorrilla, muestra un humorismo volteriano en '*Á Igrexa fria*, *Pelegrinos á Roma* y *N'o convento*.

Junto á cuadritos de género tales como *Una boda en Gini-bó* y *Ó Gueiteiro*, llenos de relieve, suavidad y color, que retratan costumbres populares y aspectos típicos del alma gallega, figuran los apóstrofes líricos á los ideales modernos, que resplandecen en *Alborada* y *¡Crebar as liras!*; y dando la nota dominante, se ve esa languidez melancólica, verdadero *sabor de la tierruca* gallega, observada desde *N'a morte de miña nay* y *Nouturnio*, que evocan noches serenas de luna, rumores de alborada y tristes crepúsculos de aldea, hasta *Á emigración* y *Os mozos*, en que se lamenta la continua emigración que despuebla las campiñas y los hogares gallegos.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

PEDAGOGIA ESPECIAL

LA LECTURA-ESCRITURA DISCONTINUA SISTEMA B. WAIT

Alfabeto minúsculo.

En la Exposición Universal de Viena celebrada en 1873 fueron presentadas varias novedades relativas á la enseñanza de los ciegos, y de las cuales Nebreda habla muy someramente en su Memoria del Colegio Nacional de Sordomudos y de Ciegos, relativa al curso de 1872 á 1873.

Entre aquel arsenal científico figuró una modificación del clásico sistema Braille, ideada por Guillermo B. Wait, director del Colegio de Ciegos de Nueva York, de cuyo trabajo se hicieron grandes elogios en el Congreso Tifiófilo habido en París el año 1878, y desde cuya fecha se extendió esta modificación, al punto de llegar á ser hoy el sistema básico en todos los colegios ingleses.

Wait aplicó su sistema á los servicios del lenguaje ordinario, del matemático y del musical, ideando para aquél dos alfabetos: uno minúsculo y otro capital. Nuestro estudio se contraerá al uso del sistema en relación á la lectura-escritura corriente, ya que en su aspecto aritmético lo hemos tratado antes, y sus aplicaciones á la música no interesan grandemente al maestro de primera enseñanza.

Con el nombre de *Sistema americano* ha llegado á nosotros la obra alfabética de Wait, expuesta en el orden vulgar del alfabeto español y á éste adaptado por el profesor Nebreda.

El aparato preciso para la escritura discontinua Wait es el mismo que el propio para la de Braille, excepto la pauta ó

guíamano, que mientras en el de este último sistema cada ventanilla abarca tres surcos de los del tablero, en el de aquél comprende sólo dos, formando cada cajetín un cuadrado en lugar del rectángulo propio de los sistemas de escritura ya estudiados. Regla general ha sido en éstos que cada signo había de encerrarse en una sola ventanilla de la pauta, supuesto que ninguno de ellos alcanzaba más de dos elementos en su constitución; pero en el sistema Wait *once* letras siguen esa misma ley, en tanto *diez y siete*, por constar de *tres* elementos, necesitan en su escritura de cajetín y medio; es decir, que el último elemento se escribirá á la derecha del cuadrado siguiente del que ocupan los dos elementos primeros, de suerte que la totalidad de los constitutivos del signo aparezcan grabados sin solución de continuidad, ó sea equidistanciados entre sí.

El espacio que media entre letra y letra es el de un borde del cajetín que la circunda, y el comprendido entre palabra y palabra equivale al doble, ó sea á un cuadrado.

La clase de signos literales que precisan para su escritura un solo cajetín se divide en dos *subclases*:

1.^a *Letras de un solo elemento.*—a) Formadas por un punto: *e-t*; b) compuestas de dos puntos: *i*.

2.^a *Letras de dos elementos.*—a) Formadas por dos puntos: *a-s-n-o*; b) constituídas por tres puntos: *d-r-m-l*.

La clase de letras que necesitan más de un cajetín para su desarrollo por estar formadas de tres elementos pueden tener: a) tres puntos: *f-c-v-p-u-w-ñ-y*; b) cuatro puntos: *k-j-g-b q*, y c) cinco puntos: *z-h-x-ll*.

Esta correlación de los veintiocho signos literales, si bien nos da un procedimiento para la enseñanza de su notación á los niños, no tiene, sin embargo, el engranaje científico que cabe dar á la derivación de cada una de las letras, originadas todas de las tres más simples *e-t-i*, llamadas por esto radicales, pues que de su escalonada repetición ó por adicionarlas entre sí nacen las veinticinco restantes. Y aun esas radicales no reconocen, como en el sistema Braille, otro origen que la diversa situación de un solo punto ó la repetición de este simplicísimo elemento.

En efecto, un punto grabado en el ángulo superior derecho del cajetín es la letra $\square \bullet$ *e*, *primera radical* del sistema.

Si este punto se graba en el ángulo inferior derecho da lugar á la *segunda radical* $\square \bullet$ *t*.

Y finalmente, si grabamos las dos radicales precedentes en el mismo lado del cuadrado, tendremos la letra $\square \bullet \bullet$ *i*, *tercera radical*.

Toda letra se deriva de la radical inicial de los elementos que la constituyen.

DERIVADAS DE LA RADICAL PRIMERA

Tres grupos constituyen las letras que se derivan de esta radical:

a) Si la *primera raíz* se duplica, nace la $\bullet \bullet$ *a*; si se triplica, la $\bullet \bullet \bullet$ *f*.

Si á la doble radical primera agregamos los elementos 2.^o ó 3.^o, formaremos respectivamente las letras $\bullet \bullet \bullet$ *c*, $\bullet \bullet \bullet \bullet$ *k*.

b) La escritura en el mismo cajetín de los elementos 1.^o y 2.^o produce la $\bullet \bullet$ *s*.

Agregando á esta letra sucesivamente la primera y segunda radicales, originanse los signos $\bullet \bullet \bullet$ *v*, $\bullet \bullet \bullet \bullet$ *p*.

c) La unión de las raíces primera y tercera da lugar á la letra $\bullet \bullet \bullet \bullet$ *d*.

Adicionando á esta letra los elementos 1.^o y 3.^o, produce respectivamente los caracteres $\bullet \bullet \bullet \bullet \bullet$ *j*, $\bullet \bullet \bullet \bullet \bullet \bullet$ *z*.

DERIVADAS DE LA RAÍZ SEGUNDA

Las nueve letras originadas de este elemento se agrupan en tres diversos órdenes:

a) La duplicación de la segunda radical produce la letra $\bullet \bullet$ *n*.

Y si á este signo se le adiciona el propio elemento 2.^o, el 1.^o ó el 3.^o, dará lugar sucesivamente á las letras $\bullet \bullet \bullet$ *u*, $\bullet \bullet \bullet \bullet$ *w*, $\bullet \bullet \bullet \bullet \bullet$ *g*.

b) La $\bullet \bullet$ *o* está formada por la unión al elemento de origen de la radical primera.

Si á esta derivada se la adicionan el 1.º ó el 2.º elemento, se forman simultáneamente los signos $\cdot\cdot\bar{n}$, $\cdot\cdot\gamma$.

c) Por la unión de las raíces 2.^a y 3.^a se forma la $\cdot\cdot r$. Si á esta letra se le agrega el elemento 3.º, prodúcese la $\cdot\cdot\cdot h$.

DERIVADAS DE LA RAÍZ TERCERA

Otros tres grupos forman las letras oriundas de esta radical:

a) Si al elemento 3.º se le une el 1.º produce la $\cdot\cdot m$.

Agregando á esta letra la 1.^a raíz, da lugar á la $\cdot\cdot\cdot b$.

b) Las raíces 3.^a y 2.^a forman la $\cdot\cdot l$.

Si á esta letra se unen los elementos 2.º y 3.º, prodúcense respectivamente los signos $\cdot\cdot\cdot q$, $\cdot\cdot\cdot x$.

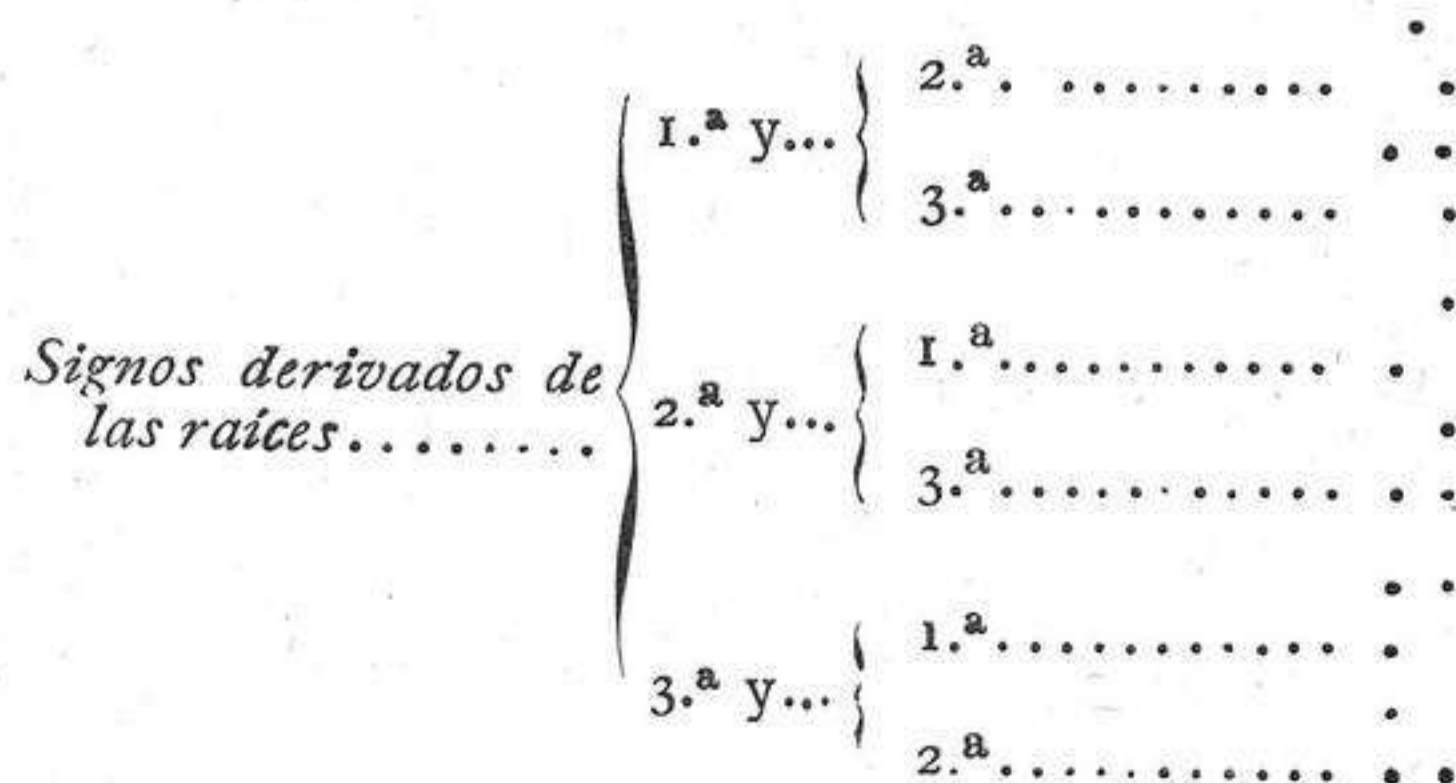
c) La *ll* derivase de este tronco, hallándose formada por la duplicidad del elemento 3.º más la segunda radical $\cdot\cdot$.

Estudiados metódicamente estos signos del sistema Wait, adaptados al español en la forma expuesta, se dividen en *sen- cillos y múltiples*.

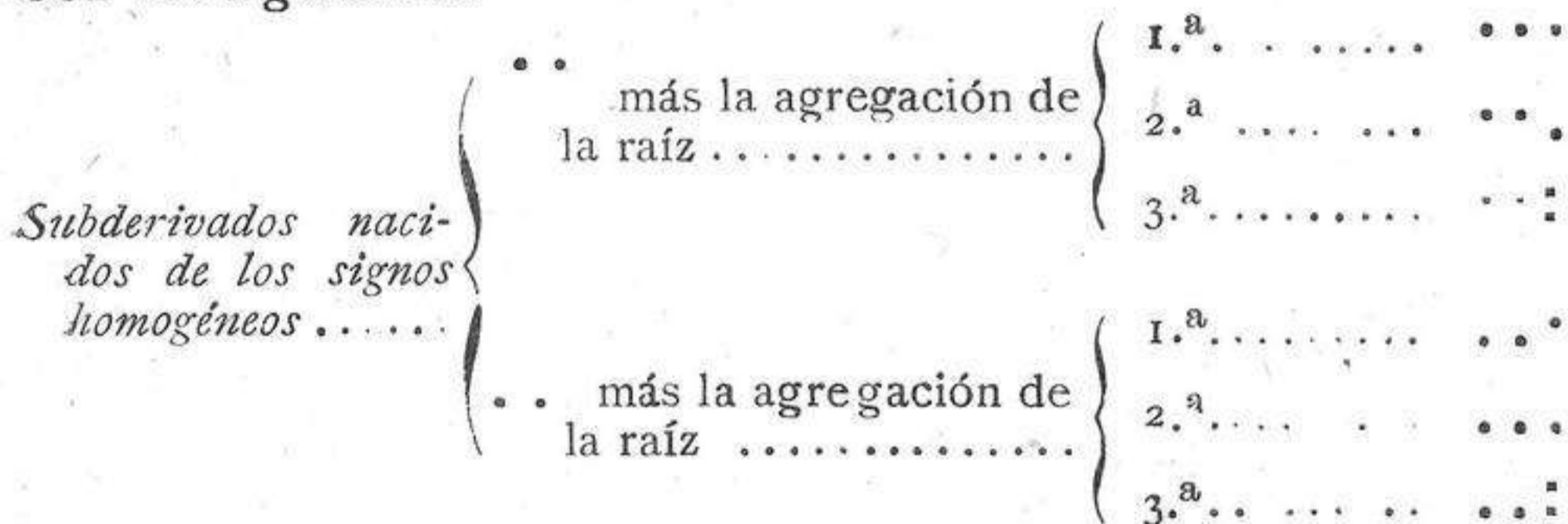
SENCILLOS son los signos formados por un solo elemento literal, como las tres radicales de que proceden todos los demás.

MÚLTIPLES son los signos constituídos por más de un elemento. Comprenden éstos tres clases, á saber: *derivados*, formados de dos elementos; *subderivados*, compuestos de tres elementos, é *irregulares*, ó de formación anómala.

Los signos DERIVADOS se llaman *homogéneos* cuando á su formación concurre un solo elemento literal; tales son: $\cdot\cdot\cdot$ y son *heterogéneos* los compuestos por elementos radicales distintos. Forman éstos los tres siguientes grupos:

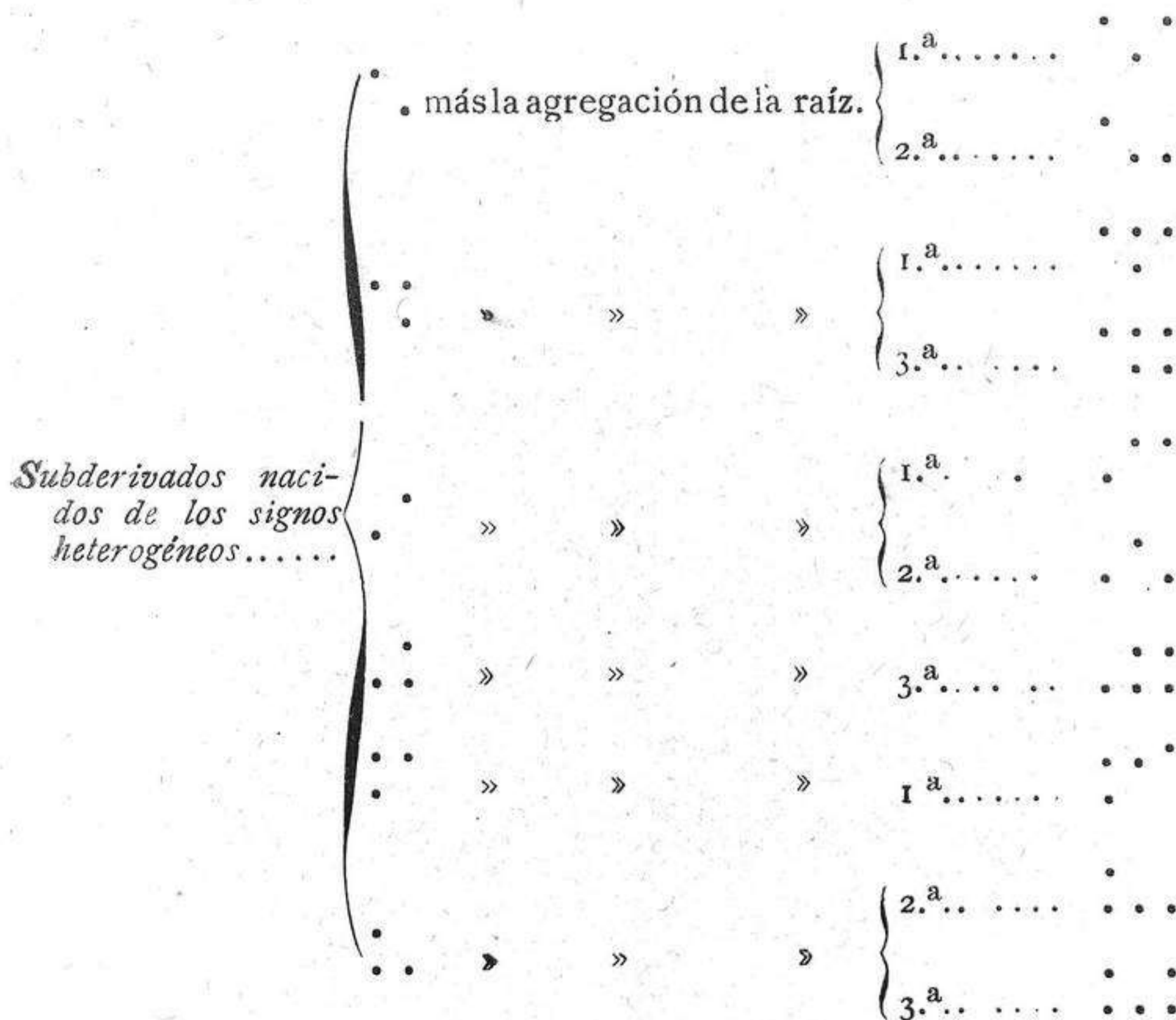


Los signos *subderivados* nacen de la clase precedente y, como los de ésta, pueden ser *homogéneos* y *heterogéneos*. Son los signos que para su escritura necesitan un *medio* espacio más que los anteriores por constar de tres elementos de formación. Se computan como signos *homogéneos* los nacidos de los derivados de igual denominación, ó sean aquellos cuyos dos primeros elementos están formados por una misma raíz. Son los siguientes:



Si los dos elementos primeros están formados por diversa raíz, los signos se llaman *heterogéneos* por ser de esta clase las letras de quienes proceden.

Sen éstos:



La tercera clase de los signos múltiples la constituye una sola letra que, por separarse de la pauta que hemos adoptado para el estudio precedente, hemos formado con ella un grupo independiente de los demás. Es la //, letra de naturaleza *homogénea*, pero sin signo literal de origen como las demás subdivididas; está formada por la doble radical tercera más la segunda :: .

SIGNOS AUXILIARES

Son todos aquellos necesarios para indicar las inflexiones propias de la buena lectura y la puntuación de los escritos y en general, aquellos que no tienen traducción literal.

La dificultad que Wait encontró para, dentro de la combinación de los elementos de su sistema, determinar signos diversos á todas las necesidades de la escritura, le hizo utilizar como *auxiliares* ocho de los literales minúsculos (*e d u r i m l* y *t*, éste con significado doble) para representar nueve de aquellos. Este grupo, por su doble significación, le llamamos *ambiguo*, en oposición al de *sencillos* con que designamos los signos auxiliares de una sola traducción.

Los signos auxiliares *ambiguos* ó de igual formación que los literales se distinguen de éstos en que van precedidos y seguidos por un blanco equivalente á un espacio igual á dos puntos, es decir, el doble del que separa cada letra entre sí. Cuando las letras han de tener traducción numérica, entonces van precedidos del signo de cantidad.

He aquí su sinopsis:

LOS SIGNOS AUXILIARES DEL SISTEMA WAIT SE DIVIDEN EN

Sencillos ó de una traducción...	INDICATIVOS DE FORMACIÓN	ORTOGRÁFICOS } Heterogénea, nacidos de 3. ^a	● ● ● ●	Guión.			
			● ● ● ● ●	Diéresis.			
			● ● ● ● ●	Acento.			
		Ambiguos ó de varias traducciones....	PUNTOATIVOS DE AGRUPACIÓN	Heterogéneas formados de...	● ● ●	Multiplicación.	
					● ● ● ●	Más.	
					● ● ● ● ●	División.	
				HETEROGÉNEAS COMPUESTOS DE	Dos elementos formados de....	● ● ● ●	Menos.
						● ● ● ● ●	De número.
						●	Coma (1)
						●	Punto final.
●	Punto y coma.						
● ● ●	Interrogación.						
● ● ● ●	Admiración.						
Tres elementos nacidos de.	Simple formado del elemento.	● ● ●	Paréntesis.				
		● ● ● ●	Dos puntos.				
		● ● ● ● ●	Puntos suspensivos.				
INDICATIVO de composición....	Simple formado del elemento.	●	Decimal (1).				

(1) Este signo es indicativo-puntuativo.

ALFABETO MAYÚSCULO Ó DE LETRAS CAPITALES

Todos los signos de este alfabeto, verdaderamente sin valor real en la enseñanza, abarcan dos cajetines de la pauta por estar formados de cuatro hiladas de puntos cada una, correspondiente á los bordes de los cajetines que las encierran.

Wait hace derivar estas letras de sus signos homólogos en el alfabeto minúsculo por agregación á éstos en sentido horizontal de tantos puntos como sean necesarios para que la letra minúscula ocupe cuatro lugares. Para ello da las dos reglas siguientes:

1.^a Cuando la minúscula tiene su último punto en la línea superior, como en la letra $\cdot\cdot a$, se añaden los necesarios en la línea inferior, así $\cdot\cdot\cdot A$.

2.^a Cuando la minúscula tiene su último punto en la línea inferior, como en la $\cdot\cdot c$, ó en ambas líneas superior é inferior, como en la $\cdot\cdot d$, se añaden los suficientes en la línea superior, así $\cdot\cdot\cdot C$, $\cdot\cdot\cdot D$.

En la exposición que hemos hecho de este sistema, damos como precepto absoluto que el ciego debe escribir en hileras ó series verticales, y no en filas ó series horizontales como lo practica Wait y cuantos maestros usan dos análisis diversos para cada letra, según se lea ó se escriba. Por el contrario, la unidad del signo nos aconseja la unidad de su análisis, ya sea leyendo ó ya escribiendo y, en este concepto, hemos generado todos los signos de las radicales ó elementos simples, considerándolos de arriba abajo, es decir, verticalmente.

Insistiendo en esta regla, precisa y absolutamente invariable, decimos que las 27 letras capitales de este sistema nacen de sus correspondientes minúsculas agregando á éstas uno, dos ó tres elementos radicales. Es de advertir que los elementos de agregación los constituyen siempre las raíces primera y segunda, y que las adiciones múltiples son siempre repetición de un mismo elemento, es decir, con datos homogéneos.

<i>Las letras minúsculas del sistema Wait se convierten en capitales por adición de la raíz..</i>	$1.^{\text{a}} \dots$	Sencilla.....	{	<i>C</i>	<i>Y</i>	<i>H</i>	<i>K</i>	<i>P</i>	
				{	<i>Q</i>	<i>U</i>	<i>X</i>	<i>Y</i>	<i>Z</i>
		Doble... ..	{	<i>D</i>	<i>L</i>	<i>N</i>	<i>R</i>	<i>S</i>	
	Triple.....	{	<i>I</i>	<i>T</i>					
	$2.^{\text{a}} \dots$	Sencilla. ...	{	<i>B</i>	<i>F</i>	<i>J</i>	<i>Ñ</i>	<i>V</i>	<i>W</i>
		Doble.....	{	<i>A</i>	<i>M</i>	<i>O</i>			
Triple.....		{	<i>E</i>						

El orden á seguir en la enseñanza de este sistema fácilmente se deduce de la exposición que del mismo acabamos de hacer. Como introducción es forzoso dar á los niños una idea del aparato, y hacer observar á éstos las reglas generales de la escritura que ya enunciamos al hablar del convencionalismo Braille.

En principio el mejor método es enseñar simultáneamente á escribir y leer los signos escalonándolos y atendiendo á la vez al espacio necesitado para su grabado y al número de puntos precisos á su formación. En este sentido comenzaríamos por obligar al niño á leer y escribir las letras de un solo elemento y las combinaciones que con las mismas sea susceptible hacer. De este primer ciclo pasaríamos al formado por signos de dos puntos, dándoles á conocer también por partes, es decir, agregando al ciclo ya estudiado un nuevo signo del siguiente, haciéndole jugar con las letras ya conocidas, formando con este corto caudal sílabas, palabras y breves frases. Después, agregaríamos á esto una nueva letra para repetir con ella y la anterior iguales ejercicios, y así, por grados, se seguiría hasta finalizar con esta subclase. Del mismo modo procederíamos con los signos que forman la clase segunda, presentándolos siempre en orden ascendente al número de puntos de que constan.

El dictado es *medio* utilísimo de enseñanza desde un principio y el procedimiento que dejamos reseñado, afianzado con la labor de *deberes* escolares, necesariamente da resultados precisos.

Más tarde, cuando se trata de alumnos de la clase superior

ó de aspirantes al Magisterio especial de ciegos, debe estudiarse el sistema de G. Wait, haciendo derivar de las raíces que en él hemos considerado, cada uno de sus signos, terminando por hacer de éstos una clasificación metódica como la muestra ú otra que parezca mejor.

P. MOLINA MARTÍN.

Profesor del Colegio Nacional de Sordomudos y de Ciegos.

EL CATALANISMO EN 1900

Pavoroso y no pequeño problema, en verdad, es el que se refiere al encabezamiento de estas líneas. El encono á que la cuestión había llegado, los caracteres que presentaba, las múltiples fases que revestía y sobre todo el peligroso resultado que pueden lograr sus manifestaciones más radicales, son motivos de importancia excepcional para que los hombres de Estado se dediquen sin descanso y con todas sus fuerzas á procurar una solución de armonía y concordia entre el pueblo Catalán partidario de esta teoría y el resto de la nación española.

Parece que en nuestro país los hombres se dividen en dos razas, la de los que juntan con su trabajo y la de los que separan con sus odios, y si bien es cierto que esto no es excesiva condición de los españoles, es al menos una gran característica.

Hagamos un ligerísimo estudio de esta gran cuestión, que preocupa hoy hondamente á toda España, y lograremos por lo menos extender el conocimiento de la misma, que creo de utilidad.

Para ello resumiremos con la brevedad posible las opiniones diferentes de los varios elementos sociales de Cataluña, para que ya con esta sólida base podamos fundamentar nuestras afirmaciones. En efecto: el estudio de observación en las ciencias sociales, si no es el único posible, es al menos el más importante; el experimento es difícil casi siempre y á menudo imposible. La suma de las opiniones de los diferentes factores sociales nos dará como obligada resultante una opinión general del país que será la verdadera, y ya con ella, apreciaremos de modo perfecto qué es y qué representa el regionalismo catalán.

La Unión Catalanista, cuyo programa es el de Manresa,

trabaja dentro de las leyes y tiene como principales enemigos á los simplemente separatistas y á los anexionistas á Francia ; abomina del centro porque entienden que de allí parten sus males y cuenta con numerosos y muy importantes elementos de todas las clases sociales, presentando dos variedades ó grupos: uno, de los que para el logro de su fines no quieren mezclarse con los partidos políticos actuales, y otro, de los que se ayudan de ellos.

* *

El elemento obrero en Cataluña, como en todas partes y quizá con más fuerza que en todas ellas, tiene una importancia extraordinaria en este como en cualquier otro problema político-social.

Además, en Cataluña, por la superior ilustración que tienen en relación con los del resto de España, gozan de una fuerza moral de verdadera importancia; las Sociedades que tienen constituídas son fuertes, bien organizadas y muy numerosas, y todo ello hace que sus movimientos y opiniones sean dignos de profundo estudio y observación.

Ellos permanecen alejados de esta cuestión; se dedican sólo á organizarse del modo más fuerte posible para poder luchar con el capital y redimirse de su condición, y aun cuando sus justas peticiones no han sido atendidas y han visto enriquecerse á los fabricantes é industriales mientras ellos continúan careciendo de lo necesario para la vida, no por eso han acudido á procedimientos violentos, sino que persisten en su actitud de la lucha pacífica por medio de la asociación y de la huelga. No se mezclan en cuestiones que no se relacionan con su más perfecta organización, ni siguen tendencias catalanistas ni regionales, aparte de la particular opinión de cada uno, y sólo aspiran á que su nuevo Centro de Manlleu adquiera cada día más fuerza. Esto por lo que se refiere á los obreros.

* *

Los agricultores desean un concierto económico como medio de librarse de los medios insoportables de investigación que la Administración pone en juego, cuyos males se agravan con el caciquismo que en esta clase de industria se deja sentir más que en otras. Las ocultaciones privan al fisco de un 20 por 100 de lo que debe percibir, y todos estos males se hacen más sensibles en esta región que en otra alguna por el verdadero progreso y desarrollo de la industria y del comercio.

La mayoría de los agricultores son catalanistas que profesan el programa de Manresa y se hallan federados como lazo de unión de todos ellos.

El clero en Cataluña profesa en su mayoría opiniones catalanistas, y siguiendo el programa de Manresa, quiere que las prebendas y dignidades que ejerzan jurisdicción eclesiástica sean desempeñadas por naturales del país.

Sabido es el influjo del clero en todas partes y nadie ignora que ha tenido aquí ilustres representantes de la causa catalanista, tales como Morgades y el Obispo de Vich. Este elemento social procura el apoyo de los devotos, é impregnando la idea religiosa á la catalanista, busca adeptos con verdadero furor; como prueba de los delirios á que su exaltación los ha llevado, bastará indicar que en folletos y discursos se ha sostenido:

Que en Cataluña tiene raíces más hondas el catolicismo que en pueblo alguno.

Que tiene mayor número de santos en el cielo que Castilla entera y que no existe otro pedazo de tierra de alguna extensión en el mundo que tenga mayor número de templos, oratorios, capillas, etc.

No es posible desquiciamiento mayor de las ideas cuando abandonan su cauce normal.

*
* *

Merece ser conocida la opinión de un fabricante catalán, que retrata claramente el estado próspero de esta región. Por el último arancel y el tratado de comercio con Cuba y

Filipinas, el estado de prosperidad de nuestra región ha llegado á términos que no sospechábamos.

Hay exceso de riqueza, faltan brazos para trabajar lo que las necesidades del mercado reclaman y el molde administrativo de otras provincias no es bastante ni propio para Cataluña. Quieren por ello el concierto económico, como medio de dejar franco camino al industrial, comerciante y hombre de negocios, y aseguran que si se rompieran de repente las trabas de la centralización administrativa, dejaría de hablarse de catalanismo.

No hay, sostienen, más que un problema económico. Con el organismo administrativo actual no se puede marchar. Se necesita hacer un puerto en el Mediterráneo ó sustituir el motor carbón por el hidráulico, pues con el actual expedienteo se consumen inútilmente las energías y actividad del pueblo catalán. Hay necesidad de obrar libremente, bien sea por autonomía provincial, constitucional, regional ó concierto económico; algo, en fin, que los libre de un patrón que resulta estrecho para el actual desarrollo de la riqueza. En cuanto á que este régimen de excepción pudiera irritar á otras provincias, no hay razón alguna para ello; que se les dé otro igual si tienen condiciones que lo exigen.

La Unión Catalanista ha propagado y propaga sin cesar sus teorías; las Sociedades con que cuenta en su seno son muy numerosas, y cada una tiene sus títulos y objeto dentro de la Unión, que las acepta por votación secreta. Cuenta con más de 15 periódicos para extender los principios del programa de Manresa y ha puesto en práctica el sello catalanista, del que se han consumido más de medio millón entre las varias tiradas. Tampoco ha faltado quien ha querido se hiciese moneda, y, finalmente, el arte ha servido de propaganda y quizá de origen á este movimiento político social; la música, la pintura y las letras, inspirándose en lo regional, han procurado descubrir bellezas artísticas que sirvieran de estímulo de vida á la región. Se afanaron los literatos, especialmente por significarse cultivando la lengua catalana, cantando las tradiciones de la región y encontrando en el modernismo un elemento de separación más de los escritores castellanos, que es

lo que principalmente buscaban. Ciertamente cuentan con brillantes representantes del género literario, pero al lado de ellos no faltan los extravagantes, los que quieren acudir á toda clase de procedimientos en busca de notoriedad. De ejemplo pueden servir las afirmaciones hechas por algunos, tales como la de que no es perfecta el habla de Cervantes, que en castellano no existen obras importantes en ningún ramo de la ciencia humana, y que por esto debe sólo aprenderse el catalán; que la moneda española es falsa y por eso suben los cambios, urgiendo hacer moneda catalana, etc., etc., manifestaciones todas de una verdadera secta de radicales dentro de las tendencias regionalistas.

*
* *

De todo lo expuesto aparece el concierto económico como una aspiración de la región, como solución total de sus males y por eso hemos de detenernos algo en ello. Parece ser que el Gobierno el año de 1899 hubo de prometer que se consignaría una enmienda en la ley de Presupuestos para realizar el concierto económico; pero el Ministro de Hacienda se negó á las promesas de toda clase en este terreno. Si se añade á esto que en una reunión de representantes del catalanismo y del Gobierno se formó un pacto de vida para el porvenir en que entraba el concierto como parte sustancial, que propuesta la fórmula de los gremios para conceder cierta intervención á los contribuyentes en la Diputación, concertada con el Estado, este término de acomodación, también de Hacienda, hubo de ser rechazado por el Ministro, se comprenderá fácilmente el ansia y el deseo de los catalanes por conseguir la anhelada fórmula.

El mismo Cánovas parece que pensó en la idea del concierto, que no pudo realizar por su triste fin; cayó el partido conservador, sucedióle el liberal y volvió nuevamente el conservador á encontrarse con el problema en pie y arraigada fuertemente la idea del concierto.

Hoy por hoy, la generalidad lo defienden; á los horrores de la investigación fiscal se unen los de la particular por el arren-

datario, y he aquí por qué desean pagar más, si es preciso, de lo que actualmente recauda la Hacienda; pero distribuyendo las cargas de mejor manera, simplificando la recaudación, haciéndola eficaz, rápida y verdadera por medio del concierto que les deje libertad económica para obrar. Discrepan en el procedimiento, son partidarios unos de que se arriende á las Diputaciones toda clase de contribuciones que hoy se pagan al Estado y defienden otras mayores facultades en aquellas, llegando hasta la modificación, supresión y creación de impuestos conforme á las necesidades de la región; pero repito que siempre en el fondo se observa la misma inclinación á la independencia en el régimen económico como única manera posible de remediar los males que les afligen. No es que se resista á pagar, no es que quieren pagar menos contribución que la que actualmente satisfacen, puesto que transigen hasta con pagar más; lo que desean solamente es que se les deje en libertad para que distribuyan ellos la contribución que se les pida con entera libertad.

En conclusión: vemos que este problema, como tantos otros, se resuelven dentro del terreno económico; que los separatistas en el sentido que se da á esta palabra son pocos; que, hoy por hoy, industrial y comercialmente, Cataluña ocupa un lugar de importancia; que su mercado principal es España, por cuya razón los anexionistas á Francia nada irían ganando; pero que, á pesar de ello, el estado de vigor físico é intelectual de la región exige que no se la estreche é impida su florecimiento, sino que, antes bien, meditando y profundizando el estudio del importante problema planteado, se consiga una fórmula de libertad económica que, favoreciendo á Cataluña, en nada perjudique al resto de la Nación.

S. P. Y AGUADO.

PROYECTO DE UN DICCIONARIO HISPANO-AMERICANO

Entre los muy importantes artículos publicados en el último é interesante número de la revista de la Unión Ibero-Americana figura uno del reputado escritor Sr. Pleguezuelo, que merece ser leído con detención, y el cual reproducimos por lo transcendental de su fondo y por su forma literaria.

Dice el Sr. Pleguezuelo:

«Entre los varios fines que persigue la Sociedad Unión-Ibero Americana, dentro de la total aspiración que su propio nombre indica y que en más ó menos grado parece alentar en todos los corazones movidos por una misma sangre á uno y otro lado del Atlántico, cristalizando ya en propósitos de algunos estadistas, seguramente no hay otro de tanta importancia y trascendencia como el de conservar en su integridad y pureza el lenguaje común á tantos pueblos. El valor insuperable del idioma en toda labor humana es tan evidente ante la razón y la historia, como ante el sentido común y la conciencia más vulgar. Así se explica que naciones hoy poderosas sostengan competencia por hacer del suyo el idioma universal, competencia á la que, dicho sea de paso, pudiéramos concurrir con respetables y abundantes títulos, empezando por enviar los maestros que piden á los sesenta mil judíos de Salónica, ansiosos de modernizar el habla castellana que de su antigua patria se llevaron, y siguiendo por no negar hasta lo que de justicia se les debe á los españoles que aún quedan en Filipinas y pueden contribuir todavía á que allí perdure, aunque en pequeños círculos, una lengua que, debidamente enseñada y difundida antes entre aquellos naturales, habría acaso cambiado la suerte del Archipiélago. De estas mayores aspiraciones de otras potencias se desprende una luz que ilumina más y más el ideal aquí propuesto, el de que no se altere ni corrom-

pa, no se diversifique ni disgregue, ya que tanto pudiera suceder, el hermoso verbo de cien millones de hombres, llevado a las más altas cumbres de la prosa y la poesía por escritores y poetas de América y de España.

El cultivo y conservación de la común manera de entenderse es ciertamente de tan profundo interés para cada una de las naciones hermanas como para el conjunto de todas ellas, llamado á constituir en esta ó aquella forma con tipo superior á los en que hasta aquí se han moldeado las asociaciones del hombre. Si el movimiento del pasado siglo en pro de las nacionalidades ha de seguir su curso, nada como aquella tarea para facilitar que en pueblos de idéntico origen se determine y concrete una más alta personalidad que las conocidas hasta ahora como organismos sociales ó políticos; pero aunque no hubiera de formarse la gran nacionalidad hispano-americana, siempre redundaría en beneficio particular de cada Estado la obra de cultivar y mantener en su esplendor lo que es prenda de independencia, signo de carácter, eco de triunfos y de glorias, espejo del espíritu en cada nación y vehículo además, que sirve para llevar y traer hasta los productos materiales, puesto que por modo invisible, como va con la detonación el proyectil, así con los vocablos van y vienen los pesados fardos del comercio.

Difícil es, por tanto, imaginar que nadie, á no ser rivales ó enemigos de la raza, deje de prestar ayuda, con el aplauso siquiera, á la obra proyectada, y sería ésta fecunda aunque hoy nos separasen antagonismos y discordias, pues nunca llegarían á dividir los ánimos en lo tocante al lenguaje, á juzgar no más que por aquel hecho elocuente de que, cuando más encarnizada era la lucha de España con sus antiguas colonias, no había quien rindiera mayor homenaje á nuestra literatura que redactores, por ejemplo, de la *Miscelánea ó Repertorio Americano*, de Londres, entre los que figuraba el más intranigente y admirable de los gramáticos castellanos, Andrés Bello; no existiendo, por fortuna, antagonismos ni discordias sino antes bien corrientes de amor y olvido, si vale la para, dójica expresión, suben de punto los méritos del empeño por el valor que la oportunidad les presta, toda vez que nunca

sen tan eficaces los impulsos como cuando recaen sobre un movimiento ya adquirido y no se trata sino de impulsar una marcha ya iniciada en sentimientos é ideas y aun en muchas otras cosas más concretas y tangibles.

Pero no bastan al propósito enunciado las simpatías y el aplauso; requieren ciertos intentos auxilios más positivos de muchas voluntades; no basta un ambiente favorable, sino que se necesita el concurso de grandes energías, la cooperación resuelta de entidades influyentes, así colectivas como individuales, la acción, en suma, social y la acción misma del Estado. Sin el esfuerzo convergente de academias y ateneos, de escritores y Mecenas, de pensadores y políticos, de voces elocuentes, de tenaces caracteres de hombres públicos, fuera imposible realizar la empresa. Por esto se ofrece como medio eficacísimo, que sobre su intrínseca eficacia tendría la de despertar multitud de iniciativas concurrentes al mismo fin, la formación de un Diccionario, que podría llamarse hispanoamericano de la lengua española, por una Comisión compuesta de individuos de todas las Academias de la lengua de allende y aquende el mar, bajo los auspicios de los respectivos Gobiernos.

Dígase lo que se quiera de la Academia, es indudable que en los países donde existen estos organismos, como sucede entre nosotros y los formados á nuestra imagen y semejanza, su existencia ofrece una base poderosa para que mediante la acción de los Estados se pueda poner por obra el pensamiento, con la ventaja de que así se fundan en la empresa la acción oficial y la social, dándole mayor prestigio y más fuerza de atracción. Por otra parte, este empeño internacional hispanoamericano, único posible por hoy con carácter oficial, sería un feliz ensayo y una escuela fecunda para preparar otras obras solidarias de las naciones hermanas. Lo que por hoy no es posible en el orden político, económico, religioso ni jurídico privado, es perfectamente hacedero en la esfera del idioma, y la labor común en este campo acercaría los espíritus para otras comunes empresas.

Que un código de la lengua española formado por representantes de todos los países que la hablan sería en extremo

conveniente para la conservación é integridad de aquélla, parece una verdad de las que no necesitan demostración. Difícilmente se podría encontrar nada más eficaz para mantener, ensanchándola, la unidad del idioma, y para evitar que suceda con él lo que con el latín, por ejemplo. Es preciso robustecer lo que se puede llamar fuerza centrípeta de las lenguas, si no se quiere que la fuerza centrífuga las diversifique y las disgregue. Así como hay escritores de América que pueden darnos lecciones de castellano á muchos de la Península, existen también libros escritos por algunos de aquéllos que resultan ya ininteligibles para los más doctos españoles; importa, pues, evitar que lleguen á no entenderse los pueblos de la gran familia. ¿Qué autoridad no tendría un léxico formado por todos para corregir abusos y contener descarríos? ¿Qué ocasión más propicia, por otra parte, para dar cabida entre nosotros á giros y vocablos con que debe ensancharse la lengua, si de verdad se quiere que se ensanche la nacionalidad y la vida?

Con la obra común desaparecerían seguramente injustificados desdenes y recelos; los colaboradores americanos sentirían más estrecho el deber de respetar lo tradicional y lo castizo; los colaboradores españoles más estrecho el de admitir legítimas y nobles novedades; los naturales de allende se someterían de mejor grado al código formado por sus mismos representantes; nosotros nos enriqueceríamos con las aportaciones de los pueblos nuevos; los escritores todos irían espigando en el extenso campo de la raza entera, y así el español no se disgregaría, sino que manteniéndose en todas partes en su integridad y pureza, experimentaría naturales desarrollos, pudiendo ser hablado con las necesarias variantes por un nuevo Cervantes si naciera.

Quizás á alguien pueda parecer inasequible este ideal de hacer perdurable en su unidad y brillo el idioma castellano entre todos los pueblos que hoy lo hablan; pero si como tal idea hay que perseguirlo, fuerza es reconocer la virtud que para ello tendría la formación de un léxico mediante el concurso de todos los pueblos á quienes sirve de verbo, procedimiento puesto ya en práctica por Inglaterra, que sepamos, con objeto análogo.

Contraproducente sería el reparo que se hiciera alegando los vicios y corruptelas que existen entre escritores americanos, porque precisamente para poner coto á los de escritores españoles se creó nuestra Academia, encomendándole la formación del Diccionario; para corregir precisamente á los malos escritores actuales de allá y de acá, para guiarnos á todos serviría el nuevo léxico formado por los sabios de una y otra parte que se encargaran de tan elevada misión. De otros reparos no hay que hablar, porque sería un contrasentido estar invocando la comunidad de lengua como base y fundamento de toda fraternidad y regatear á los hermanos la capacidad para el idioma; porque sería loca presunción imaginar que los descendientes de los que aquí quedaron son los únicos que pueden hacer las leyes del lenguaje, y que los descendientes de los que allí fueron carecen de títulos para ello; porque sería lamentable error no dar cabida á nombres de cosas que aquí no lo tienen, porque aquí no existen, y aun á toda clase de americanismos, siempre que no padezcan el buen gusto, las leyes gramaticales ni la fonética del habla castellana; porque sería, en suma, petrificación inconcebible la de cerrarse á toda novedad sin tener en cuenta la moraleja del cuento del cuchillo de Juanito y sin considerar que la mera excesiva lentitud en admitir vocablos de nuestras antiguas colonias puede dar lugar á hechos lamentables como el de que la palabra *panca*, embarcación filipina, por no poner otros ejemplos, no haya figurado en el Diccionario sino en su última edición, cuando ya probablemente no tendremos que usarla nunca. Menos mal si merced á las corrientes de unión ibero-americana podemos usarla todavía como voz *quichúa*, puesto que en el Perú significa lo que en Murcia *perfolla*, es decir, hoja que cubre el fruto del maíz cuando está seca.

Además, la idea de un léxico hispano-americano no viene á ser más que un corolario de lo hecho y declarado por la Academia Española. En la advertencia de la duodécima edición (1884) de su Diccionario dice lo siguiente: «Pertenece otros de los aciertos que le avaloran á las Academias Colombina, Mejicana y Venezolana, correspondientes de ésta, y á insignes americanos que ostentan igual título. Ahora por vez

primera se han dado las manos España y la América española para trabajar unidas en pro del idioma que es bien común de entrambas, suceso que á una y otra llena de inefable alegría y que merece eterna conmemoración en la historia literaria de aquellos pueblos y del que siempre se ufano llamándoles hijos.» Y en la advertencia de la décimotercia edición dice lo que sigue: «Que la obra de pulir y enriquecer la lengua castellana se ha hecho popular, lo patentiza el extraordinario aumento que para esta edición ha tenido la cooperación de personas y corporaciones diversas, así de España como de América. Y á todos sus generosos favorecedores rinde una vez más la Academia tributo de profundo reconocimiento, expresando que no desmayen en la prosecución de su noble tarea.» ¿Quién no infiere de tan autorizadas palabras y de tan elocuentes hechos la bondad y conveniencia de un Diccionario formado directa é inmediatamente por académicos americanos y españoles, penetrados todos de igual responsabilidad y de idénticos estímulos, pudiendo discutir á toda hora, emulando en la empresa por requerimientos del respectivo honor nacional y consultando los estudios con que entonces más que nunca les auxiliarían *personas y corporaciones diversas, así de España como de América?* Cuando se diera cima á semejante obra no hay que decir cómo subirían de punto los motivos para la inefable alegría y la eterna conmemoración.

Habiendo de reunirse en alguna parte los encargados de llevarla á cabo, natural es que lo hiciesen en la casa materna: la madre España daría su tradición y sus archivos, los hijos traerían su savia juvenil, y, compitiendo todos en estudio y celo, harían tanto por el brillo del idioma como por el porvenir de la raza.

FRANCISCO PLEGUEZUELO.

MEDITACIONES SOBRE EL DESASTRE

CAPÍTULO I

En tres errores fundamentales se inspiran los juicios que se hacen entre nosotros sobre nuestra guerra con los Estados Unidos y causas que la produjeron.

Ha venido á hacerse aquí poco menos que indiscutible que fué esa guerra una calamidad para España, que debió evitarse, aun arrojando todas las consecuencias del descontento público. En todos los razonamientos con que se combate hoy la desdichadísima gestión de nuestros Gobiernos y de los directores de nuestra política, va implícitamente envuelta ó clara y terminantemente expresada la desaprobación de una guerra como aquélla que, en opinión de todos, había de sernos irremisiblemente desastrosa. No hay ya entre nosotros quien ponga en duda la existencia de un poder tan colosal y abrumador en los Estados Unidos, que tenía que hacer insensato y hasta criminal en hombres de Estado que habrían debido tener de él perfecto conocimiento, todo paso que pudiera conducir á la guerra con esa república. Hasta los mismos publicistas que en los días de la insurrección cubana, con sus escritos en los periódicos, excitaban el ardor belicoso del pueblo y vituperaban la debilidad de nuestros Gobiernos en sus relaciones con los Estados Unidos; hasta los más inclinados entonces á las soluciones violentas, á las actitudes arrogantes y á los procedimientos de fuerza en la política interior y en la internacional, parecen hoy con su arrepentimiento, que manifiestan sin rebozo, ó con su silencio ante las inculpaciones que se les dirigen, dar la razón á los que en aquel tiempo, más con el corazón que con los labios ó con la pluma, pues los vientos que entonces corrían no les hubieran

consentido emitir francamente opiniones pacíficas, se mostraban templados y conciliadores en las suyas. Con subterfugios para disimular sus antiguas ideas bajo el disfraz de las que posteriormente les han sugerido los sucesos, demuestran los que antaño se señalaban por su intransigencia estar hoy conformes con los que hacen un cargo contra el Gobierno de haber ido á la guerra habiendo tenido medios de evitarla.

Un libro muy notable—los *Apuntes* del Duque de Tetuán,—publicado después de la muerte de su autor y en que defiende éste con sólidos argumentos su gestión como Ministro de Estado durante los treinta meses de la insurrección cubana, en que estuvo el Gabinete de Cánovas al frente de los negocios, y en que arroja sobre el de Sagasta tremendos cargos (por nadie contestados que yo sepa), por la desatinada y temeraria política que siguió en sus relaciones con los Estados Unidos, que trajo la guerra por consecuencia, se funda todo él en el supuesto á que vengo aludiendo, relativo al poder incontrastable de esa república y á la conducta prudentísima, mesurada y conciliadora á que forzaba á nuestros Gobiernos en su trato con ella. En opinión del Duque de Tetuán, nos era absolutamente preciso, nos estaba, más que indicado, impuesto por nuestra debilidad y por la enorme fuerza de los Estados Unidos, el eludir á toda costa el choque con ellos en el terreno de las armas.

Se me presentarán ocasiones en adelante de referirme á ese libro. Por ahora me limitaré á afirmar, y seguidamente á probar, que su argumentación, como la de todos aquellos que desapruaban por impolítica nuestra guerra con los Estados Unidos, descansa en tres supuestos erróneos: que estuviera en nuestra mano evitarla, que tuviéramos por fuerza que ser vencidos en ella y que fuera un mal para nosotros.

* * *

La guerra era inevitable. Sólo abandonando las dos islas que aun conservábamos en América y, por lo pronto, la mayor y más importante de ellas, hubiéramos podido evitar la guerra, y tal paso era tan denigrante y bochornoso para Es-

pañá que ninguno de nuestros gobernantes y hombres de Estado, ni siquiera ningún español con asomos de dignidad y de decoro, se hubiera atrevido á darlo ni á proponerlo.

El abandono por parte de España de su soberanía sobre Cuba concediéndole la independéncia y aun ayudándola á desenvolverse de entre las dificultades que hubieran podido presentársele, y que se le hubieran presentado seguramente, en los principios de su nuevo estado, habría sido una medida de altísima política digna de grandes estadistas, y, aun adoptada bajo la presión de una rebelión armada de los colonos, digna también de verdaderos patriotas; pero impuesta por poderes extraños, y por los Estados Unidos menos que ningún otro, imposible de realizar sin desdoro.

No hay mengua para una nación en ceder y doblegarse á imposiciones de una parte de sus propios súbditos cuando no son éstos gente extraña y subyugada, sino naturales de ella; tampoco le es vergonzoso ni denigrante verse dividida en bandos enemigos entre sí y agitada por luchas intestinas que traigan por consecuencia desmembraciones políticas de su población y territorio; pero que se doblegue un pueblo á la voluntad de otro extranjero, despótica é insolentemente manifestada, en asuntos que sólo á él incumben ó en cuya resolución, aunque haya extraños perjudicados, ha de tener ante todo en cuenta sus propios intereses y conveniencias, es el colmo de la ignominia y del vilipendio.

La opinión, muy común entre nosotros, lo mismo antes de la última guerra que al presente, y de la que participan muchos de nuestros hombres públicos, de que nos era menos deshonroso ser vencidos por los Estados Unidos que por los insurrectos cubanos, como también esa otra, tan divulgada hoy, que acepta como buena solución del conflicto en que nos puso varias veces en el curso del último siglo la situación perturbada de Cuba, la venta de la Isla á los Estados Unidos, ponen en evidencia la falta de instintos políticos y de sentimientos patrióticos de que adolecemos y el equivocadísimo concepto que tenemos de lo que constituye y significa la dignidad de la patria. Tales opiniones que ni aun en el supuesto de un odio irrazonable y ciego de los colonos contra su me-

trópoli habrían estado justificadas, tendrían sólo razón de ser cuando fueran los habitantes de Cuba extraños á nuestra nación y á nuestra sangre, pero nunca siendo, como son, tan españoles como nosotros. No hay lógica en quienes, precisamente por considerar á los cubanos como españoles desnaturalizados y rebeldes, aconsejaban el empleo de los más enérgicos procedimientos para sujetarlos, tener al mismo tiempo por más vergonzoso para nosotros ser vencidos por ellos que por un pueblo extranjero y enemigo de nuestra raza; y no ya falta de lógica, sino de los más rudimentarios sentimientos patrióticos padecen esos otros que se lamentan y conculen hoy de que no los vendiéramos á los Estados Unidos como un rebaño.

Islas perdidas en las soledades del mar, deshabitadas ú ocupadas por gente bárbara y extraña á nuestra raza, como las famosas Carolinas y Palaos, y hasta si se quiere, las Filipinas, en cuya población el elemento español tiene parte verdaderamente insignificante comparado con el indígena; territorios continentales, por vastos, fértiles y ricos que sean, que se hallen en circunstancias análogas, como para nosotros hace años los de la Luisiana y la Florida y para Rusia el de Alaska, pueden ser objeto de trueques y de ventas á naciones extranjeras; pero de ningún modo comarcas como Cuba y Puerto Rico (y lo mismo hubiera dicho de cualquiera de nuestras antiguas colonias de América constituídas hoy en repúblicas), pobladas como lo están todas ellas por emigrantes de la metrópoli y que podían por tal motivo ser consideradas como verdaderas prolongaciones de su territorio. ¿Qué pensaríamos de un proyecto de venta á una nación extraña de cualquiera de nuestras provincias peninsulares? Pues no menos españolas eran aquellas otras y en mil ocasiones nos hemos hartado de repetirlo.

Si no hubiera sido una burda farsa la indignación que estalló en España cuando intentó Alemania apoderarse de las Carolinas, indignación que, á ser sincera, contrastaría en gran modo con la mansedumbre con que ha sufrido nuestro pueblo ofensas harto más graves y más efectivas contra su decoro, bastaría para demostrar nuestra completa falta de sindéresis y

de lógica en la apreciación de muchísimos hechos tocantes á la constitución de los Estados y á la esencia misma de su organización política.

*
* *

Pero aparte de la humillación que hubiera significado para España el conceder la independencia á sus colonos bajo la presión de un pueblo extraño y enemigo—lo de enemigo habré en adelante de demostrarlo, — otra razón hubiera hecho impolítico en nosotros semejante paso: la de sernos necesario para la reconstitución de nuestro deshecho imperio conservar un punto de apoyo en las regiones del Nuevo Mundo.

Hay naciones que se deben á su historia, y España es una de ellas. Naciones tales no pueden encerrarse en sí mismas para atender egoístamente á la conservación del solar paterno, desentendiéndose de la misión que la Providencia les confió en el mundo, y aquellos de sus estadistas que así no lo entiendan son indignos de gobernarlas. Procedimientos de gobierno sapientísimos en comunidades políticas cuya única razón de existencia consista en proporcionar á los que las constituyen medios de vivir, pueden muy bien no ser ni decorosos ni convenientes para grandes naciones que han llenado el mundo con la fama de sus hechos y que han prodigado la sangre de sus hijos por todos los ámbitos de la tierra, descubriendo, conquistando y poblando islas y continentes, constituyéndose en representantes y campeones de grandes ideas religiosas y siendo, durante siglos, árbitras de la política universal. Los procedimientos políticos de España no pueden, ó no deben por lo menos, ser iguales á los de Bélgica, Rumania ó cualquiera otro Estado sin historia ni tradiciones. Desentenderse una nación como España de su pasado es renunciar á su propia individualidad; es reconocer la inutilidad de su existencia; es suicidarse, en una palabra. Discutir siquiera, como hay entre nosotros quien discute, sobre las ventajas que nos reportaría el ser conquistados por un pueblo extraño para salir de la situación precaria á que nos han traído las torpezas políticas y económicas de nuestros gobiernos y nuestros propios defec-

tos, es en una nación síntoma de muerte: demostración de que han desaparecido ya de su alma esos sentimientos que sostienen á las colectividades humanas en su paso por la tierra. Sin instinto de conservación no hay vida posible ni para los hombres ni para las sociedades.

*
* *

La concesión de la independencia á Cuba y á Puerto Rico, que hubiera sido medida acertadísima para una nación á quien sus tradiciones y su historia no le impusieran las obligaciones que las suyas imponían á España, y aun para la misma España si hubiera acertado á crear colonias que, al emanciparse, constituyeran naciones fuertes y respetables, era incompatible con las exigencias de la elevadísima política en que, por la debilidad de nuestra nación y de sus antiguas colonias, debieran haberse inspirado nuestros gobernantes con la mira de reconstituir el grandioso imperio español que fundaron nuestros antepasados del siglo XVI, y que los absurdos procedimientos económicos, políticos y coloniales de sus sucesores han destruído prematuramente. Quien considere el alto lugar en que pusieron á España relativamente á los demás pueblos de Europa los descubrimientos geográficos de los principios de la Edad Moderna, y la gloria con que llevaron sus hijos á cabo la magna empresa de conquistar y poblar las inmensas regiones del Nuevo Mundo echando los cimientos de naciones nuevas que debieron alcanzar en muy breve tiempo prosperidad grandísima asegurando la inmortalidad para nuestra raza, tiene que juzgar muy severamente la conducta de la España de los siglos siguientes al dejar perderse aquella superioridad y malograrse aquellos esfuerzos por su incuria y sus torpezas. Prescindiendo de las demás naciones del mundo, pudo España constituir un vastísimo Estado, ó un conjunto de ellos (para decirlo de modo que exprese fielmente mi pensamiento), que se hubiera absolutamente bastado á sí mismo por comprenderse en sus ámbitos todos los climas y producciones del planeta. Nuestra religión, nuestras lenguas, nuestras leyes y nuestra sangre, dilatadas por territo-

rios inmensos bastantes á sustentar á la cuarta parte de la población del mundo, habríanse perpetuado, aunque fuera con las modificaciones naturales que todo lo viviente experimenta con el curso del tiempo, hasta las más remotas edades futuras. Innumerables, vastísimas, fértiles y opulentas provincias de aquende y allende el mar, habitadas por gentes de nuestra raza; el Océano Atlántico convertido en un lago enclavado en tierra española y surcado por infinitas naves que llevasen en sus sentinas los productos de unas de esas regiones á las otras, y en los topes de cuyos mástiles flameasen nuestras banderas; el más absoluto libre cambio entre todos esos Estados y la más decidida protección económica contra toda competencia extranjera; el nombre de España grande, temido y respetado en el mundo: tales hubieran sido los frutos de una política sabia y previsora en los gobiernos españoles.

La realización de ese plan gigantesco, la prosecución de la obra colosal á que los aventureros españoles de hace cuatro siglos echaron los cimientos, debió haber sido el propósito fijo é invariable de nuestros estadistas, el agente propulsor de todos sus actos, el norte de toda la política de España; propósito que debió transmitirse de generación en generación á modo de herencia, como entre los hombres de Estado rusos el famoso *testamento de Pedro el Grande*, y entre los anglo-americanos la no menos famosa *doctrina de Monroe*.

No hay momento en la historia de los siglos que siguieron á los descubrimientos y conquistas de América en que no pudiera culparse á la nación española y á sus estadistas de haber desatendido tan altos intereses posponiéndolos á otros, comparados con ellos, de escasísima importancia; pero nunca como en los siglos XVIII y XIX—y más en el último que en el primero—en que á los escarmientos y enseñanzas de los sucesos pasados venía á agregarse el haberse simplificado en gran manera nuestros negocios europeos.

Ya que por nuestros antiguos errores económicos y políticos se convirtió en debilidad y decadencia para nuestra nación lo que debió ser prosperidad y fortaleza, viniendo ella al triste estado en que se encontraba al alborear el siglo XIX, debieron nuestros Gobiernos, aleccionados por la historia y

cuando aún era tiempo de remediar nuestros males, consagrar á ello todos sus pensamientos y todas sus energías. Sólo un me lío había de hacerlo: restaurar en la única forma posible el vasto imperio español del siglo XVII, arruinado por la funesta política de nuestros padres.

No otros motivos que la necesidad para España de conservar el pie en el Nuevo Mundo para desenvolver ese grandioso plan, del que dependía, bien puede decirse, el porvenir de nuestra nación y de nuestra raza, tenía que ser y debió ser siempre un obstáculo, si no en modo alguno á la implantación en nuestras colonias antillanas de formas de gobierno francamente autonómicas (que tampoco hubieran venido mal á otras provincias de la metrópoli), sí á la concesión de la independencia absoluta á los colonos; porque semejante medida, privando á España de toda participación en la política ultramarina, le habría hecho perder, á más de excelentes bases de operaciones en una guerra con los Estados Unidos, multitud de oportunidades que la actitud insolente y provocativa de esa república le habría brindado para reñir con ella con toda la razón y toda la justicia de su parte.

Esa consideración fundada en la conveniencia, y á la vez en la imprescindible necesidad para España de guerrear con los Estados Unidos, que seguramente no se ocurrió nunca á nuestros políticos y que aun hoy mismo parecerá extravagante á los más de nuestros conciudadanos, debió ser, no obstante, la piedra fundamental de toda la política española.

*
* *

Conservando España su soberanía sobre Cuba y Puerto Rico, lo que no se oponía á que hubiera dejado á los colonos en libertad completa para gobernarse por sí mismos, ¿hubiera podido evitar la guerra con los Estados Unidos?

No; porque no solamente las mismas razones políticas que aconsejaban á España la conservación de esas islas tenían que inducir á los Estados Unidos á arrancárselas de las manos, sino también odios atávicos más instintivos que razonados contra nuestra raza que los colonos ingleses del continente

septentrional de América han heredado de sus progenitores.

Hay que cerrar los ojos sobre la historia de los tiempos modernos para desconocer la existencia real y efectiva de ese antagonismo de razas, que comenzó á tomar incremento poco después de la Reforma y que fué poco á poco exacerbándose hasta levantar entre españoles é ingleses una valla que sólo podía allanar el aniquilamiento ó la completa postración de uno de los dos pueblos rivales.

Á inveteradas rivalidades entre las razas latina y germánica, á que los españoles y los ingleses respectivamente pertenecen, vinieron á agregarse en el siglo XVI las fundadas en diferencias religiosas. Las naciones latinas, en general, son católicas, y protestantes las germánicas, sin que las excepciones con que pudiera contestarse esta afirmación basten para destruir su incuestionable certeza. Por motivos que no hacen aquí al caso, fué el pueblo inglés el que con más ardor abrazó la causa del protestantismo, como fué el español el más acérrimo defensor de la Iglesia católica y del Pontificado, viniendo así á suceder que el pueblo menos latino de la estirpe latina y el menos germánico de la gérmanica fueran los portaestandartes en el mundo de las causas por que, en el terreno religioso, se ponían de manifiesto las rivalidades de otra índole que separaban á esas grandes agrupaciones étnicas.

La guerra entre españoles é ingleses, que comenzó y siguió largo tiempo revistiendo caracteres de lucha religiosa entre el catolicismo y la herejía protestante, franca y abierta á veces, á veces latente ó solapada, llena las páginas de la historia de los tres siglos trascurridos desde el advenimiento de Isabel Tódor al trono de Inglaterra hasta nuestros días.

Los descubrimientos, conquistas y colonizaciones de los españoles en América en el mismo siglo XVI, seguidas á muy poco por las de los ingleses en el continente septentrional de esa parte del mundo, llevaron á él la lucha comenzada aquende los mares. Circunstancias que parecen providenciales pusieron allí frente á frente á ambas naciones en situaciones entre sí análogas á las que aquí tenían: la inglesa al Norte y al Sur la española. La última guerra hispano-americana no ha sido, en realidad, sino uno de tantos episodios de esa inveterada lucha de

razas, aunque ciertamente de los más importantes y trascendentales, por haber traído por consecuencia la desaparición del hemisferio americano del Estado de que se derivan todos los que ocupan su continente central y meridional y parte del boreal, y la confirmación y recrudecimiento de una situación política que ya venía siendo en extremo peligrosa, y que lo será más cada día para el porvenir de todos ellos y, por consiguiente, de la raza española en el mundo.

*
* *

Á las antiguas rivalidades étnica y religiosa entre la gente española y la inglesa, ya muy apagadas por la pérdida de la fe y por el abatimiento de las naciones de nuestra raza, ha venido á suceder una situación de tirantez y de discordia que tiene por causa la ambición y la soberbia que han despertado en los pueblos de raza inglesa los éxitos de sus armas y la prosperidad de sus Estados. Han llegado á persuadirse de que son superiores moral, intelectual y físicamente á los demás habitantes del planeta. Fundados en clasificaciones erróneas sugeridas por un estudio incompleto de la Historia, aceptan como hecho científico la teoría que da al grupo étnico á que pertenecen categoría de raza que con el nombre de anglo-sajona se pone á la altura de la latina, la eslava ó la misma germánica, de que no es sino una rama bastardeada por multitud de cruzamientos. Hasta á su lengua, que no es en realidad sino un dialecto germánico en que ha ingerido la ciencia muchos vocablos latinos y griegos, la religión algunos griegos, hebreos y siriacos, y la conquista francesa del siglo XI muchísimos de origen latino, ya entonces corrompidos en boca de los pueblos del Continente, pretenden algunos atribuirle categoría de lengua madre, como la sanscrita, la griega, la latina ó la germánica. Han llegado, por último, á creerse en serio que, como los antiguos hebreos, son el pueblo predilecto de Dios y llamado por Él á los más altos y gloriosos destinos. Diré, para abreviar, que la nación inglesa, representada hoy por dos Estados soberanos, a Gran Bretaña y los Estados Unidos de América, y que probablemente no tardará en estarlo por otros varios, el Ca-

nadá, Australia y Nueva Zelanda entre ellos, abriga el no disimulado propósito de señorear el mundo.

Esa idea no es antigua, pudiendo decirse que ha nacido y se ha desarrollado tiempo después de consumada la independencia de los Estados Unidos; pero la aspiración á la dominación universal data de época remotísima. Muchos grandes conquistadores la tuvieron; pero son novísimos los caracteres que hoy reviste y la forma que le han dado los estudios realizados en nuestro tiempo en las ciencias políticas, sociales, económicas, filológicas y etnográficas; el conocimiento sintético que se tiene de la Historia universal y de las vicisitudes por que ha pasado la especie humana en la tierra y la facilidad que se ha alcanzado en las comunicaciones entre las diversas regiones del planeta.

Fundóse antiguamente esa idea de dominación universal en la ambición de hombres: hoy en la de pueblos y razas; entonces en el orgullo de un príncipe: ahora en el conocimiento que se tiene de la naturaleza del mundo, de lo limitado de su producción é ilimitado de la facultad de reproducirse y aumentar su número los seres que lo pueblan y consiguiente lucha por la vida entre las especies, las razas, los pueblos y los individuos. Malthus y Darwin no han hablado en vano.

Consecuencia natural del horror que las colectividades como los individuos tienen al aniquilamiento y del deseo de perpetuar su existencia, es esa ambición del pueblo inglés por extender su dominación por todos los ámbitos del mundo; pero excluyendo las enseñanzas de la Historia y las ideas de libertad política dominantes en nuestro tiempo, toda solución del problema basada en la constitución de un Estado conforme al antiguo estilo, preténdese organizar uno en forma compatible con la coexistencia en su seno de comunidades políticas soberanas ligadas entre sí por vínculos más estrechos que los habituales hoy en las relaciones entre los pueblos. Aspiran los ingleses á realizar para su raza un plan análogo al que diseñé como posible para la raza española si hubiera tenido al frente de sus destinos hombres de inteligencia para concebirlo y de alientos para llevarlo á la práctica.

De realizarse ese proyecto colosal, se repartirán el mundo

dentro de un par de siglos entre cuatrocientos ó quinientos millones de ingleses agrupados en ocho ó diez Estados, constituyendo una federación á su manera, y el resto de la humanidad dividida en multitud de ellos: sus vasallos y dependientes unos; eso que llaman *protegidos*, sin duda irónicamente, otros; nominalmente señores de sí los restantes; pero condenados todos por la fuerza ó por leyes económicas de ineludibles efectos á trabajar para aquellos primeros. Se simplificarán extraordinariamente las relaciones internacionales. Habrá sólo naciones inglesas y no inglesas. Para las primeras se reservarán las dichas, las dulzuras, los goces; para las últimas las asperezas y amarguras de la vida.

Sin idea preconcebida y como consecuencia espontánea de anteriores hechos históricos, han existido en el mundo otras comunidades análogas. Ya la antigua Grecia se componía de muchos Estados esparcidos por Europa y Asia en los continentes é islas del mar Mediterráneo; metrópolis unos, colonias otros, pero soberanos y autónomos todos, porque entre los antiguos griegos era desusada la relación de dependencia política colonial, separados frecuentemente por rencillas y enemistades que ocasionaban no pocas veces guerras entre ellos, pero unidos entre sí por la conciencia de una solidaridad étnica de que estaban excluidos todos los pueblos ajenos á su raza. Tenía la lengua griega para expresar el grado de intensidad de ese vínculo que ligaba entre sí á todos los miembros individuales y colectivos del mundo helénico, un término que carece de equivalente en las lenguas modernas, significativo de una relación de afinidad intermedia entre las de extranjero y conciudadano.

También en la Edad Media, aunque sobre el fundamento de afinidades religiosas y no étnicas, se agrupaban los pueblos cristianos y musulmanes en sendas comunidades, cuyos miembros se consideraban ligados entre sí por estrechos lazos de parentesco espiritual que les imponían obligaciones de consideración mutua de mayor intensidad que las que impone á los pueblos modernos el llamado *derecho de gentes*. Contribuían á consolidar y fortalecer esos lazos entre las naciones cristianas los recuerdos del antiguo imperio romano, á que

todos ellos habían pertenecido, cuya autoridad habían venido á compartir más moral que efectivamente los Emperadores de Alemania, herederos de Carlomagno, y los Pontífices romanos. Hasta llegó á extenderse la idea de la existencia legal de una escala jerárquica, en cuya cumbre se asentaban el Papa y el Emperador, disfrutando de la autoridad suprema en lo espiritual y lo temporal respectivamente, aunque á veces se confundiesen la una con la otra, y cuyas diversas gradas ocupaban todos los miembros de la gran sociedad feudal, comenzando por los reyes, cuya soberanía, ya muy limitada dentro de sus dominios por la que de hecho ejercían sus vasallos feudales, concejos y otras corporaciones, venía á estarlo aún más por la suprema que se atribuían aquellas altísimas entidades sobre todo el mundo cristiano. En el derecho y autoridad que se reconocía á los Papas durante la mayor parte de la Edad Media para disponer de las tierras habitadas por idólatras y de las coronas de aquellos reinos cristianos cuyos príncipes incurrieran en la nota de herejes, cismáticos ó perjuros, y para entregarlas á otros príncipes elegidos por ellos, se fundaron la conquista de Inglaterra por Guillermo de Normandía á fines del siglo XI y la frustrada de Aragón por Carlos de Anjou dos siglos adelante; y todavía en el siglo XV hizo el Papa la célebre demarcación de límites entre las posesiones de Portugal y de Castilla, con general asentimiento de las naciones cristianas. Para un cristiano de España era en los tiempos medioevales más compatriota, más conciudadano y hasta más prójimo un alemán, un inglés ó un polaco que un musulmán de Andalucía, por más español que fuese, así como se tenía éste por más ligado á un islamita persa, egipcio ó indostánico que á un cristiano de Aragón ó de Castilla. Las guerras entre los pueblos cristianos mirábanse como ilegales: actos de hecho, no de derecho, como al presente los duelos, reconociéndose sin disputa á los Papas autoridad para oponerse á ellas.

Á poner á los pueblos todos de su raza sobre un pie de fraternidad semejante, aunque en la escala mucho más vasta que consienten los más dilatados horizontes geográficos de nuestra edad, aspiran por las trazas los estadistas ingleses, y á

ello se encamina su política: política de efectos á la vez futuros y retroactivos, pues que propende no sólo á la formación de nuevas naciones inglesas sobre la base de las actuales colonias de Inglaterra y de las que en adelante pudieran crearse, sino también á la vuelta al regazo materno, en muy amplio sentido de la metáfora, de esas otras como los Estados Unidos, que se emanciparon cuando todavía no habían llegado á madurar en la mente de los hombres públicos de todos esos pueblos las ambiciosas ideas que han dado vida á aquellas aspiraciones.

La ayuda moral y material que prestó Inglaterra á la República anglo americana en su guerra con España, las simpatías de la una y la otra por el Japón en su actual guerra con Rusia, nación esta última en que ve ó prevé la raza inglesa un enemigo ó un rival formidable capaz de desbaratar sus ambiciosos designios, y la misma llamada *doctrina de Monroe*, en que se expresa por una sentencia de sentido ambiguo para muchos, pero inequívoco para los que saben la significación que se atribuye en toda América á la palabra *americano*, tienen su explicación en el proyecto de dominación universal á que vengo refiriéndome.

La presencia de España en el Nuevo Mundo, por grande que fuera su decadencia, era un estorbo, ó podía serlo algún día, para el desarrollo de los planes ambiciosos de los Estados Unidos, y la guerra entre ambas naciones tenía por tal concepto que ser inevitable.

Repetiré, pues, que sólo abandonando España á Cuba y á Puerto Rico hubiera podido librarse del choque con los Estados Unidos en el terreno de las armas.

* * *

No debimos ser vencidos. Una vez rotas las hostilidades, sólo á fuerza de los desaciertos y torpezas cometidos por España en el terreno militar y en el político durante su curso y en los años anteriores, y muy especialmente en los tres que duró la insurrección cubana, y sólo careciendo absolutamente, por culpa de nuestros Gobiernos, de dirección militar y de

cuantas condiciones debe poseer una nación que presuma de existir por derecho propio y no por la voluntad de las demás, de vivir por sí y no de prestado, pudimos perder la guerra.

España, como los demás Estados europeos, no ha dejado nunca de estar organizada militarmente. Gasta gran parte de las rentas públicas en sostener un ejército y una flota de guerra destinados ostensiblemente á defenderla de extrañas agresiones. Ostensiblemente digo, porque jactándose la nación de regirse conforme á la voluntad de sus naturales, no puede admitirse que los obligue al servicio de las armas, con menoscabo de su libertad y de sus derechos, no más que por vejarlos y oprimirlos forzándolos á defender otros intereses que los suyos propios.

Aunque esté persuadido en el fondo de mi conciencia, como tiene que estarlo en el fondo de la suya quienquiera que no se detenga en la superficie de las cosas, de no ser lo del *nacionalismo del ejército* (lo mismo en España que en otras naciones constituídas como ella) sino una de tantas ficciones en que descansa el edificio social, político y administrativo del Estado y del régimen, pasaré, por lo pronto, por ello como base de mis razonamientos, á reserva de manifestar más adelante la verdad desnuda. Repetiré, pues, que España tiene un ejército, ó algo que se llama ejército, destinado á mantener sus derechos de nación independiente y soberana.

Los Estados Unidos, al contrario, no son ni fueron nunca nación militar. Puede decirse que carecen de ejército, pues el que tienen, relativamente á su población, y aun en absoluto, es insignificante y lo era todavía más antes de su guerra con España. ¿Qué razón hubo, pues, para que tan fácilmente nos vencieran, ni cuál hay tampoco para que tan severamente se eche en cara á nuestros Gobiernos no haber tomado cualquier determinación, por humillante que fuera y por mucho que repugnase á los sentimientos populares, antes que ir á la guerra?

No voy á defender á nuestros Gobiernos alegando la obligación en que estaban de conformarse en su conducta con la voluntad nacional, que estaba evidentemente por la guerra. Mas bien habría que culparlos de no haber cedido mucho

tiempo antes á sus sugerencias, pues aun siendo vencidos, preferible nos hubiera sido serlo antes.

Sin defender á nuestros Gobiernos, puede preguntarse: ¿para qué y para cuándo guardaba España su ejército? ¿Era acaso *para mejor ocasión*, como hacía con su vino el cosechero del cuento? Si un ejército destinado á defender la honra, la integridad, la autonomía, los derechos y los intereses de la nación no sirve para ello cuando llega el caso, ese ejército está de más.

Tenía que habérselas España con una nación sin ejército. Ninguna guerra extranjera pudimos haber emprendido en que más fácil nos fuera salir vencedores. Si esa era preciso evitarla á toda costa, con mayor motivo habríamos tenido que evitar otra cualquiera. En tal supuesto, las quejas y los vituperios que se dirigen contra los directores de la política española debieran fundarse, no en no haber evitado una guerra que nuestra honra venía imponiendo de largo tiempo atrás como indispensable, y nuestros intereses como conveniente, sino en haber venido sosteniendo un ejército inútil, con mengua de la prosperidad de la nación y de la libertad de sus naturales. Es sorprendente que los que admiten como indiscutible que la guerra con los Estados Unidos fué un error en que no debió incurrir ningún Gobierno de España, no clamen contra la existencia del ejército; porque no es de creer que lo quieran sólo para paradas y procesiones. Quien no puede combatir con los Estados Unidos, ni en sueños lo intente con naciones armadas hasta los dientes, como Francia, Italia, Inglaterra ó Alemania.

*
* *

Dijo D. Práxedes Mateo Sagasta, para disculpar nuestros reveses, que no podía esperar España mejor resultado de una guerra con la primer nación industrial del mundo. Dista mucho de poder aceptarse sin pruebas el concepto que va envuelto en esas palabras, por no estar establecida sobre datos positivos la relación que exista entre el desarrollo industrial y el poder militar de las naciones; pero dando por hecho que haya un paralelismo perfecto entre ambos, ó que, dicién-

dolo más claro, sean las naciones más industriales las más fuertes y que estuvieran persuadidos de ello el autor de aquella afirmación y otros muchos partidarios ó contrarios suyos que tuvieron en uno ú otro tiempo en las manos las riendas del gobierno, ¿cómo podrían disculparse de no haber encaminado todos sus actos á fomentar la industria nacional y de haber malgastado las energías y la riqueza de España en sostener años y años un ejército y una flota que consideraban inútiles y que verdaderamente demostraron serlo cuando fueron puestos á prueba?

Debo decir, con todo, que para que nuestra guerra con los Estados Unidos constituyese una prueba de la fuerza de las naciones industriales, sería preciso que la industria americana hubiera tenido alguna parte, chica ó grande, en su resultado, á no ser que se pretenda que la influencia de la industria en la guerra se ejerza por vías misteriosas y telepáticas. Si los ejércitos que mandaron los americanos á Cuba y Filipinas no estaban dotados de mejores armas y elementos de guerra que los usuales y corrientes en todas partes; si esos ejércitos no hacían caer rayos sobre los batallones contrarios, ni disponían de fuerzas ocultas para henchir fosos y allanar muros, ni empleaban procedimientos mágicos para envenenar el aire que respiraban sus enemigos, ni para hacer que se abriera la tierra bajo sus plantas, ni hacían nada que no pudiera hacer cualquier otro ejército, sino que, al contrario, incurrieron en mil desaciertos hijos de su completa inexperiencia en la guerra ¿cómo se manifestaba en ellos la actividad industrial de su nación? ¿Ó es, repito, que porque procediesen de una nación que efectivamente puede contarse como la primera entre las industriales, habían de estar investidos de poderes ocultos y misteriosos que les asegurasen la victoria? Tan buenos ejércitos, tan numerosos y tan bien dotados de lo necesario para emprender una campaña como los que mandaron los Estados Unidos á Cuba y Filipinas pudieron haberlos enviado Venezuela, Grecia ó cualquiera otra nación semejante. El dicho de Sagasta, que hubiera podido encontrar razones que lo abonaran en una guerra de larga duración en que tuvieran ocasión de intervenir como factores los recursos económicos de

los Estados contendientes, y su capacidad para proveer á sus respectivos ejércitos de esos productos de la industria militar que la guerra de hoy exige, no podía tener aplicación práctica de ninguna clase en campaña tan breve como la hispano-americana, en que tan lejos estuvieron los Estados Unidos de la necesidad de arrojar en la balanza el peso de su superioridad industrial y económica.

Con análogas razones podría contestarse á los que, para disculpar nuestra derrota, comparan la población de España con la de los Estados Unidos. ¿Qué importa que tengan éstos setenta, ochenta ó cien millones de habitantes y nosotros sólo la quinta parte de ese número, si no más de veinte mil hombres mandaron á Cuba y muchos menos á Filipinas? Pero, aun dado caso que hubieran sido esos ejércitos proporcionados á la población de los Estados Unidos, sólo á quienes, completamente destituidos de conocimientos históricos é ignorantes también de arte militar, crean en la influencia del número de las combatientes en el resultado de las batallas, podrá deslumbrárseles con tales argumentos, buenos á lo sumo para fundar sobre ellos frases altisonantes y huecas.

Redújose el hecho en crudo á que una nación como los Estados Unidos, no organizada para la guerra y sin pretensiones de potencia militar, con unos cuantos barcos y con un puñado de hombres bisoños, venció facilísimamente por mar y por tierra á una como la nuestra, que presumía de guerrera y que tenía en el teatro de la guerra quince veces más combatientes que los que le opusieron sus adversarios.

Alegar que nuestros barcos tuvieron que atravesar en toda su anchura el Atlántico después de rotas las hostilidades, mientras que los barcos americanos se encontraban en las mares antillanas á dos pasos de su casa; alegar asimismo que aunque nuestro ejército de Cuba fuera enormemente superior en número y en práctica de la guerra al que los Estados Unidos mandaron á la Isla, sólo pudo oponerse á este con fuerzas relativamente escasas, hambrientas y desprovistas de todo, es disculpar los errores con los errores mismos.

Si las flotas americanas se encontraban cerca de sus puertos, más cerca de los suyos debieron haber estado las nues-

tras, pues Cuba y no España debió ser siempre su centro de operaciones y lugar ordinario de permanencia, siendo allí y no aquí donde radicaban los problemas internacionales de mayor interés para España y más ocasionados á rozamientos y conflictos. Y ya que se hubiese cometido el error de tener de ordinario en Europa y no en las Antillas nuestros barcos de guerra y nuestros astilleros, aconsejaba el más elemental instinto político y estratégico haber enmendado ese error desde el momento en que estalló la insurrección de Cuba, trasladando á sus mares toda ó la mayor parte de nuestra flota y dotando á sus puertos cuando menos de los elementos y recursos necesarios para su conservación y entretenimiento.

Pequeña era la flota de guerra de los Estados Unidos, pero ni aun esa debieran haber tenido sin la apatía de nuestros Gobiernos. Y de cualquier modo, hubiera debido ser la nuestra superior á la suya porque nos era más necesaria. Para los Estados Unidos la escuadra era un lujo; para nosotros, un artículo indispensable. Á impedirles acrecentar sus fuerzas navales y, en todo caso, á superarles en ellas debimos sacrificarlo todo. Era una cuestión vital para España. No era ya nuestra honra, sino nuestra vida, lo que se jugaba.

Nunca debimos estar por debajo de los Estados Unidos en el número ni en la calidad de los barcos de guerra, ni había razón alguna para que lo estuviéramos mientras no adquiriera la flota americana una importancia superior á nuestras fuerzas económicas. Desde que comenzaron los americanos á fomentar su poder naval con el propósito, que no podía ser otro, de imponérsenos, debimos oponernos á ello, primero por la vía diplomática y en último extremo por las armas, en la firme persuasión de que siendo absolutamente inevitable y sólo cuestión de tiempo la guerra entre ambas naciones (lo que repetiré una vez más que no podían ignorar nuestros Gobiernos ni nadie medio enterado siquiera de la historia de América durante el siglo XIX), tantas más probabilidades habríamos de tener en favor nuestro cuanto más pronto la riñéramos y menos preparados estuvieran para ella nuestros contrarios. Dadas las respectivas situaciones de España y de los Estados Unidos, el tiempo tenía que ser con toda

evidencia un factor más favorable á ellos que á nosotros.

Una nación puede muy bien oponerse á actos de otra que tenga por peligrosos ó atentatorios á su seguridad. Francia hizo *casus belli* de la aceptación de la corona de España por el príncipe Leopoldo de Prusia; la república del Transvaal amenazó á Inglaterra con la inmediata rotura de las hostilidades si seguía enviando tropas y pertrechos de guerra á la colonia del Cabo; el Japón se determinó, en vista de la conducta sospechosa de Rusia, á poner fin á las negociaciones diplomáticas atacando sin previa declaración de guerra á los barcos de esa nación fondeados en Puerto Arturo, é Inglaterra se ha opuesto varias veces á que España, haciendo uso de un derecho incontestable, fortifique las alturas cercanas á Gibraltar. Y es que sobre las ficciones de la cortesía internacional y sobre la vana palabrería de la diplomacia están la realidad de las cosas y el instinto de conservación de los pueblos.

España no debió perder un momento de vista á los Estados Unidos, ni jamás consentirles paso alguno dirigido, como evidentemente se dirigían sus armamentos navales, contra nuestra soberanía y contra la integridad de nuestro territorio. Los preparativos belicosos de los Estados Unidos no podían tener por objeto su propia seguridad, que nadie amenazaba. Esos armamentos iban dirigidos á ojos vistas contra nosotros. Debimos, pues, oponernos á ellos cuando estábamos aún en situación de hacer respetar nuestras imposiciones. De cualquier modo y en todo caso, más nos hallábamos en condiciones de impedir esos armamentos antes que después de verificados.

Nuestra posición respecto á los Estados Unidos ha ido empeorando con el curso del tiempo: eso no podían ignorarlo nuestros Gobiernos. Cuando ocurrió el incidente del *Virginus* bajo el Gobierno de Emilio Castelar, podíamos mejor guerrear con los Estados Unidos, á pesar del estado turbulento de la Península y de Cuba, que cuando ocurrieron los del *Alliance* y *Compétitor*. ¿Qué casta de política es esa que dejaba á los americanos en libertad de fortalecerse para aplastarnos y que nos vedaba hasta en días tan críticos y tan apremiantes como los que precedieron á la última guerra mandar nuestra flota á las aguas de Cuba por temor de ofender á los

Estados Unidos, cuando era ya evidente, hasta á los más ciegos, que la guerra se nos venía encima á pasos de gigante? ¿No era el hecho mismo de que tomasen los Estados Unidos á agravio el envío de nuestra flota á Cuba prueba inequívoca de la mala fe con que procedían y de su decidido propósito de reñir con nosotros? ¿Y no debió ser razón bastante para que enviásemos sin demora nuestra escuadra á las Antillas el ser su presencia allí molesta á los Estados Unidos?

Dada la humildad con que veníamos procediendo en nuestras relaciones con esa república, dado nuestro apocamiento, dada nuestra impotencia, que conocían perfectamente los americanos, para hacer respetar nuestros derechos, no cabe en cabeza de nadie que vieran los Estados Unidos seriamente un peligro en la presencia de nuestros barcos en las Antillas. El mostrarse recelosos de ese hecho es una prueba más de su falta de sinceridad. Decididos á hacernos la guerra, querían reforzar las garantías en favor suyo manteniendo nuestra escuadra lejos del teatro de las futuras operaciones. No se explica que, viendo nuestro Gobierno, como veíamos todos, que la ruptura de las hostilidades era cuestión de días ó de meses á lo sumo, secundase los planes de nuestros enemigos. Si éstos procedían con lealtad, no podían mostrársenos ofendidos y recelosos de hecho tan natural en nosotros y tan indicado por las circunstancias, como enviar nuestra escuadra á Cuba, y si obraban con doblez y estaban decididos á declararnos la guerra, ¿á quién no se le ocurre que nos era mucho más conveniente tener nuestros barcos en el teatro de ella que exponerlos á los riesgos que corrieron los de Cervera atravesando el mar después de rotas las hostilidades? En la triste suerte que á la postre les cupo tuvo gran parte la inoportunidad de su viaje y de su llegada á las aguas de las Antillas.

El miedo—porque sólo en él se inspiraron todos los actos de nuestros Gobiernos desde que estalló la insurrección cubana—es siempre pasión innoble y vergonzosa; pero cuando llega á oscurecer la inteligencia al extremo que se la oscureció á nuestro Gobierno, y mucho más en trance en que se jugaba la dignidad y la existencia de la Nación, es un crimen; y el sistema que pone la suerte de una comunidad política en

manos tan incapaces y tan débiles como las que rigieron nuestros destinos en esos aciagos días, es decididamente malo y debe ser suprimido del todo ó modificado radicalmente. Es quizás la enseñanza más importante que se saca de nuestro desastre.

DON RAMIRO.

EL MISACANTANO

(HISTORIA DE UNA VOCACIÓN)

II

En esa clara tarde de romería, cuando aún el Campo de Santa Ana bullía de gente y de animación, Concha, que andaba acompañada de su invariable amiga Carmina la de Pascual, hizo una seña á Pepín para que tomase la vereda de la Fuente Nueva, que es el atajo de la subida á la capilla, y que ya se iba cubriendo de sombras, en un dulce silencio de aldea, sólo cortado por el estridor de los grillos.

Pepín se unió á su amigo Emilio Faes, muchacho locuaz y alegre, con grande afición á las rapazas y que estudiaba para piloto. Los cuatro, aislándose cerca de la corralada de Pinón, el mayordomo de la capilla, sin ser notados, comenzaron á descender la empinada cuesta pedregosa que bordea la casería y la pomarada de Gabrielín el enterrador. Pronto Emilio y Flora formaron grupo aparte, en vivo charloteo, interrumpido por las grandes risotadas y los francos gestos de pasmo exagerado con que la suave y humilde niña de ojos azules solía embellecer sus conversaciones.

Pepín, rompiendo la gelidez de los primeros saludos tímidos, hablaba á Concha apasionadamente. Despertaban en él todos los instintos de joven simpático y vivaz, subyugados por la disciplina á que somete el internado de los Seminarios. Sentíase magníficamente feliz y decía con vehemencia:

—¡Si vieras, Concha, cuántas veces tengo soñado contigo, allá en el Seminario! Cuando no sabía las lecciones y me reñían en clase, cuando los superiores me castigaban por trave-

suras, mi consuelo era acordarme de mi madre y de ti. ¿Qué harán en casa á estas horas? pensaba yo. Estarán haciendo malla en la *salina* ó calzando las madreñas para ir á la novena. ¿Qué hará Concha á estas horas en Gijón? Y me representaba tu casa, junto á la plazuela del Marqués, con las vidrieras alumbradas por la luz del quinqué y tú allí dentro bordando ó haciendo *crochet*... ¡quién sabe si pensando en mí!...

Había callado; ella, con emoción, bajaba los ojos, sin atreverse á mirarle. Comenzaba á bajar gente de la romería: desde la tapia del huerto de D. Salvador Pola, donde ellos se encontraban, veían las familias dispersarse por las tres sendas que conducen al Campo; las jóvenes, formando animadas ruedas, cogidas de la mano, con los pañuelos llenos de *perdones*, corrían por el camino de Moniello, abrupto y en cuesta, cantando: el sendero ancho que fué antiguo camino real de la villa sólo era cruzado por calmosos ancianos y mujeres casadas, con grandes rosarios de pequeñuelos: quedaban en las alturas del campo algunos mozos alegres, de ojos relucientes, con deseos de dar saltos y de abrazar rapazas, embriagados por la sidra tanto como por el bullicio de la romería y por las miradas amorosamente fijadas en ellos, á media tarde, en la intimidad de la *danza prima*; y por la vereda que Concha y Pepín habían tomado sólo transitaba algún casual romero, melancólico—ó ebrio.

—Porque tú algo te acordarías de mí, aunque digas que no, ¿verdad, Concha? Vamos... ¿No es cierto que alguna vez te acordaste de aquel rapaz que iba á jugar contigo en la terraza de tu casa?—preguntaba Pepín con emoción.

—Sí, alguna vez me acordé... Puede ser que me acordase más que tú de mí—contestó ella sin alzar sus ojos.

—¿Más que yo? No puede ser... ¡Cuántos otros te habrán ocupado el pensamiento, Concha! En cambio, yo no podía enamorarme de ninguna, allí encerrado, sin ver mujeres...

—Eso creeráslo tú... Pero no nos enamoramos nosotras tan fácilmente como pensáis... Se necesita...

—¿Qué se necesita, Concha?...

—Muchas cosas... Ahora échate á volar...

Habían llegado al pueblo. En el Cabildo, con sus grandes

columnas de piedra y sus poyales solitarios, silencioso y fúnebre como la entrada de un claustro de monasterio, sólo turbaba el recogimiento de día festivo el carraspeo catarroso de un baldado que usufructuaba cotidianamente aquel abrigado rincón. El muelle estaba desierto; las lanchas amarradas balanceábanse temblonamente, como viejos caducos; los dos cafeterías que hay en la Plaza del Desmayo tenían cerradas las puertas; y de frente, toda la calle de la Riba, sin un ruido que saliese de las casas ni una pisada sobre el empedrado, íbase inmergiendo en tinieblas, como un pasillo largo de un caserón oscuro. Todas las casas de la calle tenían ventanas y balcones abiertos al aire fresco de la tarde; sobre los pretils, en vasos domésticos, jaspeados por el agua clara, movíanse claveles enrojecidos ó morados pensamientos; cantaban en jaulas los jilgueros y los canarios; y sólo en alguna bohardilla, escondida como un palomar, ó tras las vidrieras de algún corredor asomaba una cabeza triste: era alguno de esos enfermos incurables que en estas festivas tardes de algazara popular quédanse en casa, hundidos en un sofá y llorando. En la casona de las Sras. Escandón, D.^a Adela, que estaba trastornada hacía años, desvariaba, de bruces sobre el balcón, en chambra y despeinada, increpando á los escasos romeros que ya volvían.

En el *chigre* de Servanda se oían los alaridos de algunos marineros que quedaran en tierra y no fueran á la romería; en el de Angelina una filarmónica acompañaba el canto de cuatro rapaces de lancha que estaban embriagados; era alguna de esas canciones que cantan sobre cubierta los tripulantes de los pataches, mientras mondan patatas, y que un día aprendieron en un puerto antillano.

—Mira qué gaviota allá en Samarincha—decía Concha, señalando con el dedo las peñas que bordean el *pradón* del Conde.

Emilio y Flora iban delante hablando en voz alta: al oír las voces, D. Ramón Loredo, que estaba imposibilitado, aplicó á las vidrieras su rostro afilado y cadavérico de recluso; dentro de la habitación veíase á D.^a Zósima, con sus grandes lentes de oro y su dorada tabaquera colgando de un cordoncillo, dando al enfermo un vaso de leche. Dos pequeñuelos de Doña

Oliva Pola pasaban con la niñera jugando; al balcón de Don Rafael Llanos estaba la criada de bruces y abanicándose.

—Yo quisiera ser como esa gaviota,—decía Concha.—No estar nunca aquí... andar siempre por el mar corriendo, volando...

Sus palabras trémulas caían marcando un dejo de melancolía (como de aquel que siente anhelos de cosas imposibles), cortando las ondas de silencio en que se envolvía la paz de aquel crepúsculo estival de villa pequeña.

—¿Y estar siempre sola?—preguntaba Pepe.—¿No tener nunca á tu lado nadie que?...

Hizo una pausa llena de indecisión.

—... que te quisiese...

—Eso no lo sé—contestó ella, quedando un momento soñadora.

Después comenzaron á hablar atropelladamente de las fiestas del Cristo, de lo alegre que era Gijón, de las procesiones en que él salía con sobrepelliz, y de otras muchas cosas indiferentes, si no fuera por la corriente de savia amorosa que circulaba bajo los dichos vulgares y las frases sin sentido.

Concha volvía á mostrarse tal como era superficialmente: la muchacha, aturdida y loca, franca y alegre, de diez y seis años, que devuelve las preguntas con risotadas, y que parece no escuchar las frases de amor más entusiastas, cuando en realidad van horadando su espíritu y dejando en él hondo surco, lentamente, como la resaca taladra las peñas de la costa...

Al encontrarse frente á ella, Pepe desconfiaba á veces de abrirse camino por aquel espíritu en apariencia frívolo, donde no había espacio más que para el vano charloteo y la risa irrazonable. No conocía él aquel rincón de cielo donde todas las mujeres de esta edad van atesorando sus cosas secretas,—aquellas que dejan una estela, y que no son sofocadas por risas...

De súbito, volviéndose hacia él:

—¿Tú tienes vocación de veras, Pepe?—interrogó ella con viveza.

—Yo, si te he de decir la verdad, nunca pensé mucho en eso... Pero, si la tuviese, á tu lado cualquiera la pierde...

—¡Arreniego del diablo! —exclamó ella con gestos escandalizados. No faltaba más sino que yo te hiciese perder la vocación...

Le halagaba íntimamente este pensamiento: que ella, por virtud de su piel trigueña y de sus ojos simpáticos, podía hacer que un hombre cambiase su destino, perdiese una perspectiva de existencia, entrevista desde sus primeros años, rompiese con toda una familia. ¡Por ella, sólo por ella!

Emilio y Flora ya se habían despedido al embocar la calle de San Juan. Estaban frente á casa de Concha.

—¿No se te ocurre nada más, Concha?

—Nada más... ¿Y á ti?

—A mí por ahora tampoco... Pero ya se me ocurrirá más adelante...

—Más adelante... ¿Por qué lo dices?...

—No sé... no sé...

La voz se debilitaba de emoción y de sinceridad. Como si presintiese un porvenir cargado de tristezas, quedó pensativo ante la felicidad que le inundaba al presente...

—¿Qué te parece, Concha, si dejásemos la conversación así hasta otro día?...

—No sé... por mí... como quieras...

—Pues á mí me parece que sí... Vamos á dejarla, ¿eh? Otro día te diré muchas cosas en serio, muy en serio... Ya verás cómo yo no soy tan burlón como esta tarde me decias que era... Ya nos veremos, Concha... ¿No sales mañana tú?

—No; tengo que ayudar en casa.

—Bueno; entonces el domingo en el campo.

Se miraron á los ojos, como si quisiesen retardar mucho la despedida. Después ella los cerró instintivamente lo mismo que si los hubieran profanado con un beso; abriéndolos en seguida, quedóse mirándole con un gesto de mucha ternura, pronta á expansionarse. En el silencio de la calle desierta sólo sonaron estas palabras á que ambos dieron una inflexión triste:

—Hasta el domingo, Pepe...

—Hasta el domingo, Concha.

Al acostarse, sin poder borrar de su mente la imagen de Pepe y como si en sus oídos zumbasen todavía las palabras

amorosas que él le había dicho, Concha pensaba, sintiendo la mayor felicidad de su vida: ¡Me quiere, me quiere! Nunca había sido tan dichosa como entonces... ¿Nunca?... ¡Ah, sí! Ahora recordaba. Otra vez experimentó una impresión parecida: la impresión de un torrente de felicidad que se precipita sobre el alma en una impetuosidad de marea viva... Fué aquello... ¿Cuándo? Estaba ella entonces en Gijón. Tendría unos catorce años. Ya era alta y esbelta; las amigas de la madre, cuando venían á verla, alababan mucho su cumplida estatura y un cierto *tic* de distinción que llevaba en el semblante. «Esta rapazina tuya paez que nació de marqueses, *fía*.» La madre sonreía, halagada; y muchas tardes, cuando no tenía que planchar en casa de los señores de Jovellanos, llevábala de paseo por la playa, hasta el puente del río Piles. Ya por aquel tiempo muchos hombres se quedaban mirándola; mas no le decían nada, sin duda por verla con la madre y adivinar sus pocos años en algo que asomaba á sus ojos: algo que era como candor y frescura de infancia...

Vivían cerca de la cárcel, en la calle de las Recoletas. La casa, que antaño fuera colegio de Huérfanas Nobles, tenía una fachada, dando frente á la plazuela del Marqués, extrañamente envejecida y rugosa,—como rostro de anciana que en su juventud usó muchos afeites... Destacaba entre todas con su cantería de piedras saledizas, recubiertas de musgo, con su escudo carcomido por la lluvia y el moho de la vejez; todo ello respirando un aire desmantelado y caduco. Debajo estaba instalada una carnicería con rótulos en francés é inglés, que su tío Marcelo, piloto retirado, gustaba de leer siempre que venía de arribada al puerto, tartamudeando lamentablemente en la pronunciación: *Boucherie... Butter-ship...* Los marmitones de los barcos extranjeros surtos en el puerto entraban allí dando grandes alaridos guturales. Era aquél un rincón tan pintoresco como retirado: ella se divertía mucho desde la ventana del costurero, mientras bordaba, viendo entrar y salir los barcos que descargaban—con un estruendo de monstruo que aligera su peso... Al cabo del día eran contadas las personas que por la callejuela transitaban; frente á la ventana de la cocina, el centinela de la fortaleza despejaba su tedio mirando al cielo.

Su padre, carpintero de ribera, estaba empleado en las obras del Musel y no volvía hasta la noche; la madre iba á planchar á casa de D.^a Mariquita Jovellanos, ó bien andaba trajinando por la cocina; y ella, sola en el cuarto de la costura, entreteníase persiguiendo con la vista á los escasos transeuntes que pasaban de la Plaza Mayor al Muelle ó bajaban de los Remedios. Una mañana—era en Abril, y ya, cuando se iba de paseo hacia la Guía, veíanse los manzanos florecidos—pasó un muchacho esbelto y simpático, como de dieciséis años, marcando un paso casi militar, con cierto aire fachendoso y altanero. Alzó la vista para la ventana donde ella cosía: quedóse mirándola; ella bajó los ojos y se sonrió sin querer; el muchacho sonrió también y volvió dos veces la cabeza hacia atrás; dos veces la vió sonreír, ruborizada:—y nada más hubo en aquella mañana placentera de Abril... Mas al día siguiente, que era día de misa, aquel rapaz cruzó otra vez la calle: otra vez ella sonriera involuntariamente y ya al salir de paseo por la tarde, con su amiga Elisa, declarole que un lazo de simpatía le iba uniendo con un rapaz desconocido, de estas señas: esbelto, de color trigueño, ojos vivos... La amiga no reconocía al rapaz; y, mientras así andaban discreteando, Concha, toda ruborizada, distinguió cerca de la Pasarela, adonde ya habían llegado, un muchacho que le pareció el de la tarde anterior. Y era: saludando con gran finura, acercóseles y las acompañó en el largo y reposado paseo del domingo. Cuando volvió á casa, ya oscurecido, Concha recordaba haberle oído decir: que era muy bonita, que era muy simpática, que ya estaba loco por ella y que si no había inconveniente...

Se hablaron cuatro meses, y fué en las alegres vísperas de la Consolación cuando Concha notó con espanto que su novio andaba cogido del brazo de una rapazota gruesa, frescachona, con dos lunares en las mejillas, empastadas en polvos de arroz... Lloró mucho aquella noche: á la mañana siguiente, escribióle una carta injuriosa, llamándole canalla y tratándole de usted. No le volvió á ver...

De entonces quedóle el deseo inmoderado de agradar: no tenía otro gusto que vestirse de domingo, con gran lujo; y la madre, cada vez más afónica y doliente, con su gran pali-

dez y su gesto desconsolado—que le valiera entre las vecinas del barrio el apodo de *Verónica*—, consentía en todo, siempre con su sonrisa incolora, y deseando interiormente que la hija perpetuase la tradición de belleza y elegancia vinculada en la familia.

El año en que cumplió los quince, volvieron al pueblo: ella comenzó á distinguirse por su lujo excesivo, así como por su habilidad en el bordado. Aquel invierno lo pasó muy triste: sentía la nostalgia de la vida de Gijón, más alegre, y acordábase muchas veces del primer hombre á quien amó y que tan ofensivamente la desdeñara, trocándola por una *sinvergonzona*,—de las que moran en los callejones infectos de Cimadevilla.

Muchas tardes recordaba un episodio de sus remotos diez años: aquel muchacho que al salir de la escuela, iba á jugar con ella en la terraza de la casa donde entonces vivían. Aquel muchacho era el hijo de doña Luisa: sí, lo recordaba perfectamente... Por aquel Octubre, cuando, después del Rosario Cantado, dieron comienzo las reuniones, empezó á frecuentar la casa de las hermanas Cifuentes, que eran primas carnales de Pepín. Simpatizó con ellas: y, como también bordaban, dieron en repartir con Concha, que tenía unas manos de ángel, según decía Amalia, la mayor, los equipos que les venían de Gijón y Avilés.

Poco á poco acostumbróse Concha á frecuentar la casa: iba á verlas muchos días y, con el pretexto de no perder tiempo, llevaba el bastidor. Entraba en el costurero, donde ellas tenían un antiguo piano de mesa, siempre cerrado, sobre cuya funda dormían, llenas de polvo y de humedad marina, partituras de *Rigoletto* y *La Sonámbula*, y romanzas de Tosti. Se hicieron muy amigas: Concha ya no se acostumbraba á la idea de bordar en casa, sola; iba á casa de Constancia desde por la mañana y pasaba allí el día, dejando el bastidor para ir á comer *en una corrida*, decía ella... Muchas veces, en sus conversaciones, les preguntaba por Pepe: si estaba alto, si vestía de negro, si le gustaban las romerías...—en virtud de esa especie de convenio tácito que existe en los pueblos para interesarse todos por lo de cada uno.

Empezó á reconstuir el tipo aquel algo ideal en quien ya pensaba al dormirse: soñando después que eran otra vez pequeños y que jugaban en aquella terraza; ella caía al mar y él se tiraba para recogerla; al verla salva, le daba un beso... Al día siguiente, aún conmovida por el sueño de la noche anterior, sentía la necesidad de preguntar por Pepe, de hablar mucho de él, para saber todas sus cosas, complaciéndose en la idea de que las primas no advirtiesen aquel fuego amoroso que la estaba abrasando y que á veces le subía á las mejillas, encendiéndolas de rubor...

El otro, el *infame*, como ella le llamaba ahora, estaba ya olvidado: sólo en ocasiones le venía á la mente la imagen repugnante de la muchacha gruesa, con los dos lunares en las mejillas empastadas de polvos de arroz... Á las veces, cuando se levantaba de la cama, iba á mirarse al espejo, y al ver su semblante fresco, con dos rosetas encarnadas, y su gracioso pelo encrespado, en aquella gentil *negligée* que tan bien le iba, quedábase pensando: «¿Le gustaré á Pepe?... Otras menos bonitas que yo han enamorado á los hombres». Y entonces, por una fatal asociación de ideas, se acordaba de la primera vez que la habían llamado bonita: fué aquel, el infame... Y sin poderlo remediar, lloraba, evocando por un momento su apuesta figura y la tarde en que le conoció... Así, cuando Pepe, á primeros de Junio, volvió del Seminario, y comenzó á demostrarle la simpatía que le inspiraba su lindo rostro y su garboso andar, Concha aceptó aquellas pruebas de cariño con mucha ternura, porque el tipo del muchacho no le había desilusionado; pero sin grandes explosiones de júbilo, como una cosa esperada desde mucho tiempo...

Ahora, al recordar las frases trémulas que él le había dicho aquella tarde, sentía renacer en su alma la fuerza del primer amor, y sufría la misma impresión, casi dolorosa de tan intensa, que recibió el día en que por vez primera la llamaron bonita...

El reloj del pueblo sonó las tres.

El *cuco* del comedor cantó la misma hora, con una percusión doliente, como si temiera romper el ahogado silencio de la casa.

«Ya va siendo hora de dormir», pensó cerrando los ojos y arropándose entre las sábanas con un estremecimiento de frío por todo el cuerpo.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

(Continuará).

ESTUDIO SUCINTO DE LAS AVES EN GENERAL

Y PARTICULARMENTE DE LAS DE ESPAÑA

POR

D. A. DE SEGOVIA Y CORRALES

(CONTINUACIÓN)

Alimentación de las aves.—Nidos: nidificación.—Instinto.—Inteligencia.

Sumario.—Alimentación de las aves: la alimentación de estos animales influyendo en sus costumbres; audacia á que les conduce su voracidad.

AVES CARNÍVORAS: *halcones y águilas.*—Los *buitres* comiendo carne corrompida.—Pico de las *aves carnívoras.*—Alimentación de las *aves de rapiña nocturnas.*—*Aves piscívoras* de presas grandes y pequeñas; patas y cuello de las mismas.

AVES OMNÍVORAS: su variada alimentación: desconfianza, dulzura y servicios que nos prestan.

AVES INSECTÍVORAS: su pico delgado y largo, ó corto y ensanchado, cuando cazan volando.

AVES GRANÍVORAS: su pico corto, grueso, cónico y derecho.—Apéndices que se hallan en la base del pico de estos animales.

Nidos: nidificación.—Las madrigueras de las *aves* construídas por sus hembras —*Rapaces y zarcudas:* materiales de sus nidos.—*Aves arborícolas:* colocación de sus nidos en la bifurcación ó extremidad de las ramas de los árboles: materiales que utilizan para construirlos.—Nidos suspendidos: los *bayas, tejedores* y *costureras.*—Nidos de los *horneros.*—Nidos como de albañilería y masticados.—Nidos societales.—Nidos en agujeros.—Nidos en el suelo.—Nidos de las *aves marinas* en las costas.—Nidos flotantes de las *aves de las lagunas y pantanos.*—Variada forma del nido de una misma especie y modificaciones que introduce en el mismo para acomodarlo á las distintas construcciones del hombre.

Instinto.—Inteligencia.

Alimentación de las aves.—El modo como se alimentan las *aves* influye mucho en sus costumbres. Así, por ejemplo, las conformadas para devorar á los animales vivos son valientes y feroces, llegando su ardor belicoso á tal extremo, que se las ve algunas veces lanzarse con audacia

sobre presas mayores que ellas en tamaño y en fuerza, á las cuales llegan á vencer por lo rápido é imprevisto del ataque. Á dichas *aves* corresponden los *halcones* y las *águilas*.

Aves carnívoras.—Las especies que comen particularmente la carne fétida de los cadáveres corrompidos son de aspecto triste é inquietas, y prefieren mejor aguan-



Fig. 12.—*Buitre leonado* ó *Vultur fulvus*, Lin., como ejemplo de *aves* á quienes gusta llenar el buche de carne corrompida.

tar los tormentos del ayuno que atacar á los animales vivos. Como ejemplo de las mismas citaremos á los *buitres* (figura 12).

Las *aves* que se alimentan de carne reciben el nombre de *carnívoras*, y á ellas pertenecen las *aves de rapina*, igualmente que otras especies de diferentes grupos.

El pico, principal órgano de prensión de los alimentos, varía en forma, dimensiones y dureza, según sean di-

ferentes aquéllos y distintas las costumbres de estos animales.

En las *aves carnívoras* propiamente dichas, como los *halcones* (fig. 13), *águilas* y *buitres*, el pico es relativamente corto, muy fuerte, ganchudo hacia la punta y muy agudo.



Fig. 13.—*Aves carnívoras*.—*Halcón común* ó *Falco communis*, Gmel.

Algunas veces, asimismo, sus bordes son dentados, y entonces resulta más temible y sanguinario dicho órgano.

Los *halcones* (fig. 13) son, entre todas las *rapaces*, las que tienen el pico más encorvado y robusto, y en los *milanos* es ganchudo, pero sin dientes en sus bordes.

La mayoría de las *aves de rapiña*, principalmente las *nocturnas*, viven de *ratones*, *musgaños* y de otros pequeños enemigos de nuestras habitaciones (fig. 14).

Las *aves piscívoras* se alimentan de peces, y pertenecen á ella las *aves marinas*, las *de las lagunas* y las *de los ríos*.

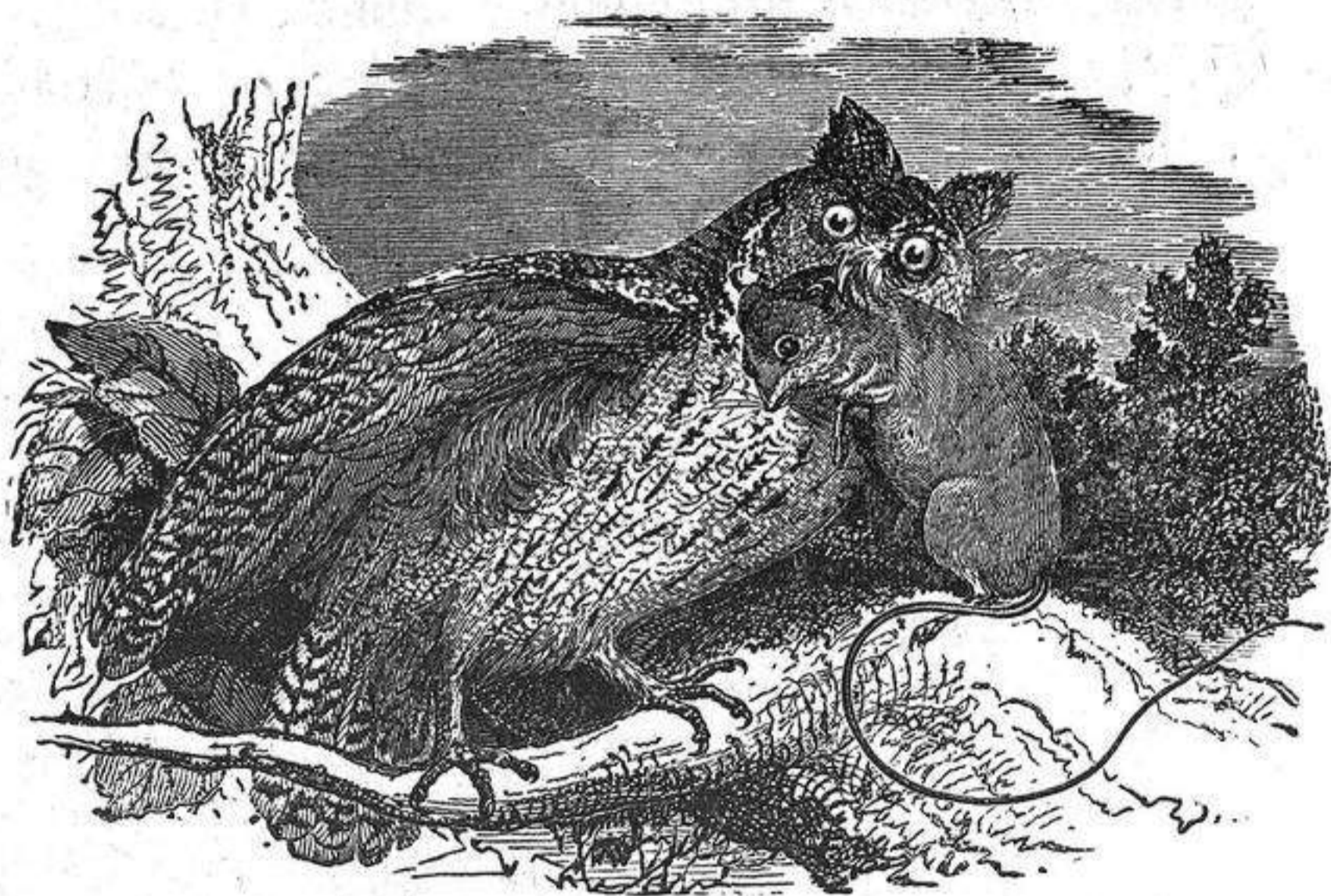


Fig. 14.—*Strix scops*, Lin., ó *corneja*, como ejemplo de *aves de rapiña nocturnas*, que vive de *ratones é insectos*.

Cuando dichas *aves* atacan á presas voluminosas cuentan generalmente con un pico grueso, ganchudo, terminado

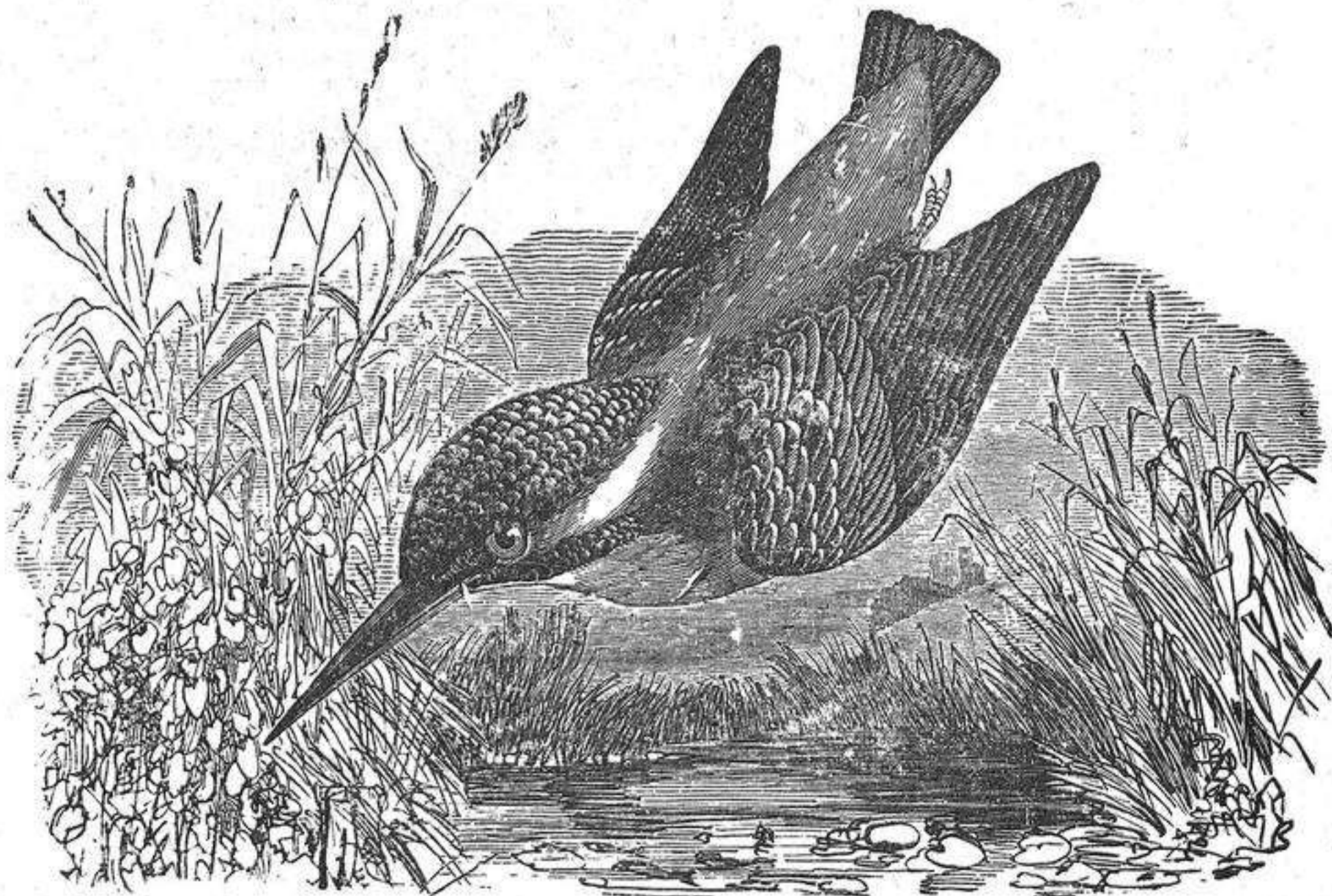


Fig. 15.—*Martín-pescador*—*Alcedo ispida*, Lin.—, como ejemplo de *ave piscívora* de pico estrecho y largo.

en punta y alargado. Pero si, por el contrario, comen pequeñas especies, susceptibles de poderlas engullir sin dificultad

ó división previa, su pico entonces es estrecho, largo y en forma de pinza, de ramas largas, como el *martín-pescador* (figura 15).

Las *piscívoras* son generalmente en la tierra de movimientos torpes y pesados, sus costumbres son dulces y de aspecto estúpido casi siempre. La porción cervical de su columna vertebral adquiere tanta longitud cuanto sean más largas sus pa-

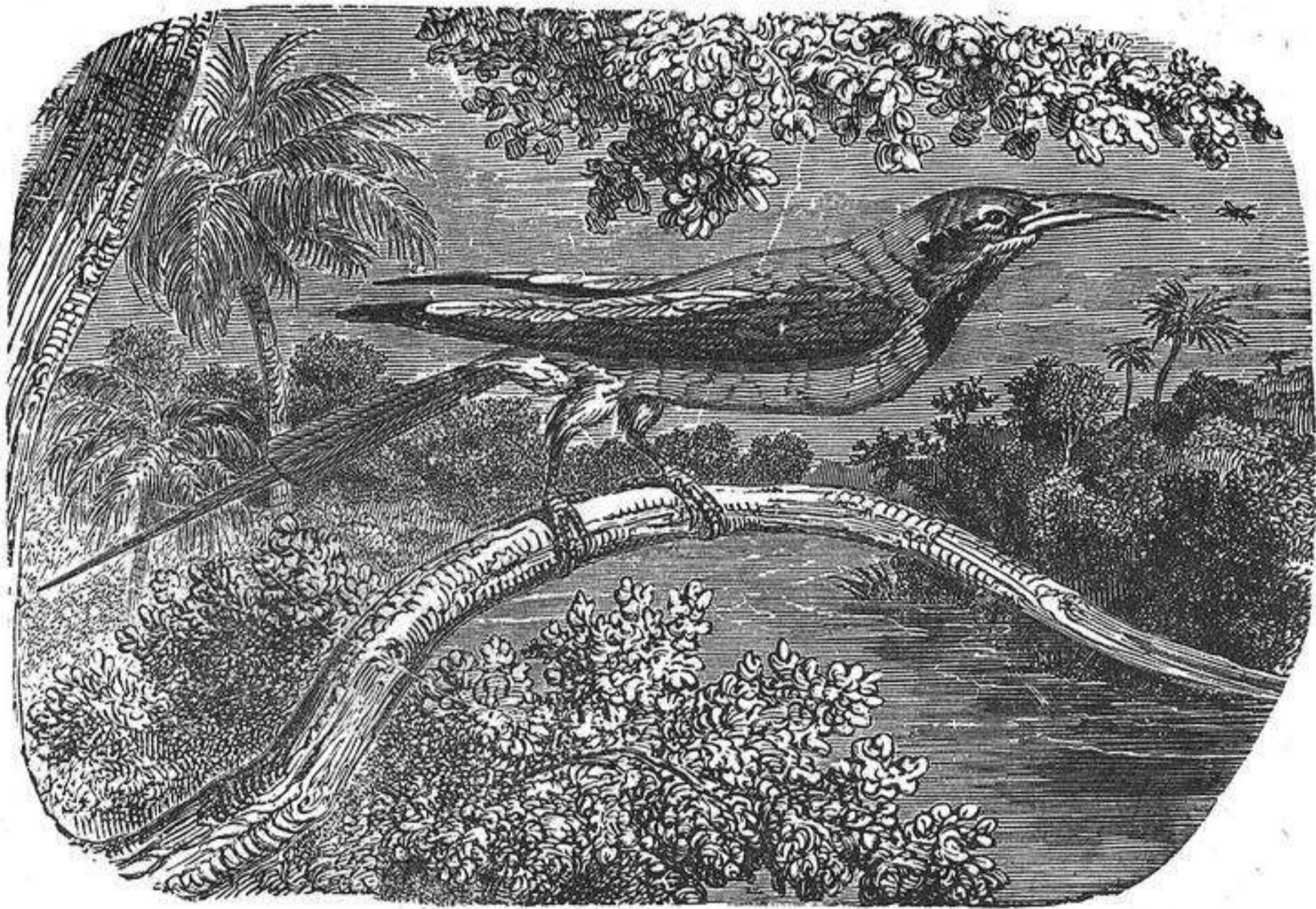


Fig. 16.—Abejaruco—*Morops apiaster*, Lin.—, como ejemplo de *ave insectívora* con el pico delgado y algo encorvado.

tas, y si tienen que sumergirse para coger sus presas, la longitud de su cuello excede á la del tronco. También dicho cuello es muy móvil, y casi siempre encorvado en S, según se ve en el cisne, por ejemplo.

Aves omnívoras.—Las *aves omnívoras*, ó sea las que comen todas las substancias que encuentran, son generalmente desconfiadas, de costumbres dulces y pacíficas, y ordinariamente se hallan alrededor de nuestras viviendas, distrayéndonos con sus cantos. También nos prestan eminentes servicios atacando á infinidad de pequeños enemigos que hacen muchos daños en nuestros jardines, huertas, frutos y recolecciones. Deberíamos desear que las leyes protectoras de los animales se cumplieran, para dejar vivir á estos seres cuya desaparición

lleva consigo la disminución de la riqueza pública con el desarrollo extraordinario de los *Insectos nocivos* (1).

Aves insectívoras.—Las *aves insectívoras* tienen generalmente el pico muy delgado, muy largo y derecho unas veces y otras algún tanto arqueado. Ejemplo: *abejaruco* (figura 16).

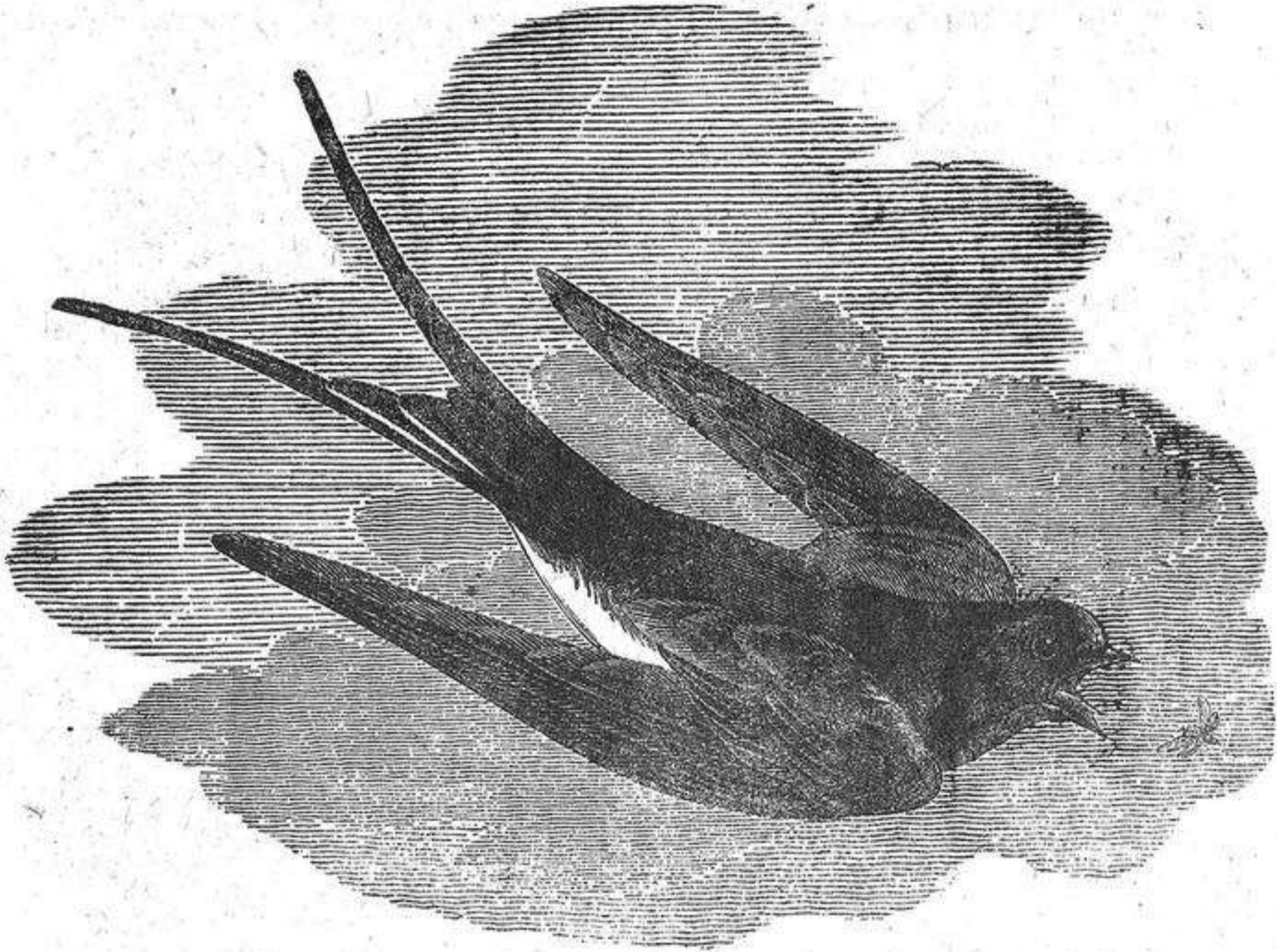


Fig. 17.—*Golondrina de chimenea—Hirundo rustica*,—como ejemplo de *ave insectívora* que caza los *insectos* volando.

Cuando las *insectívoras* cazan volando, entonces su pico es corto, muy ensanchado y profundamente hendido. A estas *aves* pertenecen las *Fisirrostras*, como las *golondrinas* y *vencejos* (fig. 17).

(1) Cuando escribimos estos renglones—Enero de 1901—leemos en un diario de Madrid el siguiente suelto que merece colocarse en este lugar:

«La prensa y el vecindario de Badajoz han emprendido una enérgica campaña contra la caza de pájaros, que había llegado á alcanzar proporciones escandalosas en toda la provincia.

Han sido detenidos en la estación de Don Benito varios bultos conteniendo 339 kilogramos de pájaros, y pueblo ha habido en la provincia del que se han exportado durante el pasado mes cerca de *medio millón* de pájaros.

Las autoridades, secundadas por los labradores, persiguen á los inhumanos cazadores, habiéndoles ocupado en pocos días miles de trampas y cepos, con los que, de no ponerse coto al abuso, hubieran llegado al exterminio de los volátiles.»

Aves granívoras.—Las *aves granívoras*, que comen granos ó semillas, viviendo de éstas y de los frutos secos ó carnosos, tienen el pico corto, grueso, bombeado en la parte superior, ó también cónico—*Conirrostras*—y generalmente derecho, y algunas veces escotado cerca de la punta—*Dentirrostras*.—Ejemplos: *pinzones*, *jilgueros* (fig. 18), *piñoneros*, *gorriones*, *aves-tontas*, *canarios*.

Entre las *granívoras* hay algunas que toman los alimentos preparados, como las *palomas*; otras que pueden despojar á

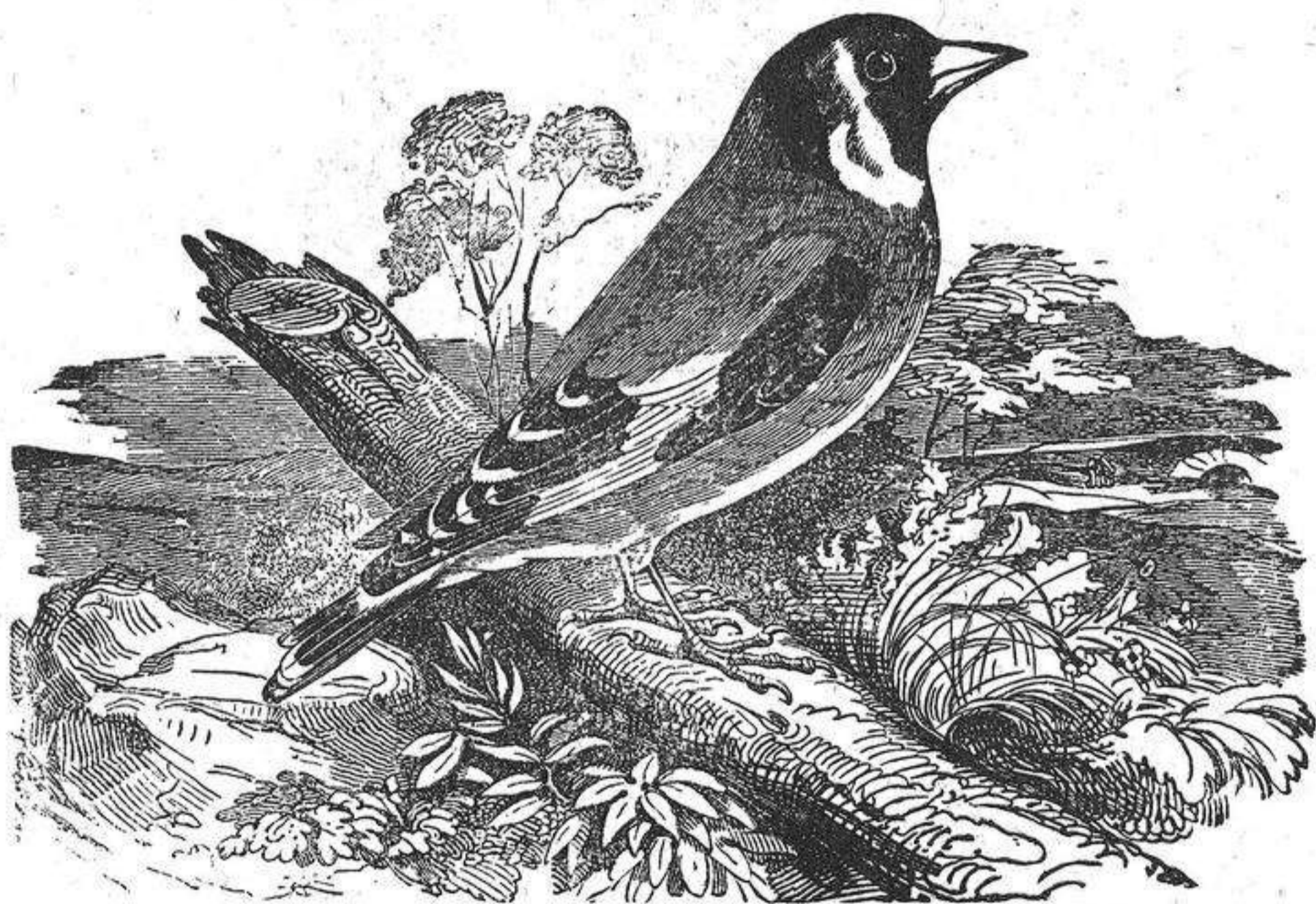


Fig. 18.—*Jilguero*—*Fringilla carduelis*, Lin., como ejemplo de *ave granívora*.

las semillas de sus envolturas y cierto número de ellas, como las *gallinas*, pueden desenterrar las raíces, tubérculos y gusanos. La mayoría de las *granívoras*, cuando tienen á sus pequeños en los nidos, les buscan con diligencia insectos, que les dan en su alimentación, pudiendo entonces reconocerse que en esta época de su vida son mayores los servicios que proporcionan comparados con el valor que tuvieran las semillas que nos quitaron en otras ocasiones.

Algunas veces el pico de las *aves* lleva ciertos apéndices extraños, cuya utilidad desconocemos, y entre ellos podemos citar aquella especie de casco que sobresale del pico de los *Buceros hydrococorax*, Lin.

La base del pico, los lados de la cabeza, la órbita de los ojos, el mentón y el cuello están rodeados de ciertas membranas, que reciben el nombre de *carúnculas* y *crestas*, las cuales pueden observarse en el *pavo común*, *pintadas*, *gallos* y *gallinas* (fig. 19).

Nidos: nidificación.—Después de fecundarse, las *aves* se ocupan en proporcionar una morada á la prole que ten-

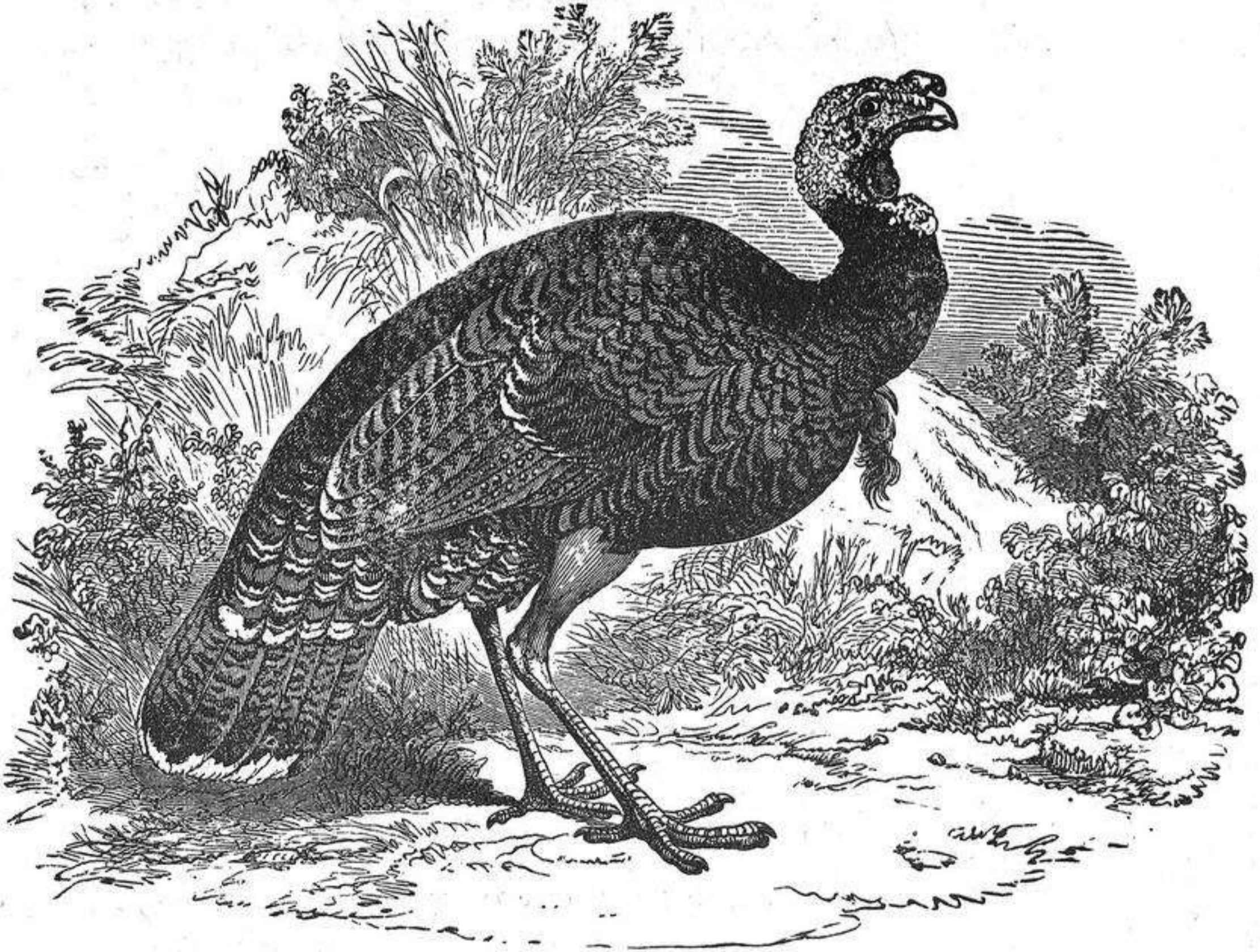


Fig. 19.—*Pavo común*—*Meleagris gallo-pavo*, Lin.,— caracterizado por sus *carúnculas*, que no son otra cosa que piel desnuda, floja y desigual, que reviste la cabeza y parte superior del cuello.

drán, construyendo para ello las correspondientes madrigueras, que en estos animales reciben el nombre de *nidos*. La construcción de ellos es distinta para cada una de las especies, edificándolo casi siempre con admirable arte, elegancia y destreza. Generalmente es la hembra la constructora del nido, á la que á veces ayuda el macho en bastantes especies, trabajando con tanto ardor como la primera. En otras *aves*, que son la mayoría, el macho principalmente se ocupa en velar por la seguridad del nido.

Las *Rapaces* mayores y algunas *Zancudas* establecen sus nidos sobre el cornisamento de las rocas ó las plataformas de torres elevadas. La grande extensión que tienen dichos nidos

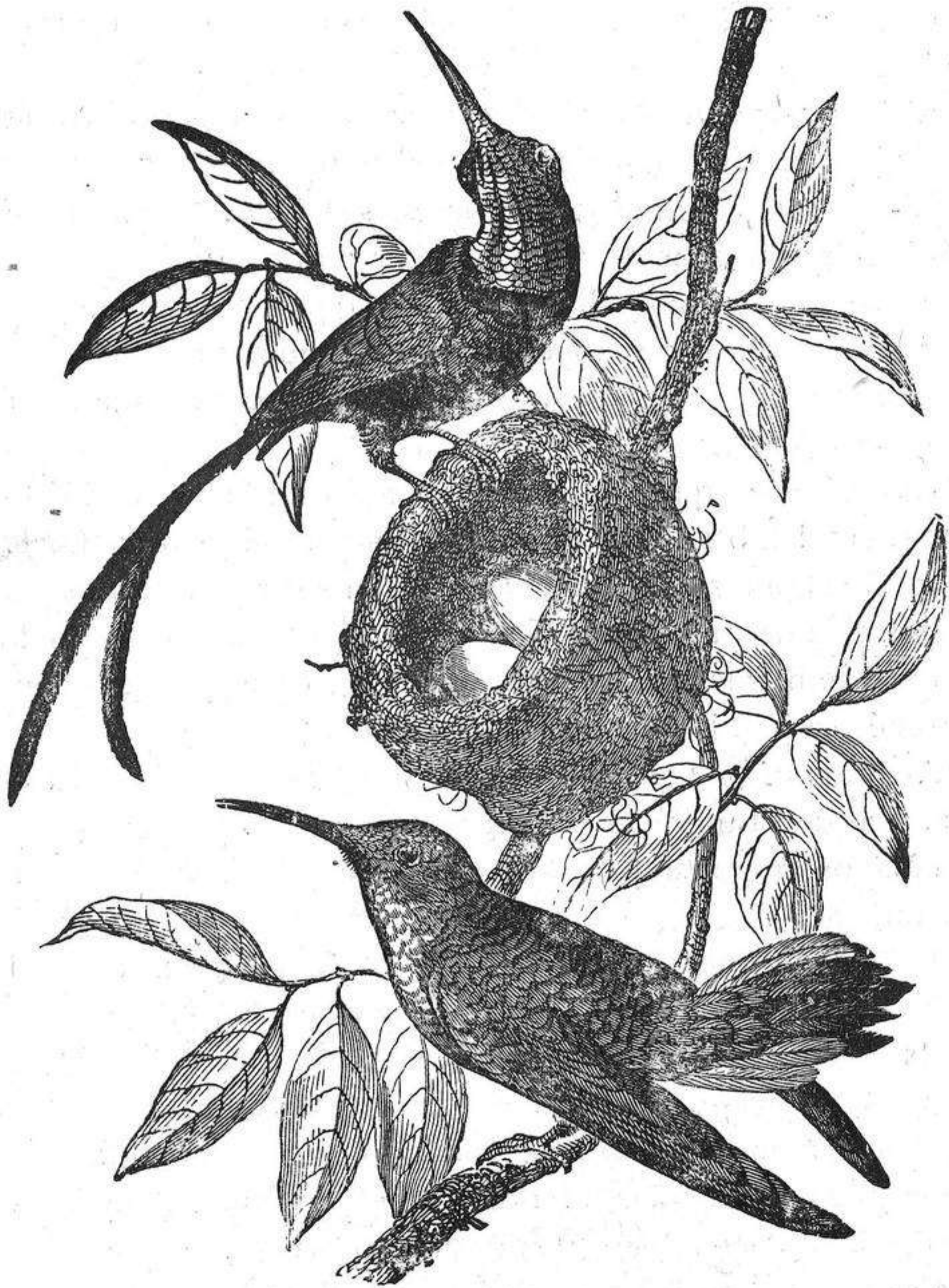


Fig. 20.—Nido en forma de cestita, perteneciente á una especie de *Trochilus*, colibrís ó pájaros-moscas.

aumenta cada año por la agregación de otros materiales, que consisten en trozos de ramas de árboles ó arbustos, que disponen de tal manera que no logra destruirlos la acción de los vientos, porque para ello el referido ramaje queda unido en-

tre sí por los residuos de su alimentación, juntamente con los excrementos, cuya mezcla forma un todo sumamente sólido y consistente.

Algunas especies sólo emplean en estas construcciones los juncos y cañizos, que fijan á la plataforma de una manera muy sólida.

Las *aves arborícolas* establecen sus nidos sobre los árboles, colocándolos en la bifurcación de sus ramas—*pinzones, cerillos*—ó en su extremidad—*jilgueros, pardillos*.—En el primer caso utilizan briznas de paja y ligeras ramitas que transportan con el pico, para con ellas fabricar lo que pudiera llamarse la armadura exterior de la habitación, porque para el interior de la misma emplean el musgo y el plumón, que constituyen una cama excelente.

Las especies que suspenden el nido en la extremidad de una rama flexible, lo trabajan con más artificio todavía. Los nidos de algunos *pájaros-moscas* suelen ser redondeados y semejantes á cestitas ensanchadas, cuyas paredes se hallan formadas de briznas de hierbas, líquenes y musgo, revistiendo después su interior de plumón ó de lana (fig. 20).

Algunos *nidos* tienen una estructura más complicada todavía, y al construirlos con inteligencia consiguen para sus pequeños mayores facilidades de ponerlos al abrigo de sus enemigos.

Los *bayas*, que son especies de la India, próximas á los *Pyrrhula*, dan á su nido la forma de una botella, que suspenden de las ramas flexibles de los árboles donde los colocan. De esta manera, los *monos*, las *culebras* y las *ardillas* no pueden llegar á ellos, y para hacerlos más inaccesibles colocan su abertura de entrada en la parte inferior, de modo que solamente volando puede penetrarse en ellos con facilidad. Interiormente lo dividen en varias cámaras, de las cuales utiliza una la hembra para la incubación de los huevos, la otra sirve de morada al macho durante el tiempo de la incubación, y desde la cual encanta á la hembra con sus armonías, al mismo tiempo que vigila por su seguridad.

La *costurera*—*Orthotomus edela*, Temminck,—pequeña *ave* del Oriente, vecina de las *currucas*, hila con su pico y patas

el algodón que cosecha sobre los mismos vegetales que lo producen, y por medio de este hilo cose ó reúne las hojas que rodean su nido, para de este modo esconderlo á las miradas de sus enemigos (fig. 21).

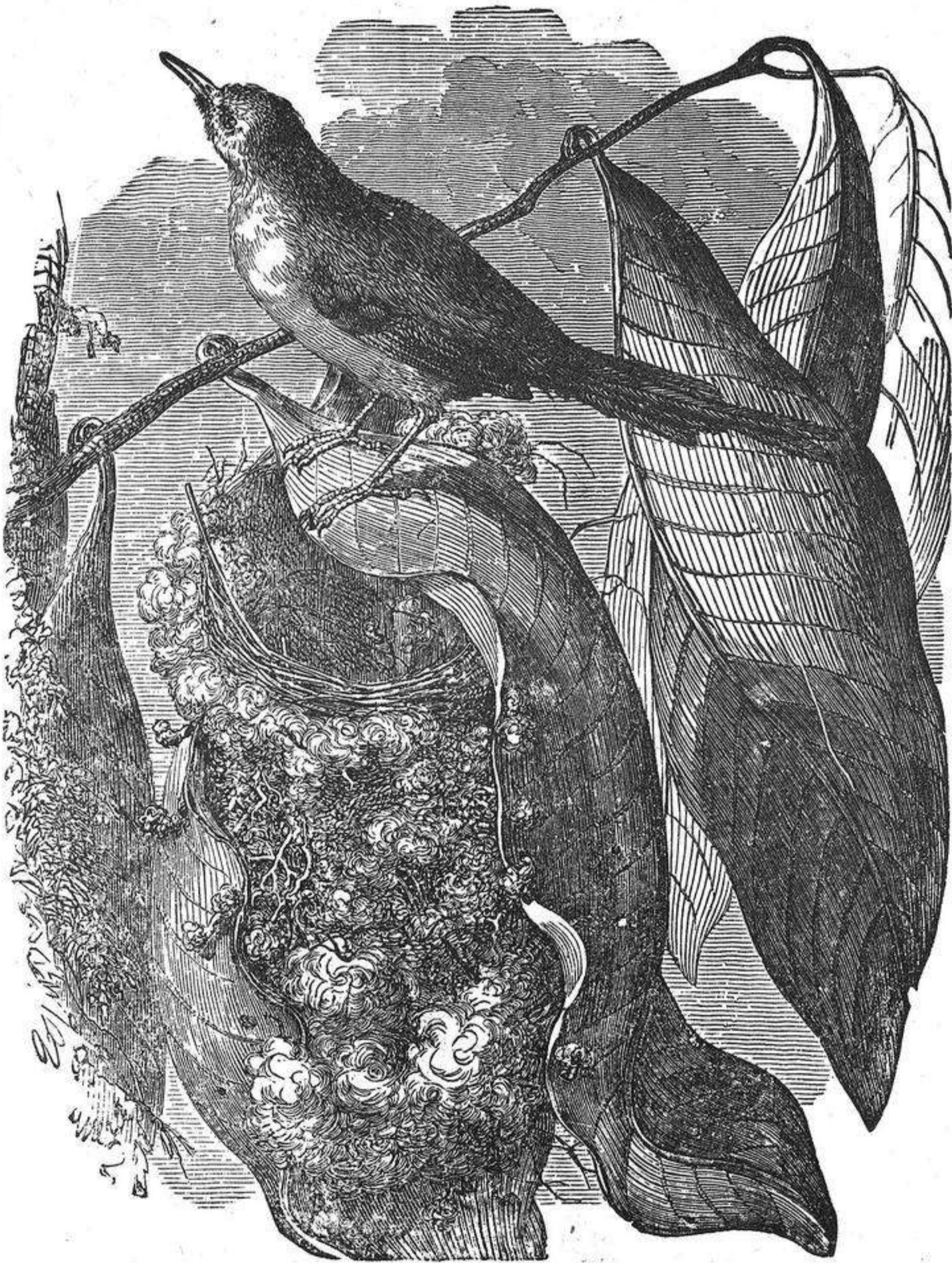


Fig. 21.—Nido del *Orthotomus edela*, Temminck.

Los *tejedores* hacen realmente tejidos con fibras vegetales, los cuales cosen después con otros filamentos que encuentran ó que preparan por sí mismos (fig. 22).

Los *horneros* (fig. 23), son arquitectos tan perfectos, cons-

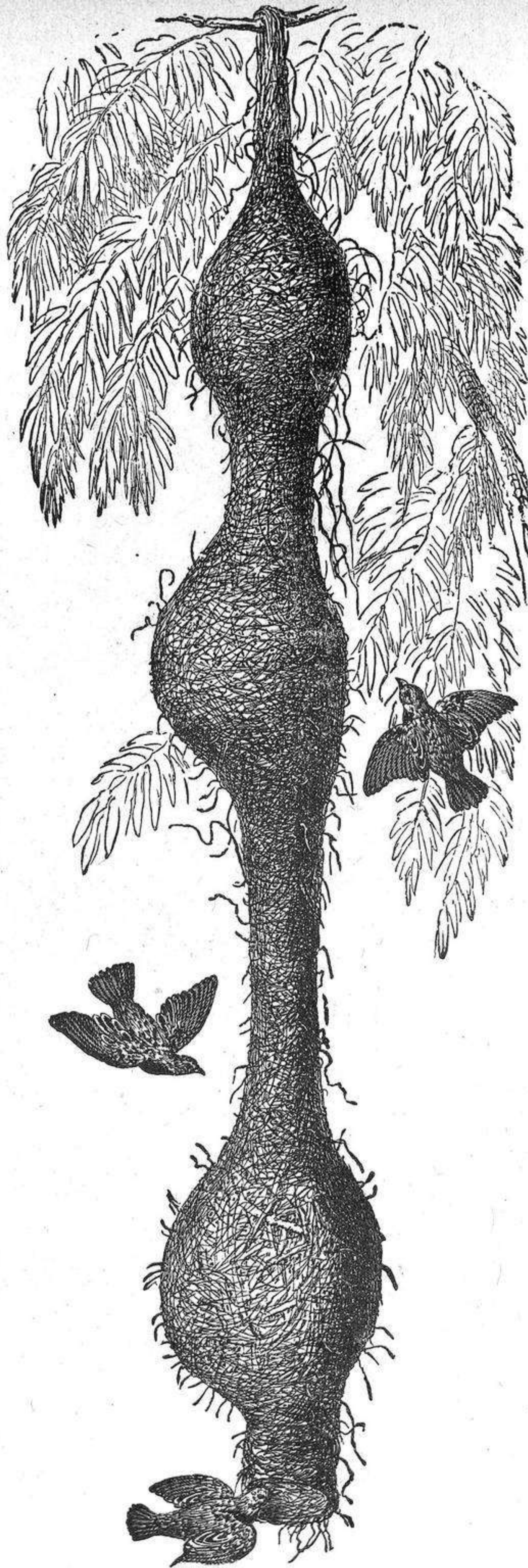


Fig. 22. Nido del *Ploceus pensilis*, sonnerat, ó tejedor de Bengala. El nido lo suspende de los árboles, al borde de los arroyos; lo construye de paja y juncos; lo da la forma de una bolsa, á la cual va agregando otras varias, hasta el número de cinco, que siempre tienen la entrada por la parte inferior.

truyendo nidos sólidos y de estructura singularísima, que no pueden menos de llamar la atención de los observadores.

Ciertos *nidos* parecen obras de albañilería, pues en su construcción entran trozos de madera, hojas y casquijos, los cuales están impregnados de un mastic formado con tierra desleída en la saliva que segregan las *aves* que los fabrican.

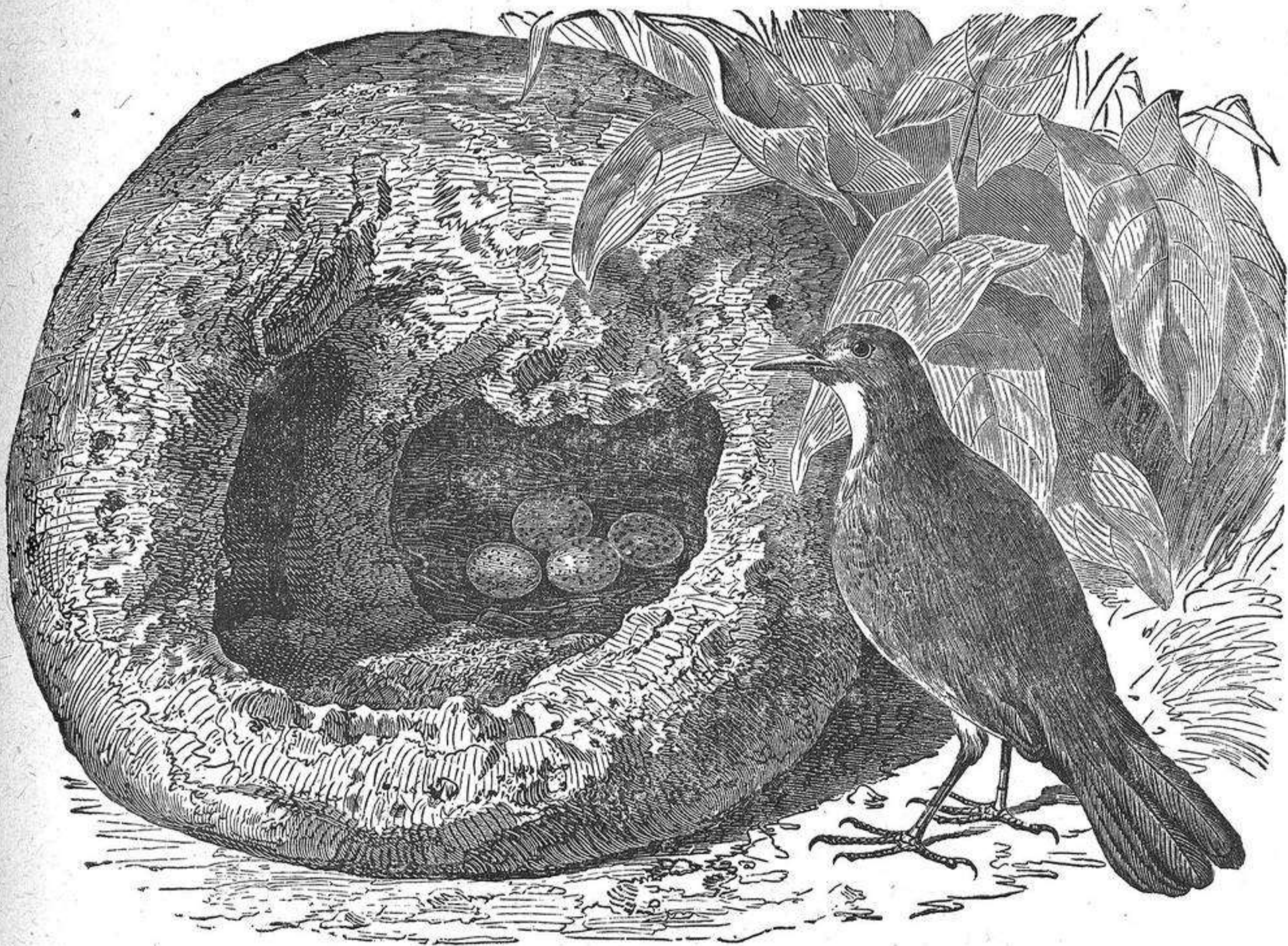


Fig. 23.—Nido del hornero—*Furnarius rufus*, Gmelin.

Los *nidos* que se han llamado *masticados*, y á los cuales pertenecen los de las *golondrinas*, *salanganas*, *mirlos*, etc., tienen una forma generalmente esférica, cónica ó elipsoidal, y los establecen de ordinario en los ángulos de las ventanas, encrucijadas, paredes, cornisas, grietas de las rocas, ribazos escarpados ó sobre el tronco de los árboles.

Algunas *aves* construyen sus nidos en común, y entonces las hembras ponen próximos los huevos para cubrirlos alternativamente. También otras establecen vastas construccio-

nes divididas en compartimientos, de manera que cada familia tiene sus pertenencias, como los habitantes de una ciudad obrera.

Los *republicanos*—*Loxia socius*, Dandiu,—especies de *gorriones* que viven en bandadas numerosas en los alrededores del Cabo de Buena Esperanza, hacen sus *nidos* en forma de un tejado común que cubre á toda la colonia.

Las *aves* que habitan las murallas, como los *gorriones*, *Rusticilla phænicura*, Lin., especies del género *Parus*, y algunas *Trepadoras*, establecen sus nidos en los agujeros de las paredes ó de los árboles, que á veces hacen con sus fuertes picos—*Picus*,—y las especies del género *Motacilla* sobre los ribazos escarpados de los ríos ó de los barrancos más profundos.

Un gran número de *aves* ponen los nidos inmediatamente sobre el suelo, en el que hacen excavaciones más ó menos profundas también ó los colocan en montoncitos de tierra. Á dichas *aves* corresponden las *Gallináceas*.

Estos nidos, de construcción tan sencilla, los guarnecen de abundante plumón para proteger de este modo á la camada del frío y la humedad. También otras especies, como los *cucos* ó *cuclillos*, ó se toman el trabajo de construir por sí mismos el nido, ó depositan sus huevecillos en el de otra especie distinta, como así lo hace nuestro *cuclillo* (fig. 24) al poner clandestinamente sus huevos en el nido de una *silvia* ó de otro habitante alado de los bosques.

Las *aves marinas* nidifican sobre las costas escarpadas, preparando por sí mismas las cavidades donde los colocan. Las *aves de las lagunas y pantanos* ponen sus nidos en medio de los juncos y de las cañas, construyéndolos á veces de manera que puedan flotar sobre las aguas.

La forma del nido no es siempre constante para un mismo género y especie, pues todos sabemos que los *gorriones*, por ejemplo, nidifican unas veces en los huecos de las paredes, otras en los de los árboles, y hasta una especie hace su voluminoso nido en las altas ramas donde se encarama.

Según sean las circunstancias, así modifican más ó menos las *aves* la arquitectura de su habitación, como se ha podido

observar en las *golondrinas*, en las cuales se ha visto cierto perfeccionamiento en algunas de las modificaciones de la arquitectura de sus nidos, hasta poder asegurarse que como nuestras construcciones actuales son diferentes á las de otras

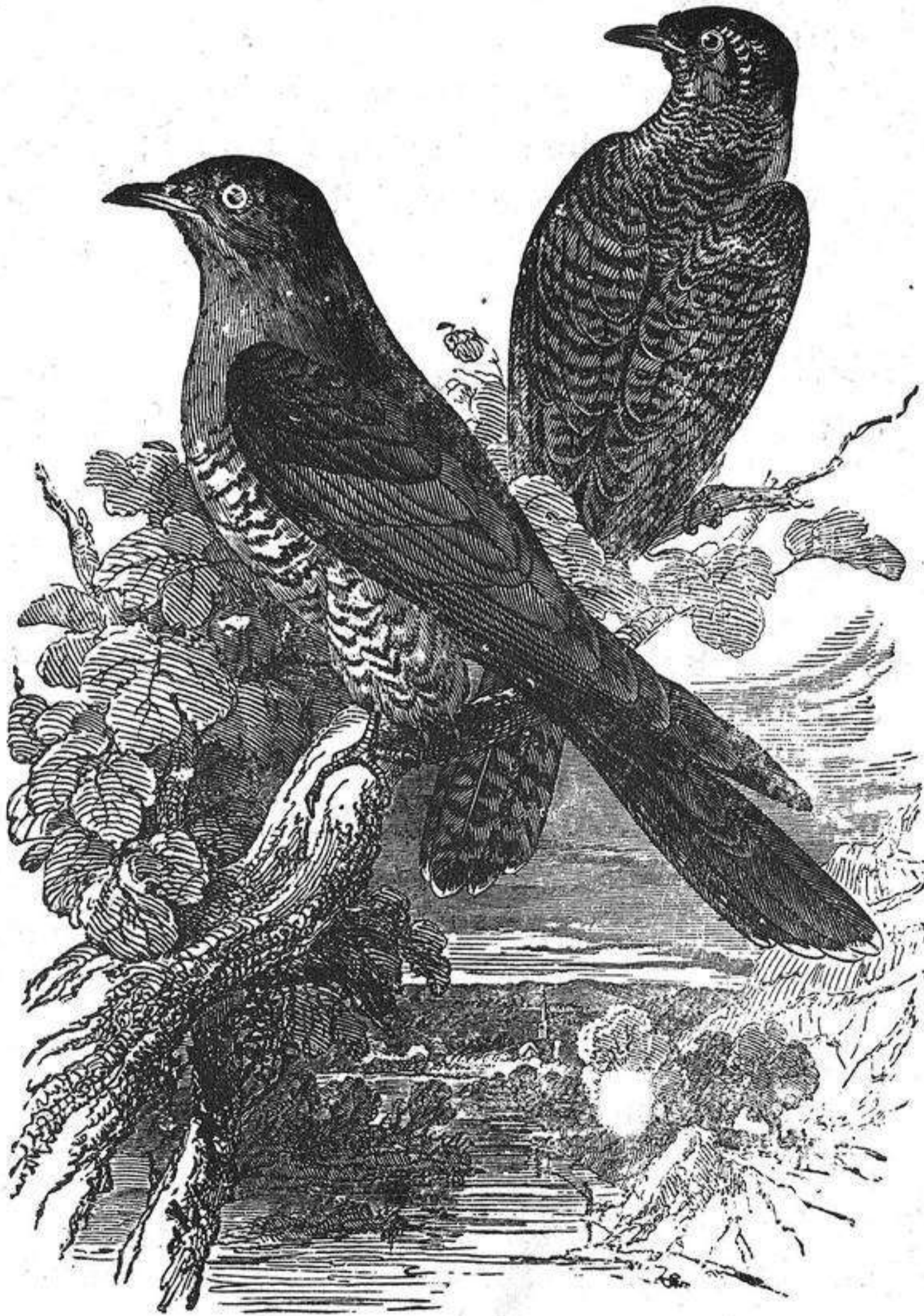


Fig. 24.—Cuco, cuclillo común de Europa; *Cuculos canorus*. Lin.

epocas, así igualmente ellas han cambiado algo las suyas para acomodarlas á nuestras modernas edificaciones.

Generalmente los *nidos* más sencillos pertenecen á las *aves* que nidifican en la tierra; después vienen los que se hacen en excavaciones donde depositan sus huevos, y luego se citan aquellos en que se tapiza dicha cavidad con sustancias blandas. Entre las *aves* que nidifican sobre los árboles, las unas se contentan con hacer de una manera tan poco delicada su *nido*,

que quedan satisfechas con formarlas de ramas secas; otras lo disponen con una armadura verdadera, y cierto número de las mismas hacen simplemente un hueco en los troncos ó ramas para tapizarlo después con hierbas, pelos y plumas, á las cuales agregan algunas veces una techumbre y una entrada en forma de corredor.

Casi siempre el *nido* se construye solamente para recibir los huevos y servir de cuna á la nueva familia; pero algunas *aves* edifican sus *nidos* con verdadero placer, disponiendo aquéllos con varias cámaras para que les sirvan de habitaciones en el invierno.—Brehem.

Por la lectura de las páginas anteriores se comprenderá que, si las *aves* tienen una grande significación individual y colectiva en la economía de la Naturaleza, los procedimientos que siguen para reproducirse, no sólo deben respetarse, si, no que cuando se pueda y crea necesario han de favorecerse también.

Se logra ó desgracia su reproducción por el *nido*, que es factor importantísimo de aquélla, y por esto, si no utilizan los nidos viejos después de repararlos, que es lo más excepcional, fabrican otros nuevos en los que la hembra y á veces el macho, alternando con ella, verifican la incubación de los huevecillos en un tiempo variable para cada especie; y aun después de salir formados de aquéllos, continúan alimentándoles en dicha madriguera para que adquieran los polluelos en la misma su completo desarrollo.

Que en las operaciones de la *nidificación* manifiestan, sobre todo, la superioridad de su instinto estos animales.

Que, por dichas razones, los *nidos* no los hacen ni los colocan al azar, porque fuera de ciertas limitaciones originadas por la mayor facilidad de establecerlos, siempre procuran que respondan mejor á las principales necesidades de su vida, y por esto los establecen en la tierra las unas, otras en las aguas, y sobre las plantas y encima de los árboles las demás.

Que, aunque cada una de las *aves* construye particularmente su *nido*, existen no obstante ciertas especies que nidifican con frecuencia en nidos viejos, ó en los nuevos de algunas á cuyo propietario cazaron ó mataron para posesionarse de su madriguera.

Que, los *nidos* son tanto más notables entre sí, cuanto que sea más fácil su fabricación, al mismo tiempo que se muestren más disimulados ó menos manifiestos entre los medios que les rodean.

Que los *nidos* han de ser sólidos y cómodos, para lo cual los fabrican con materiales más ó menos duros, unidos con materias secundarias que les sirven de cemento; que estos dos materiales, mezclados entre sí, forman concavidades revestidas como las demás paredes interiores de hierbas ó materias finas muy diferentes á las que colocan en el exterior de aquél, y que la capacidad interior de los mismos ha de ser proporcionada á los huevecillos que han de contener, para que todos reciban por igual el calor de la madre que los incuba, lo mismo que cuando nacen los polluelos se pueda acomodar de la misma manera.

Que como el calor es tan necesario para la incubación de los huevecillos en el *nido*, debe hallarse y se halla combinado de tal manera que satisface cumplidamente su objeto, porque solamente como excepción el calor del Ecuador da al huevo del *avestruz*, depositado en la arena, la temperatura del *nido*.

Que entre las operaciones que pueden observarse en los seres animales, una de las más interesantes es la fabricación de los *nidos* por las *aves*, como puede contemplarse cuando se presencia las operaciones que siguen en su fabricación las *golondrinas*.

Que los *nidos* son diferentes cuanto lo son las especies que los hacen, hasta el punto de poderlos reconocer una vez acostumbrados á observarlos.

Que, resumiendo lo que hemos dicho referente á las diferencias de los *nidos*, podemos decir que se hallan en forma de copa ó cestilla: formados de ramitas ó palitos—*arpella*;— hechos con hierbas—*carbonera*;— de tierra—*golondrina común*;— de musgo—*mirlo*;— de hojas—*ruiseñor*,— de hierbas acuáticas y en juncos, recubiertos y de forma esférica, y excavados en la tierra y en la madera.

Que la duración del *nido* está íntimamente relacionada con el tamaño de aquél, pues mientras que los pequeños duran

generalmente un año ó más bien para una sola puesta, los *nidos* grandes hechos de ramas de árboles ó arbustos les sirven para varios años con las reparaciones convenientes—*cigüeñas*.

Y si tanta importancia tienen los *nidos* para conseguir la multiplicación de las *aves*, la destrucción de aquéllos ha de mirarse no solamente como acto de crueldad, sino como eminentemente nocivo á los intereses sociales.

Tan poderosas razones nos obligan á manifestar que debemos defender, protegiendo con leyes, la *nidificación* de las *aves*, al mismo tiempo que instituir en las escuelas de primeras letras sociedades protectoras de dichos animales y, sobre todo, de sus *nidos*, hasta conseguir de los niños, que, desgraciadamente, suelen ser poderosos destructores de aquéllos, se conviertan en beneficiosos protectores de unas y otros.

Es verdad que las *aves* no pueden asimilarse á otros seres de la Naturaleza, porque la mayoría de las mismas son ante todo y sobre todo servidores del hombre, el cual cuenta con ellas como cooperadores en los cultivos de sus campos, jardines, bosques, donde son insustituibles obreros que, en razón á la especialidad de su trabajo y lo módico de su salario, no pueden reemplazarse con ningunos otros, obreros que sirven indistintamente á muchos propietarios y que no pertenecen exclusivamente á ninguno. Por esto se miran algunas *aves* como cosa sagrada en ciertos pueblos, llegando algunos hasta prestarles adoración, que así lo hacen los egipcios á los *ibis*; los mejicanos al *condor*, en cuyo escudo del país figura este *buitre*; los turcos al *alimoche*, y los chinos en general á todos estos animales, razones poderosísimas que nos *obligan á estudiar, querer y proteger á las aves*.

Por último, concluyendo con lo referente á los *nidos* y *nidificación*, diremos que en España principian á preocuparse algunos terratenientes de la conservación y protección de las aves, pudiendo citar, entre otros, á los Sres. de Sáinz de Heredia, que en su hermosa finca del Quejigar fomentan la cría de *perdices* con tanta diligencia y voluntad, que en un olivar cercado de tapias muy altas, conocido con el nombre de *El Reservado*, emplean cuantos medios inventó el ingenio humano para la cría de la caza.

Se lleva hasta un registro con el historial de cada nido, por el cual se sabe con muy pequeño error el número de perdices que El Reservado tiene.

Una vez ocurrió allí algo muy curioso y que parecería fantástico si no tuviese yo la certeza de su rigurosa exactitud. Una mañana en que recorría los nidos un encargado que al efecto tienen, vió con gran extrañeza que en uno de ellos no había más que un huevo; colocó unos cuantos más que á prevención llevaba (gran procedimiento para la cría de la perdiz, pero que requiere mucha práctica y delicadeza), y se marchó después de anotada la extraña observación. Á los pocos días volvió, viendo ya con asombro que el mismo solitario huevo era lo único que existía dentro del nido.

Sospechando que allí pasaba algo extraordinario, se hizo un puesto de observación, no sin haber vuelto á rellenar el nido con huevos de perdiz. Oculto en su puesto, vió que un cuervo se acercaba al nido y se comía tranquilamente los huevos, dejando uno siempre, sin duda para que la perdiz siguiera poniendo, pues cuando á un nido se le quitan todos los hnevos, la perdiz lo aborrece y se va con la música á otra parte. El cuervo pagó con su vida su felonía, y el nido se salvó, sacando la madre una hermosa pollada.

Instinto.—Inteligencia.—La construcción de los nidos en las *aves*, los cantos que modulan, sus variadas costumbres, su educación, las operaciones voluntarias que realizan, las simpatías que manifiestan hacia quien las cuida, sus asociaciones, la obediencia que prestan á sus jefes, y sus emigraciones, han sido considerados por algunos hombres de ciencia como otros tantos hechos que prueban la inteligencia de estos animales. Inteligencia que se ha mirado como relativamente elevada, pues no de otra manera las *golondrinas* modifican la arquitectura de sus nidos, relacionándolos con las modificaciones que el hombre lleva á sus habitaciones.

Las *aves* que han sido perseguidas por los cazadores reconocen, no solamente á éstos, sino que, sobre todo, saben distinguir bien las armas mortíferas de aquéllos, y con las cuales tantos daños hicieron en sus bandadas. Estos animales se entienden, se comprenden y se conciertan, interpretando favora-

blemente todos los actos de comunicación que cambian con sus semejantes.

Todas las manifestaciones referidas parece que confirman sus elevadas facultades psíquicas, á las cuales se han concedido nada menos que la previsión en el acopio de provisiones alimenticias; las emigraciones que emprenden cuando todavía en las localidades donde se encuentran disponen de alimentos abundantes.

Mírase como evidente que no sólo es el hambre la que hace abandonar á las *aves* aquellas regiones en las que la naturaleza cuenta con recursos alimenticios, pues se supone que, hallándose dichos seres como ningún otro en relación más directa con los fenómenos meteorológicos, pueden mejor apreciarlos cuando se escapan á nuestros sentidos, percibiéndolos tan pronto se inician, en sus comienzos y mucho antes que se manifiesten, hasta suponer que de los mismos tienen una especie de presunción física. ¿Qué tiene, por lo tanto, de particular que el hombre, de percepción más lenta, no los sienta sino cuando sobre él se han desatado, é interroge al precursor instintivo que hace anunciarles á las *aves*? Ahí el origen de los augures, pretendida locura de la antigüedad, llena de sabiduría incomparable, y de la cual y en primer término la meteorología reportaba gran provecho. Con el tiempo debía contar ésta con medios más seguros, es cierto; pero ya había hallado un guía en la presencia de las *aves*. ¡Ojalá que Napoleón, en Septiembre de 1811, hubiese tenido en cuenta el prematuro paso de dichos animales venidos del Norte! Las *cigüeñas* y las *grullas* le hubieran informado bien, y en su emigración anticipada hubiera adivinado la inminencia del cruel y terrible invierno de aquel año. Aquéllas apresuraron su vuelo hacia el Mediodía, y él se quedó en Moscou. —Michelet.

Como se ve, no es solamente el hambre ó la previsión del hambre lo que decide á emigrar á las especies viajeras, porque si las que viven de insectos se ven obligadas á partir, las que se alimentan de bayas no tienen en rigor necesidad de alejarse de las regiones que ocupaban. El frío tampoco las impulsa, ya que por ésta sola causa la mayor parte de ellas no se movería. Luego si cada una de estas causas en particular

na origina por sí sola las emigraciones, habrá que buscar alguna otra que pudiéramos suponer era la luz, considerándola como la más general y elevada causa de estos viajes. Así como la planta sigue invariablemente á la luz del sol, el *ave*, cuya vista es tan sensible, se entristece en los días cortos y con las nieblas de otoño. Esta disminución de luz, que á veces nos complace por ciertas causas morales, es para aquélla la tristeza y la muerte. ¡Luz, más luz! ¡Antes morir que carecer de ella!

Las *aves* pueden también adiestrarse en varios ejercicios, como hemos podido ver, por ejemplo, en las que sacan ó eligen las cartas en un juego, ó cuando llegan presurosas en el momento que se las llama, atendiendo y reconociendo perfectamente á la persona que las cuida, á la cual manifiestan reconocimiento por signos de afecto y de júbilo.

Pero cuando no se les ha enseñado á estos animales ó cuando no han vivido con nosotros, entonces, en medio de la naturaleza, se observa en las mismas, sobre todo, aquel instinto que les hace obrar ciegamente, ejecutando siempre de la misma manera casi iguales actos y operaciones: dato que parece obliga á no concederles esa inteligencia superior capaz de perfeccionar sus obras.

Las *aves*, pues, realizan la mayoría de sus actos obedeciendo ciertamente al instinto que las impulsa á cumplir el papel que les ha señalado la naturaleza, de la misma manera que un idiota cumple los actos nutritivos; mas desde el mismo momento que el animal tiene alguna libertad en sus determinaciones, forzoso es admitir en él cierto destello de inteligencia que le guía y le hace obrar. Todo esto sin olvidar que el instinto se modifica por la educación, no solamente en nuestra especie, sino en las de todos los animales.

Por último, si el *instinto* se ejerce sobre todo para perpetuar la especie, resguardar á los hijuelos, proporcionar su alimentación, alojarlos y protegerlos contra sus enemigos, la *inteligencia* cumple con los mismos actos, pero modifica los medios y perfecciona los procedimientos.

(Continuará.)

ROMANCE HISTÓRICO

(CONTINUACIÓN)

IX

Á las Valkirias, las Gracias
sustituyan ¡ay de mí!
y el Eurotas cristalino
al turbio y violento Rhin;
Ixión serena dibuje,
de Fidia anime el buril
al sagrado vellocino
que Túbal vió en el confín
de occidental Quersoneso,
solio opimo de marfil
como jamás lo soñaran
Moscow, Londres ó París.
Tan sólo el tesalio fiero
en su empresa varonil,
que al par que tala, enamora
á la Medea infeliz,
ó de Eneas la indomable
progenie cuando el cubil
de los Alpes abandona
para humillar la cerviz
de los que baña el Secuana
y el Indo empuja á la lid,
imperio tan prepotente
acertaran á erigir
como lo fundara el águila

austriaca de Magerit.
Nada empezca la aureola
de aqueste reino latín;
sus haces son crucifijos,
la homilia su combatir,
pardos ascetas sus huestes,
martirio su noble fin;
y deste modo conquista
hasta Luzón desde Haití,
vierte su sangre, y hermana
á Ciba, Yedo y Pekín.
¡Hurras á Sefardi! Argivos
númenes, acá venid
con la trompa de Caliope,
dejad vuestro acento oír
y caldead vuestras fraguas,
moldeando bronces mil
que eternicen la conquista
del colombiano país,
cuyas crestas son de plata,
de oro hasta el arena vil,
vorágine la cascada
del raudo Missisipí,
aromas que nunca agota
la Pomona en Guayaquil,
aves parleras de esbelto
plumaje cual colibrí,
y diadema de aquel suelo
firmamento de zafir
hacia el que Adonai nos llama
por boca de un serafín.

X

Nicolás de los Romances
á quien Rey Santo donó
el botín de cien mil moros,

de Hispali al cerco feroz:
de tu lira préstame
fuego, luz, nervio, color,
que las glorias magnifiquen
del descendiente de God.
Tú eres, Isorda, la altiva
cátedra que apacentó
de pueblos tantos la mente;
entre precoces, precoz,
de ciencia al orbe inundaste
cual inunda nuevo sol;
tú el espíritu del Tibre
encarnando en el Chocó,
ser, aliento, ánimo, vida
diste al moderno Euforión.
Vives, Lulio, Sánchez, Soto,
cuyo acento precursor
pasmó á Europa redivivos
Estagirita ó Platón
engendrando al cartesiano
que en vano ahueca la voz
para que usurpen las Galias
nuestro envidiable blasón
astro de prima grandeza,
Gómez medinés doctor,
cuyos despojos valieron
renombre á Leibnitz y Locke.
De tridentina asamblea
tú fuiste guía y autor
y á Vozmediano y Ayala
grey católica siguió.
En siriaco y en etiope
se oyó de Cristo el pregón,
gentiles catequizando
de nuestro monje el ardor.
Salmaticense agustino
al par que comenta á Job,
de la tierra el movimiento

presiente en torno del sol.
De Erfurt si en la niebla surge
un fraile reformador,
mayor eco resonante
guarda en Bidasoa Dios.
Al toscano triunvirato
cual, pardiez, se adelantó
el ingenio lemosín,
arquetipo del cantón
de Laura, del de Ugolino
y alegre Decamerón.
Y, en fin, Garay, cuando aplica
á la paleta el vapor;
el teósofo á quien el franco
por Anticristo tomó;
el que aquilataba el globo
con la triangulación,
el apóstol en Macao
de Cristo Nuestro Señor,
quien entre peso y volumen
halla eterna relación;
ó ya la hirviente burbuja
trueca en dinamo veloz;
quien atrajo los planetas
del telescopio en redor
y el que al arduo pensamiento
de Wisseman se anticipó,
todos, vástagos egregios
rama de Sagunto son,
terror un día de Roma,
del púnico destructor,
de Parténope la inquieta
sangre goda que selló
su celo, rauda vertiéndola
bástulo, astur y vetón
y arrojando con denuedo
al mauro del *Andalós*,
¡Pueblo sabio, raza fuerte,

disfruta tu galardón
 y el orbe admire tus glorias
 con respeto y estupor,
 hoy que contempla la enseña
 el mundo leyendo el rol:
 «Soy la que vencí á Arquitania,
 »á Normandía en Gijón,
 »y al Aníbal musulmán
 »maté en Calatañazor!»

XI

Mal velacho, álamo duro,
 mal pañol, tabla del Ponto,
 bien mereces que te labren
collar de perlas hermoso,
 la germana orfebrería
 y platerescos emporios,
 ya que fuistes en la Historia
 pobre flota, gran piloto.
 No la trirreme cetega
 á ti superara á bordo;
 no á Scila te encaminara
 regio Neveo alegórico
 que las naos quirinales
 lleva al Egeo furioso;
fuertemente ásete al puerto
 no diga cantor exótico;
 porque á Eneas guían dioses
 y un solo Dios á Colombo.
 ¡Hola! *Brazo armipotente,*
 Teseo, nuevo coloso:
 ¡Iza! ¡Leva! ¡Boga! ¡Vira!
 ¡Arría! ¡Carga! ¡A Euro y Noto!
 que aumenta la nebulosa
 y palidecen los rostros
 ¡Oh, si el intrépido nauta
 Herschel prestara su anteojo,

cuál viera el auge del sol
 conforme se aleja el polo!
 Castilla al par tiembla y ora
 al ver *su pendón ocioso*
¡ay!, que tarda de la tierra
 á destacarse el contorno;
 la armada persa al aquivo
 sabe dispersar más pronto;
 mas presto descarga el hacha
 Tiro del cedro en el tronco
 y vence en Canas á Roma
 y marcha hacia el Capitolio;
 antes atraca en Islandia
 el ballenero y da fondo.

.....
 ¡Ya ganó el jubón de seda
 Rodrigo de Triana! El trópico
alza á la joven América
del manto azul el rebozo,
 la silueta así mostrando
 al alba la tierra de oro.
 La bendición de Marchena
 cruza desde Odiel el ponto,
 renacen las esperanzas,
 ya no hay angustias, ni golfos,
 y cesan los conciliábulo,
 la ira, la nostalgia, el lloro.
 María escucha la Salve
 y hora el Todopoderoso
 el *Gloria in excelsis* oye
 del cruzado y del astrólogo.
 Á Isabel primera aclaman
 cuando ve el serviola el Morro,
 fondea el Almirantazgo
 hincando el pendón atónito
 y abrazan, en fin, la tierra
 del Pérgamo misterioso.

ENRIQUE PRÚGENT.

MALES QUE AFLIGEN Á ESPAÑA

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA, PRESIDENTE
DEL CONSEJO DE MINISTROS

Felipe III, deseando remediar los males que afligían á España en su tiempo, consultó al Consejo Real para que éste le informara acerca del medio más adecuado para lograr poner coto á la decadencia á que tan rápidamente caminaba la monarquía, y si bien aquel soberano nada hizo para impedirlo, acaso porque la muerte le alcanzó antes de que pensase en aplicar remedio á los males que el Consejo le señaló, como después de él nadie volvió á ocuparse de cuestión tan capital, y no obstante haber transcurrido casi tres centenarios, lo mismo hoy que antes, las principales causas de la situación deplorable en que se encuentra el país son idénticas, las reproduciremos por si alguno de los que tienen el deber de conocerlas fija su atención en ellas, y si no todas, por lo menos las más importantes, se corrigen ó se atenúan, y algo se irá ganando.

En 1.º de Febrero de 1619, Felipe III consultó á su Real Consejo acerca de la manera de remediar los males que la monarquía padecía, el Consejo mandó hacer el informe á uno de sus individuos, el ilustre jurisconsulto segoviano D. Diego del Corral y Arellano, á quien aquella corporación encargaba siempre la resolución de los casos más arduos, y éste señaló como causas de los males que aquejaban á su patria las siguientes:

- 1.^a La monstruosa emigración anual de la Península á las Indias, y á las guerras, que ascendía á cuarenta mil personas.
- 2.^a El asombroso número de los que se dedicaban al celibato eclesiástico, pues entre curas, frailes y monjas hacían la

cuarta parte de la población, cuando debía ser solamente la décima.

3.^a La multitud de días festivos.

4.^a Las excesivas cargas y multiplicados tributos.

5.^a La caridad mal aplicada, que había llevado la Nación de holgazanes y vagamundos.

6.^a La excesiva afluencia de habitantes á la corte, la cual con este motivo, de corazón se convertía en postema del reino.

7.^a El lujo tan desmedido, pues un cuello costaba cien reales, y diez ó doce semanales el amoldarlo, en cuya operación se empleaban veinte mil personas.

8.^a El exagerado lujo de las damas, que desdeñando ya la plata, guarnecían de oro sus chapines y los claveteaban de diamantes. Y concluía diciendo que el principal remedio era moderar el lujo en las casas, en los banquetes y en los coches, debiendo dar ejemplo el mismo Príncipe.

El insigne D. Diego del Corral determinó con energía y sin rodeos los males que afligían la España de su tiempo, y si levantara la cabeza hoy y la fama de sus trabajos jurídicos le hubiese [llevado al Consejo de Estado—, de seguro que al ver la creciente emigración que deja despobladas comarcas enteras, el sinnúmero de casas de religiosos que se levantan por todas partes, el descanso dominical impuesto de Real orden, aparte de las forzadas fiestas que imponen las huelgas en unos casos, y en otros la falta de trabajo, los múltiples impuestos, contribuciones y tributos que se sostienen y los que se inventan cada año para que aparezcan los presupuestos con un imaginario superavit, las juntas, patronatos, asilos y otros establecimientos benéficos que hay socorriendo á muchos que no lo necesitan, en tanto que se mueren de hambre y de frío los que son verdaderamente pobres, sin hallar quien les atienda en su desgracia, la corte, convertida en centro donde medran todos los paniaguados de los que, por la apatía de la generalidad, monopolizan la dirección del país, el lujo desmedido de lo que se ha dado en llamar la buena sociedad, compuesta de títulos del reino, títulos exportados de los Estados pontificios y otros que, sin títulos, ostentan riquezas acumuladas en

épocas de luto y desconcierto para la patria, y otras cosas más, que todos ven y observan con estoica paciencia, aquel notable jurisconsulto, al contemplar, indignado, el triste espectáculo que todo esto ofrece, no vacilaría en marcar, con la misma claridad que en 1619, los mismos males que entonces, según su leal saber y entender, afligían al país; pero hoy, como en aquella época, se le escucharía con indiferencia, y aquel patricio comprendería que de nada sirven los consejos cuando se piden por fórmula y se tiene el deliberado propósito de no emprender con mano firme la tan decantada regeneración, palabra que en la actualidad equivale á la consabida frase de los últimos Reyes de la casa de Austria en España, que al darles cuenta sus ministros de un nuevo descalabro ó de una gran desgracia, solían decir: «Hay que poner remedio en esto», y no volvían á ocuparse del asunto, dejando á sus favoritos el cuidado de arreglarlo, los cuales, dicho sea para terminar, jamás tuvieron acierto para impedir los desastres cada día mayores que precipitaban la Nación á su decadencia.

GABRIEL MARÍA VERGARA.

Guadalajara 1 XII 1904.

LOS FASTOS DE OVIDIO

(Continuación.)

Al pie del *Aventino* se elevaba
un encinar de tan tupida fronda,
que oscura noche allí reinaba siempre:
al verle, con pavor se exclamaría:
«¡Se alberga una deidad en este bosque!»
En medio se extendía verde alfombra;
parlero arroyo de agua cristalina
brotaba del costado de una peña
tapizada de musgo verdinegro;
en ella casi solos *Fauno* y *Pico*
apagaban su ardor: el rey dirige
á allí su planta: inmola dulce oveja
á la fontana; luego, colocando
copas henchidas de fragante mosto,
ocúltase en las sombras de una gruta,
con todos los que le han acompañado.
Las dos divinidades campesinas
á la hora asueta lléganse á la fuente.
Olas de vino—¡qué placer!—alientan
sus disecadas fauces: ebrios, duermen.
Del antro fresco sale entonces *Numa*,
y con estrechos vínculos amarra
de *Fauno* y *Pico* las cautivas manos.
Despiertan, luchan por romper los nudos.
¡Vano luchar, que apriétalos su esfuerzo!
«Númenes de estos bosques, dice *Numa*,
mi audacia perdonad: no, no es mi idea

cometer un sacrilego atentado:
 tan sólo anhelo me enseñéis el arte
 de conjurar del rayo los augurios.»
 Así les dijo *Numa*: de este modo
Fauno le contestó (y se sacude
 la corniarmada sien): «Nos pides mucho
 y dado no nos es el revelarlo:
 también nuestro poder límites halla.
 Somos agrestes dioses y tan sólo
 reinamos en las cumbres de estos montes:
 el rayo sólo es dócil al *Tonante*;
 y tú jamás podrías desde el cielo
 obligarle á bajar: tal vez lo logres
 con el nuestro favor.» Y *Pico* asiente
 á sus acentos y á la vez añade:
 «No obstante, de estos nudos nos liberta.
 Valiéndonos de encantos poderosos,
 haremos descender aquí al *Tonante*,
 te lo aseguro, sí: testigos sean
 los fúnebres vapores de la *Estigia*.»
 ¿Qué hicieron las deidades ya sin nudos
 ¿Qué mágicas canciones modularon?
 ¿De qué arte prevalidos compelieran
 á descender á *Júpiter* del éter?
 Saberlo no le es lícito al humano:
 cantemos lo que á nos es permitido:
 solamente diré lo que sin crimen
 puede expresar de un vate el pío labio.
 Del azul á su voz bajaste, ¡oh *Jove*!
 y por ende los pósteros te adoran
 y te han llamado *Júpiter Elicio* (9).
 Es fama que las cumbres *Aventinas*
 temblaron de pavor y que la tierra
 se hundió de Sumo *Jove* al grave peso.
 El corazón del rey latía raudo:
 con ímpetu su sangre se agolpaba
 en las turgentes venas: su cabello
 hirsuto se erizó. Mas ya calmado:

«¡Oh rey! ¡oh padre de los sumos dioses!
 exclama. Si la mano que se posa
 en tu divino altar es inocente,
 si la súplica vos hallares pía,
 enseñanos el modo más seguro
 de conjurar tus vengadoras lumbres.»
 Jove le atiende, mas dejando oculta
 en densa nube la verdad: sus frases
 de dudoso sentido al rey espantan.

«Una cabeza corta, dice *Jove*:
 —La cortaré, respóndele el monarca,
 de cebolla, en mis huertos recogida».
 Y el dios le contestó: «No: la de un hombre».
 y *Numa*: «Te daré su cabellera.
 —Una alma necesito.—¡Bien! El alma
 de un pez.—Así lo harás, *Júpiter* dice
 sonriendo, y tales los obsequios sean
 á conjurar mis vibradoras llamas.
 Varón digno de hablar conmigo mismo,
 mañana, cuando *Febo* se presente
 en todo su esplendor, habrás la prenda
 de la salud de *Roma*.»

Así le dijo,
 y el éter con fragor horrendo treme:
 remóntase al cenit, dejando á *Numa*
 en silenciosa admiración sumido.
 Alegre torna el rey á tal escena
 á los *Quirites* referir: dudosos,
 por fin le prestan crédito tardío.
 «Más fe, en verdad, les dice, habréis de darme
 si un éxito feliz mi voz corona:
 oid cuantos estáis aquí presentes
 lo que ha de suceder mañana mismo.
 Cuando el orbe más fúlgido de *Febo*
 sus lumbres vierta sobre el ancho mundo,
 Jove nos ha de dar prenda garante

de la salud de *Roma*.» Vanse en duda,
porque promesa tal parece tarda:
por crédito le dar la luz esperan
del venidero sol. Ante el aljófár
del matinal rocío se encontraba
la tierra húmeda aún. Mas ya impaciente
el alcázar del rey asedia el pueblo.
Sale y en medio á multitud inmensa
que aguarda en pie y sin mover el labio,
en sede de acebuche asiento ocupa,
apenas *Febo* refulgiera el éter.
El ánimo de todos en suspenso
se agita entre el temor y la esperanza.
El rey, en pie, ceñida la cabeza
con albo velo, encumbra aquellas manos
que ya los sumos dioses conocían.
«¡Oh *Júpiter*! clamó. Llegó la hora
de recibir la prometida prenda.
¡Cúmplase pronto tu palabra augusta!»
En tanto hablaba el rey, ya desde el fondo
del mar surgiera el sol, cuando al instante
retiembla con fragor fúlgido el éter.
Tranquilo el aire está y sin un celaje;
y sin embargo, estrepitoso el trueno,
rimbomba veces tres y ultriz el rayo
zigzadea otras tres. ¡Oh, qué prodigio!
Pero (creedme) lo pasado cuento;
entreábrese el azul: el rey y turba
la vista abaten; con dulzura entonces,
mecido sobre el ala de los vientos,
un escudo bajó: hasta los astros
elévase del pueblo el griterío.
Al punto una novilla no obligada
jamás al yugo inmola el pío *Numa*:
después recoge el celestial presente
que llama *Ancila*, porque está sesgado
en toda faz, y en él no se descubre
ninguna arista. Pero *Numa* pronto

recuerda que el destino del imperio se encuentra vinculado en adelante á escudo tal: acude á sabia astucia para esconderlo á todos y librarlo de una sorpresa, y en seguida ordena otros escudos componer iguales; operación que ejecutó *Mamurio*, varón tan pío como obrero hábil. «Pídeme tu salario, dijo *Numa*, dispuesto á ser con él muy generoso; cree á tu rey: te doy cuanto pidieres.» Los *Salios* (cuyo nombre se deduce de la expresión que significa danza, habían ya de *Numa* recibido armas é himnos de ordenado modo. «Mi única merced la gloria sea, dice *Mamurio*, y que mi nombre suene al final de los himnos de los *Salios*.» Por tal razón, el nombre de *Mamurio* repiten nuestros santos sacerdotes, así premiando la vetusta obra y por cumplir de *Numa* la promesa.

Demora tu himeneo ¡oh desposada! aunque en fuego voraz tú con tu novio te hayas de consumir; supremo lucro lograrás con tan leve sacrificio.

Las armas solicitan á la guerra, á esposos tan dañina; pero cuando volvieren al depósito, el enlace celebraréis bajo mejor auspicio. También en estos días se prohíbe peinar su cabellera á la velada esposa del Hamin *Dialis*. Luego que la tercera noche condujere los astros á la bóveda cerúlea el un pez de los dos quedase oculto:



porque son dos: austral, el uno; el otro, aquilonal: que nombre ha recibido del viento pertinente á cada uno.

Cuando la esposa de *Titón*, bañadas en bien olientes lloros las mejillas, conduzca el quinto día, ya tus ojos no habrán de ver á *Anótphilas*, llamado el pigro *Bootes*: mas visible entonces vendimiador está, y en breve tiempo de esta constelación diré el origen. Intonso *Ampelos*, vástago de amores, de ninfa con un *Sátiro*, querido de *Baco* fué; en las cumbres del *Ismano*, el dios le dió una viña entrelazada al ramaje de un olmo, y esta viña, el nombre aún conserva de este joven. Quiso coger un día el temerario uvas pintas de parra y cae al suelo, y *Baco* le transporta á etéreas cumbres.

Por sexta vez del Occéano emerge *Febo*, y asciende por abrupto *Olimpo*, y en alígeros potros surca el éter. Quien culto tributáis á diosa *Vesta*, traed la copa y oloroso incienso ante el troyano altar. El grande *César*, á títulos innúmeros aduna

V. C.

(Continuará.)

POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

El anarquismo en Barcelona. He aquí un asunto de tan capital importancia que es preciso anteponerle á todos los demás. No vamos á contar lo ocurrido. Lo saben todos, y, por lo tanto, la narración no sería otra cosa que una repetición de noticias viejas. Mas ¿por qué ocurren en Barcelona estos fenómenos y no en otra parte? ¿Qué hay en Barcelona que no existe en ninguna otra ciudad ni española ni extranjera? Si discurremos con la debida detención, ciertamente que convendremos en que una bomba, ó más bien una caja explosiva, puede hacerla un hombre solo y él mismo puede colocarla y hacerla estallar. Pero ¿qué estado de ánimo se necesita para que en una misma ciudad el fenómeno se repita tantas veces como ya se ha repetido en Barcelona? ¿Qué obsesión es la que impera? ¿Qué ocasiona esta obsesión? De presumir es que en la capital de Cataluña existe una ó más cuadrillas de fanáticos que, impulsados por su frenesí, producen la serie de atentados que conocemos. ¿Y estos criminales están solos? ¿Viven aislados? ¿No los conoce nadie? ¿Nadie sabe sus intentos? ¿Nadie les ayuda? Preguntas son éstas bien difíciles de contestar. Porque todo hombre, aun el más furibundo anarquista, tiene instinto de sociabilidad, y aun podríamos admitir que alguna intentona se verificase sin conocimiento de nadie; pero tantas, entre hechos y tentativas, es imposible. La conclusión es que en Barcelona hay un sedimento social, algo numeroso, que proyecta y hace los atentados, y que hay también una parte de la masa general que vislumbra tales delitos y simpatiza con sus autores hasta el punto de negar á la sociedad toda clase de datos para prevenir los crímenes ó castigar

á los delincuentes. En los tugurios del bandolerismo se combinarán los asesinatos, se hablará de perpetrarlos y se referirá y comentará lo ocurrido, aunque sea embozadamente y á medias palabras, y allí habrá hombres, mujeres y chicos. ¿Cómo es que nadie ayuda á las autoridades? ¿Es que se ha perdido toda noción de moral? ¿Es que hay gentes que matan por capricho? Esto es lo más bárbaro y estúpido que ha sucedido en el mundo. Porque, efectivamente, los atentados últimos no han hecho otra cosa que matar ó herir á los infelices que tuvieron la desgracia de pasar por el sitio donde estalló la bomba. Tal es el estado social de Barcelona. Los vecinos de la gran ciudad están á disposición de la banda que fabrica bombas y las hace estallar.

Para contener esto, para hacer abortar tan horrendos crímenes, para que cualquiera persona tenga confianza en volver vivo á su casa, no bastan leyes, es preciso que la masa social tome sobre sí el cuidado de prevenirlos, es preciso que los ciudadanos todos se constituyan en sociedad contra el anarquismo, que todos vigilen, todos vean, todos comuniquen lo que puedan atisbar, porque no habrá policía que baste si los habitantes no la ayudan en la previsión y persecución de este cúmulo de ferocidades. ¿Quién conoció en París al tristemente célebre Ravachol? Un mozo de una fonda, que no era agente de ninguna policía. Pues si en Barcelona hubiera muchos así, los atentados ó se prevendrían ó se evitarían. Hace falta una asociación general, algo así como una santa hermandad, ó un somatén especial y antianarquista, una coalición contra facinerosos, que atemorice á todos, que los eche de Barcelona y les imposibilite de volver. Hace falta un esfuerzo universal de todos los habitantes, porque todos están igualmente amenazados, desde el capitalista al obrero, desde la señora titulada hasta la infeliz costurera. Sólo un poderoso arranque de virilidad podrá librar á Barcelona de la plaga que tiene encima.

*
* *

En el Senado se ha discutido y aprobado el convenio con la Santa Sede relativo á las órdenes religiosas. La discusión de él no ha sido larga ni cansada, y el asunto se ha ventilado en términos de moderación sin acudir á obstrucciones ni medios dilatorios. Á pesar de esto, no se ha andado más que la mitad del camino y ya veremos lo que pasa en el Congreso. Éste, en realidad, no ha hecho cosa de sustancia; Carcabuey arriba y Carcabuey abajo, hasta punto tal, que hay momentos en que los relatos de la sesiones más parecen escenas de sainete que debates de Cuerpo legislador. Al fin se han empezado á discutir los presupuestos, cosa harto más importante que las caciquerías de tal ó cual persona en este ó el otro distrito electoral.

*
**

El invierno ha principiado de una manera rigurosa. Las nieves, ventiscas é inundaciones han hecho estragos en muchos sitios, pero afortunadamente se habla poco de desgracias personales. Las manos generosas se han abierto en Madrid para socorrer á los desventurados, ha dado el ejemplo quien debe darle, S. M. el Rey, y cuando las iniciativas de la caridad arrancan de tan alto origen, las clases acomodadas las siguen, el socorro se hace abundante, los menesterosos viven, y la sociedad entera se congratula, se complace, y parece que descansa de la agitación continua, sonriendo ante el recuerdo del bien practicado.

II

Sigue la enconada lucha entre japoneses y rusos. En Mukden se miran los dos poderosos ejércitos uno á otro, reduciéndose las hostilidades á reconocimientos, sorpresillas y tiroteos de avanzadas. Como ninguno de los beligerantes emprende maniobra importante ni acomete batalla, resulta una situación de equilibrio mantenida, en parte, por la igualdad aproximada de

fuerzas, y en otra, por la baja temperatura, que forzosamente tiene que obrar sobre ambas huestes. Espectáculo interesante el de estos dos numerosos ejércitos, aguantando este crudo invierno en los campos de la Mandchuria. Uno y otro deben sufrir muchas bajas por enfermedades.

Port-Arthur sigue resistiendo tenazmente. Tengo para mí que los asaltos no son tantos ni tan furibundos como los telegramas nos cuentan. La lucha es tenaz, cierto, mas las fuerzas humanas tienen su límite, y cuando á éste se llega, ya resulta imposible seguir adelante. La última nueva es la de la serie de asaltos dirigidos contra la colina de los 203 metros y la ocupación de ella por los japoneses, si bien á costa de 15.000 bajas. Lo probable es que haya habido varios asaltos simulados para distraer la atención de los defensores, cansarles y hacerles gastar municiones, y al fin un asalto verdadero que dió por resultado la toma de la posición. En cuanto á las 15.000 bajas, cada cual que rebaje lo que quiera.

Lo que sí es importante, si se confirma, es el hecho de la depresión moral japonesa, pues los telegramas anuncian por un lado fusilamientos de soldados por no querer entrar en combate, y por otro defensas flojas en algunas posiciones. Esperaremos á ver si tales hechos se confirman, antes de hacer reflexiones sobre ellos, adelantando sólo que, de confirmarse, serían de extraordinaria gravedad.

La escuadra rusa sigue su camino hacia los mares orientales. Una división cruza el mar Rojo y hoy se dice que hará escala en Aden, otra cruza el Atlántico por frente á las costas occidentales del Africa, y la tercera se dispone á dejar los mares de Europa. Las gentes siguen este viaje con interés y curiosidad, preguntándose dónde se reunirán las tres porciones que forman el poderoso armamento, por dónde penetrarán en el mar de la China, y qué sucederá cuando lleguen al estrecho de Corea. Se tardará en saber todo esto, porque el viaje es largo y la velocidad de la marcha no parece mucha.

*
* *

Sigue en Francia la agitación promovida por las delaciones masónicas de los jefes y oficiales del ejército. Muévense á consecuencia de ellas provocaciones y duelos, pero no acciones corporativas de masas de oficialidad, lo cual es una muestra de buena disciplina. El nuevo Ministro de la Guerra, sobre haber destruído todas las delaciones masónicas, ha dicho, y ha dicho verdad, que á pesar de las opiniones que los oficiales puedan tener, no se ha registrado nunca un solo caso de conspiración contra la república. Es de notar que en Francia las pasiones políticas están tan exacerbadas, y se llega á tan extremas exageraciones, que se hace preciso examinar con gran detención cada hecho, para poder emitir sobre él un juicio que tenga visos de acertado. Bien reciente está el caso del profesor Mr. Thalamas, al cual se han atribuído respecto á Juana de Arco dichos y apreciaciones que él no ha proferido, pero que la pasión política ha inventado y comentado, produciéndose por ello manifestaciones tumultuosas, que gracias á la policía no han degenerado en motines.

*
* *

En Italia han sido vencidos los socialistas en las últimas elecciones. Resulta un Congreso con mayoría relativamente conservadora bajo el Ministerio Giolitti. El elemento que se llama clerical ha tomado parte en la lucha y, según parece, su ayuda ha sido bastante eficaz. ¿Qué influencia podrá tener esto en la política italiana? Se viene trabajando en el Quirinal hace ya mucho tiempo por conseguir la paz social, por dominar los focos revolucionarios, y acaso la adición del elemento nuevo á los demás moderados produzca algún buen resultado en favor del orden.

*
* *

El imperio de Marruecos sigue como de costumbre. Resulta un país anárquico y entregado al bandolerismo; verdad es que la situación no es nueva, pues lo que hoy sucede es lo que ha sucedido siempre, y la diferencia notable es que ac-

tualmente la Francia va poco á poco sentando jalones de dominación, cuyo principio notamos, pero cuyo fin está aún muy lejos. El tal imperio es una incógnita muy difícil de despejar.

*
* *

Se han renovado los tumultos en Macedonia. Vuelve á estar el país entregado á las bandas insurgentes, que renuevan la campaña de años anteriores. Si no cuentan con el apoyo de algún amigo poderoso, deben dejarse de levantamientos parciales, porqua con ello no irán á ninguna parte, ni lograrán otra cosa que perder hombres y atraerse la animadversión de las gentes pacíficas, que aunque sean mentalmente amigas del partido revolucionario, no pueden esperar el triunfo contando con tan escasos medios, y por consecuencia prefieren vivir en paz á sufrir las consecuencias de un alzamiento reprimido.

L. MARISCAL.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Eclipse total de Sol.

Interés excepcional reviste para todos el eclipse que, según los cálculos astronómicos, ha de verificarse el 30 de Agosto de 1905, y por ser España la región de la tierra desde donde mejor se podrá observar, plácemes merece el estudio de vulgarización científica por el que se pone al corriente cualquier persona, sin necesidad de haber hecho estudio alguno de la Geografía astronómica, de la grandeza de este fenómeno, causas que lo motivan, manera de observarlo, descripción de los aparatos usados, dirección del fenómeno, posición y representación gráfica de los cuerpos celestes en aquel momento, y, en una palabra, la exposición clara y sencilla de cuantos trabajos sobre este punto ha hecho la ciencia y las provechosas enseñanzas que espera obtener; todo lo cual constituye uno de los muchos trabajos de verdadera ilustración científica que contiene en sus 500 páginas el libro de los seis reales, el que da por este precio, no solamente un caudal inapreciable de conocimientos, sino que procura beneficios tales como el de regalar á todos sus compradores una póliza gratuita de 1.000 pesetas contra cualquier accidente desgraciado que pueda ocurrirles en un tranvía ó cualquier otro medio de locomoción, y además da también una participación gratuita al billete entero de la lotería de Navidad núm. 14.234 y reparte 500 regalos entre sus favorecedores en combinación con los sorteos de 24 y 31 de Diciembre. Este libro no es otro que el *Almanaque de Bailly-Baillièrè* ó *Pequeña enciclopedia de la vida práctica* para 1905, que acaba de hacer su aparición anual en todas las librerías.

En el año actual, el *Almanaque* se presenta más nutrido en todas sus secciones, á las que ilustran más de 1.100 figuras y gran número de mapas. En él se pasa revista á cuanto de notable ha habido, tanto en España como en el extranjero, ya en el mundo científico, ya en el industrial, el fabril, el económico ó el necrológico, etc. Infinitos son los artículos curiosos que contiene sobre

derecho, agricultura, ciencias vulgarizadas, música, bellas artes, juegos, *sports*, modas, labores de señoras, etc., etc., mereciendo citarse, por la agradable sensación que proporciona, uno sobre la lluvia, en el que se presenta el espectáculo delicioso de la naturaleza tras una lluvia bienhechora, y el trágico de una inundación cuando los ríos y torrentes, desbordados por la tempestad, arrasan una región. Curiosos son á su vez otros trabajos en que se analiza el aire y los gérmenes de la vida y otro sobre la región del hielo, correspondientes al estudio que del universo hace el *Almanaque*, é instructivos otros, en que se da á conocer la manera de redactar los escritos administrativos y la manera de saber dónde deben ponerse los signos de puntuación.

Como sería ardua tarea describir cuanto contiene este *Almanaque*, nos limitamos á lo indicado, recomendando su adquisición á nuestros lectores, quienes, además de encontrar recompensados con creces los seis reales que cuesta, nos agradecerán el consejo.

*
**

Necesidad satisfecha.

Las constantes lamentaciones acerca de la necesidad de un medio práctico que permita llevar de una manera precisa, ordenada y sin temor á que se olviden los múltiples asuntos en que se desarrolla la vida moderna de una persona, y que á la vez que de recuerdo, le permita anotar el detalle tanto de los negocios como de los gastos é ingresos, de las visitas que deba hacer al día, de los domicilios de los amigos, con indicaciones sobre los días y horas que reciben, etc., han sido satisfechas. Expresados estos deseos por multitud de clientes de su casa á los Sres. Bailly-Baillièrè é Hijos, estos editores corresponden á la petición del público con creces publicando un elegante volumen, encuadernado en tela, que, con el nombre de *Memorandum de la cuenta diaria* para 1905, es un verdadero libro práctico de memorias de cuanto la vida tiene de social é industrial. Se vende al ínfimo precio de 2,50 pesetas ejemplar.

Ahora bien, como éste es un libro de memorias de cuanto la vida social tiene de práctica, los beneficios que reporta es necesario completarlos con una buena administración de los negocios, y para esto es preciso proveerse de una *Agenda de bufete* para 1905, donde, además de una *Guía de Madrid*, encontrarán interesantes noticias sobre reducción de monedas, recibos, letras, pa-

garés, tarifas de consumos, de cédulas y cuantas noticias y referencias son necesarias en un despacho.

Véndense en todas las librerías, desde 1 á 5 pesetas ejemplar, y en la casa editorial de Bailly-Baillière é Hijos, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

* * *

Cartilla marítima, por J. PÉREZ CARREÑO.—*Su precio, 50 céntimos.*

Muy ordenada, muy bien escrita y muy completa es la *Cartilla marítima* que, para facilitar la enseñanza naval elemental en las escuelas primarias, acaba de declararse oficialmente de utilidad para servir de texto de lectura. El Consejo de Instrucción pública, por su informe, y el Sr. Ministro, por la publicación de la Real orden, merecen nuestras alabanzas.

* * *

Apuntes sobre el problema religioso, por JUAN GARCÍA-NIETO.—*Su precio, 3,50 pesetas.—Madrid, 1904.*

Dos cosas promete el Sr. García-Nieto en el prólogo, y son: la respetuosa templanza en el comentario de las creencias ajenas y la fidelidad en la expresión de las propias. Reconocemos de buen grado la buena fe que anima á nuestro autor en toda su obra y la prudencia con que censura instituciones y doctrinas con las cuales no está conforme.

Después de los «Preliminares», donde se ocupa de la defensa nacional, asunto, como él dice, ajeno á sus estudios y extraño también al programa del libro, entra de lleno y expone la materia en los siguientes capítulos: la «Indagación en materia religiosa», la «Fe», las «Confesiones religiosas», «Jesucristo», el «Cristianismo», la «Incredulidad» y «Conclusión.»

La obra toda es digna de estudio; el asunto es interesantísimo; la exposición, ordenada, y el lenguaje, á la vez que sencillo, es elegante. Dar novedad á un libro sobre *el problema religioso* es un privilegio reservado á los grandes maestros, é intentarlo sólo es un mérito que nos complacemos en reconocer y que con gusto consignamos.

No estamos conformes con algunas ideas religiosas del Sr. García-Nieto; pero afirmamos que es un escritor de mucho entendi-

miento y de vasta erudición. Parécenos que el exagerado deseo de filosofar le ciega algunas veces y que el afán de analizar le hace con alguna frecuencia prolijo y obscuro. Trazar con mano vigorosa el cuadro del cristianismo, para después dudar y no decidirse entre la verdad y el error, entre la religión y el escepticismo, entre la luz y las tinieblas, equivale á perderse en un laberinto, del cual sólo se sale afirmando, como Diderot, que la religión no es más que un cúmulo de supersticiones y de leyendas.

* * *

Realidades é ideales, por JOSÉ ROCA DE TOGORES.—Su precio 1 peseta.—*Librería de Victoriano Suárez, Preciados, 48.*

Los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA conocen ventajosamente al Sr. Roca de Togores. En *Realidades é ideales* ha reunido nuestro querido compañero trabajos que vieron la luz pública en varios periódicos. Citaránse los siguientes: «Industrias lícitas», «Resignación», «Expiación», «La Cruz Roja» y «Mis dos Luisas». Todo lo que sale de la pluma del Sr. Roca de Togores tiene el sello de madurez y de cordura; pero como á los amigos debe decirse la verdad sin ambages ni rodeos, paréceme que en algunos artículos el raciocinio es monótono, el interés escaso y los caracteres un tanto vagos.

* * *

Goivos (versos) de M. MENDOÇA D'OLIVEIRA.—*Lisboa, 1903.*

¡Qué sentidas son las cortas composiciones del poeta portugués! Entre éstas se citarán las intituladas «No fim da lucta», «Ignoto Deo», «Asceta» y «Nirvana». La inspiración de Mendoça va acompañada de un ingenio profundo y sagaz, de un tierno sentimiento para elegir asuntos delicados y bellos.

PEDRO ANSÚREZ.

* * *

¡Avante! (novela) por EL CONDE DE LAS NAVAS.—*Escudete del autor con mote De las Navas malacitanus.*—José Manuel de la Cuesta, editor.—*Madrid-Valladolid 1904.*—Un volumen en 8.º de 232 páginas.

El fondo de esta simpática y agradable novelita es Asturias, fondo tratado de *visu* y por la erudición, por lo cual menudean puntualizadas y nimias descripciones que remansan con frecuen-

cia la corriente del relato. La sanidad moral más completa, así en la descripción y presentación de los tipos ó personajes principales—incluyendo por de contado á *Majañera*, protagonista de la narracioncilla,—como en los sentimientos expresados por el hábil cuentista, avaloran la obra, no tan dramática como *La Chavala* ni tan vivida como *La Pelusa*, pero más artísticamente interesante en el tipo de *Andarica*, quien, sin perder nada de realidad, llega á idealizarse en la fantasía del lector.

La fábula *piscatoria*, como corresponde al escenario del villarejo de las costas asturianas, viene sazónada con frases del dialecto bable, que aun con ser muchas y recogerse al fin de la obra en un vocabulario, no resultan generalmente ambagiosas, sino que acrecientan la riqueza de diccionario que en la obra campea.

El *malacitanus*, no obstante el minucioso conocimiento de las costumbres, de los usos, prácticas y palabras de los astures que nos presenta, asoma por los resquicios de la novelita, ya en rasgos de imaginación, ya en pompas descriptivas, ya en frases y recuerdos andaluces, tales como los que se ponen en boca del médico, que aprendió en Málaga: «Mala puñalá te den, qu'el tío Antonio se aturruye»; ya cuando trae á cuento, por comparación, los freidores andaluces..., porque genio y figura han de acabar en una con el Bibliotecario mayor de S. M.

De todos modos, su última producción literaria revela los dones de asimilación y observación que le adornan, y por los que triunfa su ingenio acomodaticio y flexible.

¡Avante!

*
* *

Almas de acero. *Novela original de JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ.*—*Ilustraciones de L. Palao.*—*Madrid, 1904.*—*Un volumen de 116 páginas en 8.º menor, á 2 pesetas.*

Constituye esta patriótica novelita el tomo IV de la *Biblioteca Patria de obras premiadas*, y de estos precedentes que constan en la portada deduce el lector más indiferente que el Jurado, sin mostrarse escatimoso, ha tenido abundante material donde escoger y seleccionar, y que los premios adjudicados llevan en sí la suficiente garantía para las obras que los merecieron.

Todas estas suposiciones vienen como pedrada en ojo de boticario cuando se lee la novelita de que tratamos. Catedrático de literatura por espacio de dos años en el Instituto de la capital

manchega, D. José Rogerio Sánchez ha sabido sentir el paisaje de aquella región y dentro de las condiciones étnicas del pueblo español, en los momentos más trágicos de la guerra de la Independencia, ha señalado los correspondientes al pueblo en que la acción se desarrolla. Yo no sé si todo eso resulta históricamente puntualizado; pero sé que está artísticamente sentido, que es lo que aquí hace al caso.

Rosa es una *alma de acero* templada al más encendido fuego de la caridad cristiana. No ya el perdón de las ofensas, sino el heroico sacrificio de la vida para salvar á su ofensor, justifican el título de la obra; su honra defendida en circunstancias tan críticas y dramáticas; la pasividad de su carácter habitual para contrastarlo en los momentos supremos con sus resueltas decisiones, hacen de esta figura un tipo interesantísimo que va desenvolviéndose con gracia y arte en la narración. Bien que *de tal palo tal astilla*, y el tío José, marinero en la de Gibraltar, enardecido en amor patrio desde las primeras páginas por las relaciones del sargento Pedro Mejía, no debía menos que sucumbir anónimamente en la rota de Villares.

Por lo que toca al autor, de quien conocemos todas sus producciones, nunca como ahora le habíamos visto tan señor de su estilo ni tan holgado en la narración, en la que es de notar la avaricia descriptiva, precisamente cuando el afán del detalle invade no pocas obras del género novelesco y llega á hacerse molesto para el lector.

Almas de acero es un gran paso en la producción literaria del joven escritor, quien antes, por otras producciones de carácter histórico y novelesco, ha sabido ganarse un nombre en la república de las letras. La ruta emprendida y su alma de acero le reservan para mayores triunfos.

* * *

Sechstes Jahrbuch der Kölner Blumenspiele.—1904.—*Sexto Anuario de los Juegos florales de Colonia.*—Un volumen en folio de 404 páginas, sin indicación de precio.

Ha visto la luz pública este nuevo tomazo, publicado por la Literarische Gesellschaft in Köln, Sociedad fundada por el ardoroso hispanófilo Dr. D. Juan Fastenrath, quien es también el *deus machina* de los Juegos florales de Colonia, su fundador, mantenedor y espléndido Mecenas.

El tomo de que se trata historia la sexta sesión de la floreciente instauración colonesa, celebrada el primer domingo del pasado mes de Mayo. Fué reina de la fiesta la Gran Duquesa de Sajonia Weimar, Carolina de Sachsen, que, reproducida en espléndido grabado, encabeza el volumen. La belleza de esta Soberana, por lo que del retrato se desprende, hace exclamar al lector que es ella

digna de ser morena y sevillana;

y no es moco de pavo la de su representante, señora Luisa Rothe, esposa del Ministro de Estado en Sajonia, de quien igualmente se publica el retrato.

La Memoria del Sr. Fritz Zilcken, muy puntualizada, contiene cuantos datos pueda desear el lector más exigente.

Los premios primeros los obtuvieron:

Edwin Apitz, por las poesías amorosas.

Elena Görcke, por las religiosas.

Hugo Stobitzer, por las patrióticas.

Nanny Lambrecht, en las novelas cortas.

Jorge Muschner-Riedenfür, por su balada de primavera, obtuvo el premio ofrecido por S. M. el Rey de España. A otros poetas correspondieron los premios extraordinarios ofrecidos por la Reina de Rumania, Infanta D.^a Paz, etc., en todos los cuales figuran largas listas de accésits.

Sigue en el tomo la reproducción de telegramas y felicitaciones, ya en prosa, ya en verso, con buen golpe de nombres del almanaque Gotha y larga serie de poetas de muchas naciones.

Escritas en castellano, las firman el argentino Leopoldo Díaz, que mereció ser traducida por Fastenrath; J. L. Estelrich, Teodoro Llorente, Eduardo Ory, Fernández y González, Patricio de Aguirre de Tejada, Conde de Andino, Lamarque de Novoa, Ramón Masifern, Mera... aparte de muchísimas cartas y saluciones en prosa.

En el recuerdo necrológico se hace mención del catedrático de Barcelona Dr. Balari y Jovany.

Los recortes y reproducción de artículos de periódicos ocupan muchas páginas, y, por último, en curioso apéndice se da cuenta de los Juegos florales establecidos en Baltimore por el Dr. Ernesto Henrici, poeta antes premiado en los de Colonia, los cuales han servido de modelo para los del Club germánico en los Estados Unidos.

No hay para qué decir que con los retratos de la reina de la fiesta y de su apoderada figuran en el tomo los de las 24 señoritas que formaron la corte de amor, los de las poetisas y poetas premiados, el de Otto Purschian, recitador y poeta, fallecido... conforme á lo establecido en la publicación de estos anuarios, y dos partituras musicales de Isabel Urtel y de Manuel Burgés, ofrecida y dedicada ésta á la Sra. Goldman de Fastenrath.

En este tomo, y perdida entre sus páginas, encontramos la siguiente noticia suscrita por Fastenrath, dando indicación de cómo funcionan los Juegos florales de Colonia:

«A fines de Octubre—dice—sale la convocatoria á los poetas alemanes de todos los países; el plazo expira á mediados de Enero; concurren más de mil vates con unas 4.000 composiciones que tiene que examinar el que escribe estas líneas. Quedan unas doscientas composiciones selectas para que entre ellas elija el cuerpo de mantenedores, que en casa del fundador de los Juegos florales pasa un día para deliberar. Pero antes ya cada cual ha examinado las composiciones en su estudio y dicho su opinión por escrito al presidente de los mantenedores. Gracias á Dios, entre ellos ha reinado siempre la mayor armonía.»

Si el volumen que nos ocupa es por sí de varia y entretenida lectura, su interés se acrecienta al considerarlo como eslabón de la historia de los Juegos florales de Colonia, cuya lozanísima existencia acredita el conjunto de estos *Anuarios*.

*
* *

Discurso que en la solemne apertura del curso académico de 1904 á 1905 en el Real Colegio de Alfonso XII, en el Escorial, pronunció el R. P. Restituto del Valle, agustino.—Madrid, establecimiento tipográfico de Marceliano Tabarés, 1904.—Un folleto en 4.º menor, de 48 páginas, sin indicación de precio.

Aparte de los datos estadísticos que el folleto comprende relativos al Real Colegio de Alfonso XII, el notable discurso del ilustrado agustino llena las páginas 5 á 25, espacio suficiente para el tema que se desarrolla, bien que, como es de esperar en producciones de este género, sólo va tratado en suma y compendio.

El gravísimo tema del pesimismo moderno en la filosofía y sobre todo en la producción literaria ha mantenido, llena de sensatez y con firme juicio, la pluma del crítico en manos del ilustre literato, campeando en todo su dicción holgada, amplia y castiza,

la seguridad de razonamiento, producto de sus convicciones, y la delicadeza y finura de gusto.

Dos figuras están ahí tratadas con singular cariño: la de Leopardi y la de Boudelaire.

Si el fondo filosófico del primero es execrado, no con intemperancias frailunas de añejo procedimiento, guárdase para la intensidad artística del vate recanatense un respeto y una admiración de todo punto laudables. Todo su fondo filosófico lo expresa el poeta italiano «en limpia é insuperable forma poética, con inspiración tan íntima y personal y á la vez tan reflexiva y serena como nadie lo había expresado desde los tiempos del clasicismo antiguo, con tal dominio, en fin, de la escultura del verso y del artificio de modelar la estrofa...», y seguiríamos copiando páginas enteras de lo que sigue, porque todo nos parece muy preciso y meditado.

Baudelaire, como tipo más complejo y más hijo de su tiempo, está tratado con alguna mayor amplitud y aun con algún rasgo de sobrada benevolencia, no obstante de que el padre agustino, en otros rasgos, parece haber abandonado la flexible correa de su hábito para empuñar la clava de Alcides... ¡y aun nos parece poco!

Nota es la que escribimos, y no podemos extendernos; y... *qui habet aures audiendi audiat*, que para mucho da el discurso del Pádre-cito.

* * *

Las carreras civiles y militares de España. *Estudios, gastos y porvenir que ofrecen*, por MARCELINO OCA.—Undécima edición, reformada con arreglo á los últimos programas.—Madrid, Fernando Fe, editor, 1905.—En 8.^o, 575 páginas 5 pesetas.

Muchas generaciones de escolares han consultado esta obra utilísima antes de elegir carrera, y seguramente que les ha servido de gran provecho, pues su autor, el inteligente ingeniero Sr. Oca, que tuvo la feliz ocurrencia de redactar aquel libro en sus mocedades, ha cuidado de ponerlo siempre de acuerdo con todos los cambios. ¿Qué mayor elogio puede hacerse de un libro que el recordar que van publicadas de él *once* ediciones, en este país donde tan poco se lee?

El Sr. Oca ha escrito un prólogo en el cual hace muy atinadas consideraciones, que seguramente servirán de guía á los estudian-

tes y á sus padres en el momento crítico en que los primeros han de pensar la carrera que abrazan.

Al mérito de la producción, redactada en estilo claro, sobrio y correcto, se unen los primores de la estampación y excelencia del papel.

* * *

La protection légale des travailleurs. *Discusiones de la Sección nacional francesa de la Asociación internacional para la protección legal de los trabajadores* —Paris, Félix Alcan, editor, 1904.—En 8.º, XII-372 páginas, 3,50 francos.

La Asociación nacional francesa para la protección legal de los trabajadores está llamada á desempeñar un doble papel. Agrupa, en primer término, á los franceses deseosos de cooperar á la obra de la Asociación Internacional que se fundó en París el 28 de Julio de 1900. Dicha Asociación francesa envió delegados á las asambleas que ha celebrado la Internacional en Basilea y en Colonia. Procura también facilitar la aplicación y el adelanto de la legislación protectora de los trabajadores en Francia, y en el volumen cuyo título antecede reúne la reseña de sus tareas. Las principales discusiones versan acerca del trabajo de las mujeres por la noche en la industria, la protección de las mujeres que han dado á luz, el descanso del sábado y la reglamentación semanal de la duración del trabajo, la edad á que se debe admitir al trabajo á los niños, la liga social de compradores, la protección legal del empleado y la reglamentación del trabajo en los almacenes, en las minas, en las casas particulares, el empleo de los niños en los teatros y cafés-conciertos, etc.

Como se ve, el libro es muy interesante.

E.

* * *

Histoire du mouvement social en France (1852-1902), por JORJE WEILL, *profesor de Historia en el Liceo Luis el Grande*.—Paris, Luis Alcan, editor, 1905.—En 4.º, 494 páginas, 7 francos.

Se toma en sentidos muy diversos la expresión «movimiento social»; el autor denomina así el conjunto de esfuerzos que se han intentado para mejorar la condición económica de la clase obrera.

La historia del movimiento social es en primer término una historia política, destinada á mostrar cómo se han establecido ó resuelto las cuestiones obreras por los diferentes Gobiernos y partidos. El papel más importante corresponde al partido socialista, puesto que se ha cuidado especialmente de agrupar á los trabajadores manuales y de hacer que alcancen sus reivindicaciones. El Sr. Weill se detiene á hablar de aquel partido y sus vicisitudes, causas que le han engrandecido y divisiones que entorpecen sus esfuerzos.

Empieza la reseña con el golpe de Estado de 2 de Diciembre; acaba, para los acontecimientos políticos, en las elecciones legislativas de Abril-Mayo de 1902; para algunos hechos que se refieren al movimiento corporativo llega hasta fines de 1902. El autor, en cuanto le ha sido posible, ha seguido el orden cronológico. El movimiento obrero empezó recientemente y se desenvuelve poco á poco; no hay en él nada estable ni definitivo; el orden cronológico es necesario para quien hace una exposición fiel y científica.

E.

*
* *

El pueblo gris, por SANTIAGO RUSIÑOL. *De la Biblioteca Nacional y Extranjera.*—Lo ha publicado Leonardo Williams, editor. Madrid.

Leyendo el índice, veo un título allí que me sorprende: «El mal del pueblo.» Este pueblo tiene un mal, luego está enfermo. ¿Cuál es, pues, su dolencia? ¿Qué síntomas tiene? Ya el título que reza en la portada dice del pueblo un *gris* muy inquietante, puesto que el mío gris era también, y mi temor de que esté enfermo el pueblo que convivió conmigo durante tantos años me duele y me preocupa.

Por eso comienzo el libro con la desazón de un mal que se presiente. En las primeras páginas asegura el autor que el pueblo por él descrito no es uno: pinta todos, pues todos son iguales. Algo me tranquiliza esta afirmación, pues tengo la costumbre—costumbre humana—de consolarme cuando hay varios que pueden lamentar mi misma pena.

Sin embargo, retoña la inquietud conforme sigo la lectura. Tiene que ser mi pueblo porque es igual. Tiene que ser el mío un pueblo donde hay paz y donde hay moscas y en la posada un uento antiguo, legendario para contar á los viajeros, y un casino,

como cualquiera al parecer, pero que en un rincón tiene un pasillo misterioso, por el cual, á la noche, van hundiéndose los vecinos ricachos sigilosamente y entran en una habitación ignorada, donde las *cabezas locas* se juegan los dineros. ¡Rincón terrible! Ahí están, silenciosos, D. José, el boticario, ¡persona tan sensata!... D. Rufo, el prestamista; Juanillo, el carnicero, y otros más que teníamos por muy buenas personas, por hombres moderados, prudentes, y que se arriesgan hasta el límite de poner á una carta un duro entero.

¡Yo he vivido estas cosas! Os lo aseguro formalmente, con un júbilo íntimo de anciano que relata los actos de otro tiempo. ¡Todo eso es de mi pueblol! ¿Sabéis? Lo he visto yo.

Me acuerdo un año que me pasé el invierno yendo todas las tardes al billar de *El Pensil*. Allí estaba Jaumet (no se llamaba así, pues el autor ha cambiado el nombre); era un comerciante en paños. ¡Qué célebre! Nunca tiraba palitos; pero, en cambio, la bola rodaba por debajo de las hanquetas. Se desesperaba el pobre hombre, y juraba no volver más; pero al domingo siguiente ya estaba allí el primero.

Todo El Pensil le bromeaba, y cuando iba á tirar nos echábamos á correr, fingiendo mucho miedo á que la bola nos diese en la cabeza. Esta era una guasa ya legendaria en *El Pensil*, y se repetía invariablemente cuando le tocaba el turno á Jaumet.

También era concejal, y nos contaba las sesiones del Ayuntamiento tal y como las pinta Rusiñol.

Y en el casino, á la hora del café—de dos y media á tres y media,—nos enterábamos de todo lo que hubiese de nuevo: la llegada próxima del señor diputado, que en efecto tenía predilección por nosotros, ó bien la que preparaban en el club de los exaltados (en secreto, se entiende), ó la última sonada que hicieran los templaos. Cuando no había nuevas sensacionales, íbamos á la mesa del *mus*, donde estaba lo más granadito de este juego.

En fin, ¿para qué cansarnos? Ese pueblo, tan gris, era mi pueblo; todos los síntomas son suyos. ¿Queréis algún detalle más característico? Los curas. Y si queréis aún alguno decisivo, rotundo, inconfundible, leed la procesión con su estandarte «tan macabro, tan de congregación, tan de sudor de enfermedad», y el cortejo de viejas—castizamente traducido—tan viejas, que perdieron la cuenta de los años, y que no recordarían á sus padres si no...—fijadse bien en el detalle, que es épico—si no viviesen aún!... «Leyendas de cuerpo presente», siempre enlutadas «con negrura de

viudedad definitiva», y escoltando, invariables y eternas, á la procesión, al Viático, al funeral; siempre donde hubiese algo que dijera de muerte sin morir, de muerte parda, del color de sus mantos, que al ondearlos el viento, daba á las viejas catadura macabra; como una escolta de murciélagos inmorales y rezadores.

...No hay que hacerse ilusiones: la desgracia no huye porque con tesón la neguemos. Este pueblo, que tiene en la botica un globo rojo, este pueblo «ni sí ni no», este pueblo enfermo...—no hay que hacerse ilusiones,—este pueblo es el mío.

Me entero al fin, medroso, de ese mal que padece, y veo con sorpresa que es de carácter crónico y antiguo; después va resultando que yo le he padecido, sin darme cuenta de ello. Es ese un «mal sin mal», un hipnotismo á medias que convierte los hombres en reloj, sumiéndoles en un vivir de «sonámbulo casero, fakir de regadío», y hace soñar «con mundos donde pasasen los años sin lluvias y sin puestas de sol y sin haber de levantarse, ni de comer, ni siquiera de morirse...»

Célebre mal que sólo tres hombres en España supieron descubrir y retratar fielmente: Leopoldo Alas, Martínez Ruiz, Santiago Rusiñol. Cada cual con su estilo nos dijeron aspectos diferentes de la misma dolencia. Rusiñol, en su obra, matiza sus decires con matiz de humorismo. Incomparable, personalísimo humorismo, que, al igual de la vida, va hermanando la risa y la tristeza.

De esta unión tan humana salió el incomparable capítulo «El jefe de estación.» Una casa que es ataúd de vida, con un jardín umbrío, diminuto, en donde la humedad y el hastío pudren los huesos y entorpecen los miembros; dos vagones podridos, un farol de petróleo que siempre luce agónico, y un telégrafo sonando eternamente, como un reloj implacable que marcara las horas de una vida sin esperanza ni perdón.

Y entre estas cosas que hablan de podredumbre, condenado por decreto oficial, un desdichado vive lentamente, sintiendo el peso horrible de una tristeza sin poesía; un hombre humilde y pobre que siente la congoja de su vida y llora al fin—quizás por la vez última, porque el llorar es de hombres, y él va siendo una máquina,—llora al fin su dolor ignorado, sin melancolía, sin desolación; llora porque lo necesita y porque tiene tiempo de llorar «hasta las veintitrés cuarenta, en que pasa otro tren de mercancías...»

MANUEL ABRIL.

*
* *

Un poco de todo, por FERNANDO MAYORAL OLIVER.—Madrid, 1904.

Es un hecho cierto, lógico é infalible que todos llevamos en lo más hondo de nuestro cerebro la filosofía de nuestro vivir; todos hemos oído hablar de moralidad, de religión, de sociedad, de arte; todos hemos aprendido, más ó menos profundamente, reglas que—al decir de aquellos que nos las enseñaron—conducen inevitablemente al bien por el más corto camino, á las esferas del reposar eterno ó de la dicha perdurable por los más floridos senderos, á los labios de la verdad por las veredas de lo bello; todos sabemos de amor y de bien.

Pero el *magister dixit* acabó cuando acabaron las arcaicas escuelas, y ahora—yo creo que antes también—todas aquellas enseñanzas, todas aquellas filosofías que nos dijeron los sabios por boca de los maestros ó por letra de los libros, las hemos fundido al calor de la vida en una sola, en la filosofía nuestra, propia, exclusivamente individual, personalísima.

Los años pasan con rapidez incalculable, los grandes pensadores van dejando sobre el papel las huellas de su continuo pensar, las generaciones se suceden tercas, los hombres leen á los hombres y unos van negando lo que dijeron otros y otros más nuevos opinando al revés de aquéllos; en una misma época, en una misma nación y hasta en un mismo pueblo, dos filósofos se contradicen mutuamente y á las veces se contradicen entre sí. ¿Esto qué significa? ¿Quiere decir que la moral del uno sea la verdadera y la del otro la falsa? No, esto quiere decir, con sencillez clarísima, que aquellos hombres escribieron su modo de pensar, escribieron su modo de creer y la manera de su amor; la escribieron y se la entregaron al mundo para que el mundo tomara de ellos lo que más en gana le viniese. Todos los hombres, todos, á medida que los instantes han ido pasando ante ellos, han ido escribiendo en su cerebro, con más ó menos perfección, la filosofía de su vida. Todos tenemos nuestra filosofía, y conformes con ella procedemos en los actos de nuestra voluntad, y tomándola por modelo la comparamos con la del prójimo para juzgar de su bondad, de su amor, de su religión, de cuanto dice y cuanto piensa. Pocos tuvieron la habilidad y la honradez de escribir esta filosofía.

Sobre mi mesa reposa un libro que acabo de leer; sus páginas, recién tonsuradas, guardan aún el calor que mi espíritu pudo prestarles al pasar sobre ellas; en su cubierta de un color claro,

amable, dicen letras muy negras: *Un poco de todo*. Es el libro del Sr. Mayoral Oliver. Su autor ha escrito en él los pensamientos más honrados que pasaron por su inteligencia, los que él creyó debieran ser sabidos de todos; el Sr. Mayoral ha tenido la habilidad y el valor de decirlos en voz alta. ¿Acertó? El gran maestro, padre de los siglos y abuelo de los días, lo dirá; yo sólo sé decir que he paseado mi espíritu sobre las páginas de este libro, como he paseado muchas veces mi cuerpo sobre una vereda en otoño: á veces el viento azotaba con frío; otras, al pisar una hoja dorada por la muerte, su gemir, me entristecía; pero era otoño y el paisaje surgía severo de entre brumas lejanas y los ojos le acariciaban con amor y el corazón decía versos tristes que palabras alegres pronunciaban, haciéndolos nacer con sabor de paradoja.

Es posible que este libro tenga voces amigas que canten en alabanza suya decires de justicia; es también muy posible que se desplome en el mundo con silencio tumbal; pero este silencio no es más que de unos cuantos, quedan muchos por venir, muchos, algunos ya están llegando, otros vienen tras éstos, y entre tantos... ¡quién sabel

MIGUEL A. RÓDENAS.

ÍNDICE DEL TOMO CXXIX

MES DE JULIO DE 1904

	<u>Páginas.</u>
Homenaje á Cervantes, por Antonio Balbín de Unquera	5
El Prado de Madrid, por Carlos Cambronero	9
¿Es posible, hoy, la navegación aérea?, por José Mesa y Ramos	23
El centenario de Mérimée, por X	33
El problema de la educación en España, por Antonio Morillo	35
Romance histórico, por Enrique Prúgent	49
Reformas sociales, por José Roca de Togores	55
Manolo Robles: La literatura y los ciegos, por Manuel Robles	79
Héroes de la Walhalla, por Juan Fastenrath	83
La criminalidad (continuación), por Manuel Gil Maestre	89
Lo que cuesta la Exposición de San Luis, por F. L. M.	111
Política interior y exterior, por L. Mariscal	113
Boletín bibliográfico, por J. O. R. , por J. D. P. , por Miguel A. Ródenas y por E	117

MES DE AGOSTO

Don Leandro Fernández de Moratín, por J. O. R	129
Limpia, fija y da esplendor, por Adolfo de Motta ...	149
La reforma penitenciaria y los jóvenes delincuentes, por F. de Asís Jiménez Moya	155
Las ferias de Madrid, por Carlos Cambronero	177
Á Julia, por E. Fernández Granados	189
Educación, por Bravo y Lecea	191
Héroes de la Walhalla, por Juan Fastenrath	193
Humanización del arte, por Juan de Alcover	203
Reformas sociales (continuación), por José Roca de Togores	221

Influencia de los idiomas extranjeros en el gitano, por Antonio Balbín y Villaverde	233
Tardes en un convento, por Andrés González-Blanco	239
Política interior y exterior, por L. Mariscal	241
Boletín bibliográfico, por José Deleito y Piñuela , por D. C. , por X. X. y por J. D.	247

MES DE SEPTIEMBRE

Enseñanza de las lenguas vivas y principalmente de la inglesa, por Antonio Balbín de Unquera	257
Don Leandro Fernández de Moratín (continuación), por J. O. R.	279
El marido modernista, por Carlos Cambronero	301
Reformas sociales, por José Roca de Togores	305
Romance histórico (continuación), por Enrique Prügent	313
La criminalidad (continuación), por Manuel Gil Maestre	319
Literatura servia, por Pedro González-Blanco	333
Relato submarino, por Pedro González-Blanco	349
Los Fastos de Ovidio (continuación), por V. S. C.	355
La cuádruple alianza, por Gabriel María Vergara ..	367
Política interior y exterior, por L. Mariscal	369
Boletín bibliográfico, por J. D. , por Pedro Ansúrez y por Z.	375

MES DE OCTUBRE

Don Leandro Fernández de Moratín (conclusión), por J. O. R.	385
Minucias del 29 de Septiembre de 1868 en Madrid, por Rodrigo Amador de los Ríos ..	399
Cuentos cortos, por Carlos Cambronero	405
La Psicología y la Biología, por Alberto Ortega Pérez	417
Los Fastos de Ovidio (continuación), por V. S. C.	421
Sol de la tarde, por Miguel A. Ródenas	439
El misacantano, por Andrés González-Blanco	447
La concepción filosófica arábigo-española, por Mariano Amador	455
La criminalidad (continuación), por Manuel Gil Maestre	469

	<u>Páginas.</u>
Cantares aragoneses, por Gabriel M.^a Vergara	497
Política interior y exterior, por L. Mariscal	499
Boletín bibliográfico, por Pedro Ansúrez , por Miguel A. Ródenas y por Manuel Abril	505

MES DE NOVIEMBRE

Cervantes en Valladolid, por Juan Ortega Rubio ..	513
Comentarios sobre la guerra del Extremo Oriente, por Don Ramiro	547
La concatedral del Pilar de Zaragoza, por Anselmo Gascón de Gotor	567
Romance histórico (conclusión), por Enrique Prúgent	575
Estudio sucinto de las aves en general y particularmente de las de España, por D. A. de Segovia y Corrales	581
El futuro eclipse de sol, por W. Campbell	599
El centenario de Sainte-Beuve, por J. Deleito y Piñuela ...	613
Los Fastos de Ovidio (continuación), por V. S. C.	617
La criminalidad (continuación), por Manuel Gil Maestre ...	623
Política interior y exterior, por L. Mariscal	629
D. Francisco Pedregal.....	634
Boletín bibliográfico, por Luis del Valle Pascual y por Pedro Ansúrez	635

MES DE DICIEMBRE

El tecnicismo gramatical, por Antonio Balbín de Unquera ..	641
Curro Enríquez, por José Deleito y Piñuela	647
Pedagogía especial, por P. Molina Martín	651
El Catalanismo en 1900, por S. P. y Aguado	661
Proyecto de un Diccionario Hispano-Americano, por Francisco Pleguezuelo	667
Meditaciones sobre el desastre, por Don Ramiro	673
El misacantano (continuación), por Andrés González-Blanco	695
Estudio sucinto de las aves en general y particularmente de las de España (continuación), por D. A. de Segovia y Corrales	705

Romance histórico (continuación), por Enrique Prúgent	727
Males que afligen á España, por Gabriel María Vergara	733
Los Fastos de Ovidio (continuación), por V. S. C.	737
Política interior y exterior, por L. Mariscal	743
Boletín bibliográfico, por Pedro Ansúrez , por E , por Manuel Abril y por Miguel A. Ródenas ..	749
Indice.....	765

SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO

FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMOGENEO

Acero BESSEMER (primera y única en España) y acero SIEMENS-MARTÍN en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en viguería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.

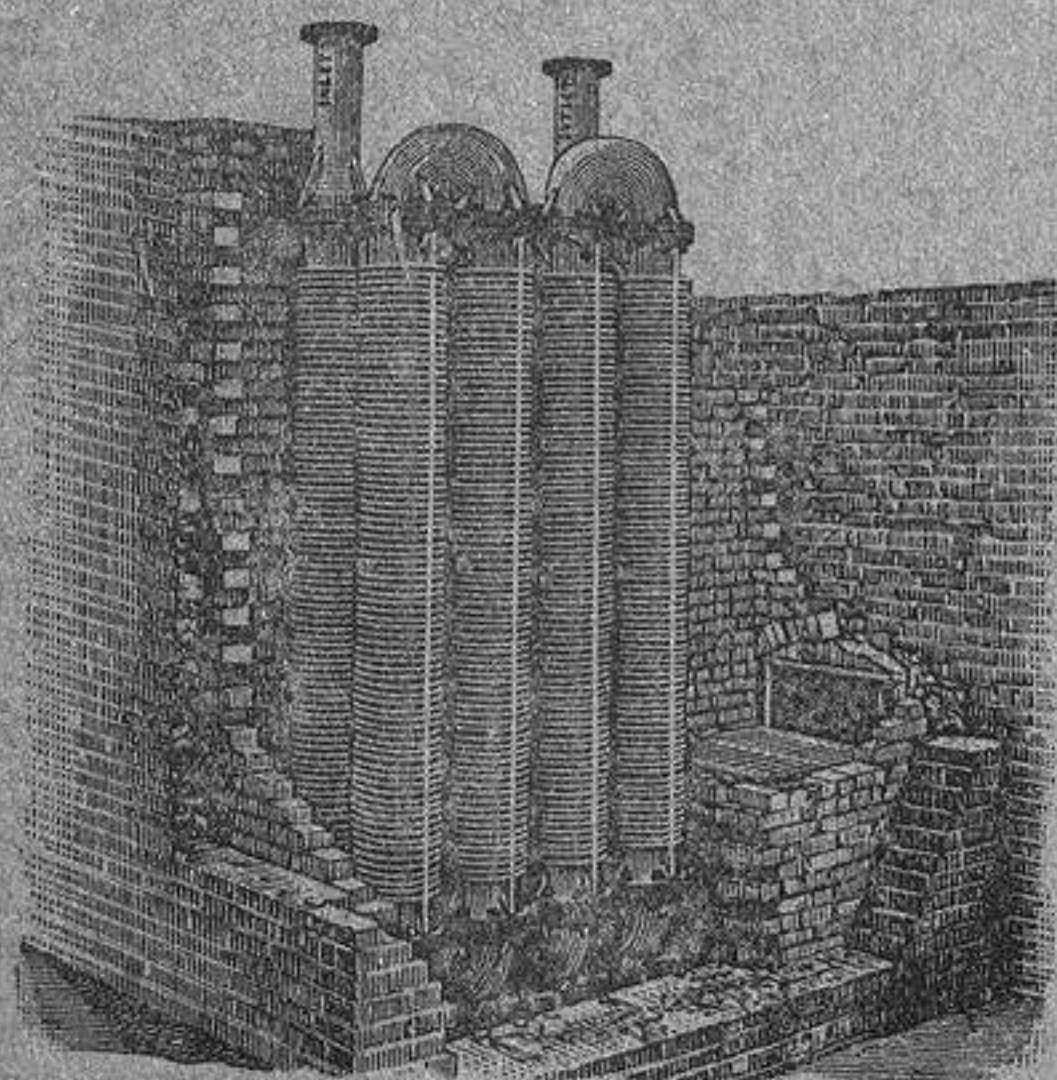
SOBRECALENTADOR (SURCHAUFFEUR) SCHWOERER

Economiza ANUALMENTE

15.000.000 DE FRANCOS DE HULLA EN LA INDUSTRIA

Con patente de invención en todos los países.

Se obtiene con él hasta un 35 por 100 de economía. Funcionan actualmente más de 6.000 aparatos. Entre otras casas, lo han adquirido:



Siemens et Halske, de Viena (95 aparatos); Sociedad de *Forges et Aciéries*, de Rothe Erde, cerca de Aix-la-Chapelle (68 aparatos); Sociedad de Hilados de Lana, en Vöslau, junto a Viena (30 aparatos); Sociedad anónima de Alumbrado Eléctrico del Sector de la Plaza Clichy, en París (10 aparatos).

Para más detalles dirigirse al inventor:

M. EMILIO SCHWOERER, Ingeniero,

EN COLMAR (ALSACIA)

